
INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios de Nivel Superior según Acuerdo Secretarial
15018, publicado en el Diario Oficial de la Federación el 29 de noviembre de 1976

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN DE LA CIENCIA Y LA CULTURA



Una aproximación sociocultural a la no-maternidad voluntaria

Tesis que para obtener el grado de
Maestra en Comunicación de la Ciencia y la Cultura,
Presenta:

Lic. Valentina Ramírez Ramírez

Director de tesis: Dr. Didier Machillot,

Tlaquepaque, Jalisco. Octubre del 2013

Para Victoria Alicia

Con un profundo agradecimiento

A Didier, quien fue un maravilloso director de tesis, por su paciencia y confianza en mí.

A las diez mujeres que compartieron conmigo su experiencia de ser mujer no madre

A la Dra. Rocío Enríquez por su lectura

A mis compañeros de MCCC , en especial a Zarzosa, Andrés, Claudia, Mónica y Afra, por la complicidad y la risa en momentos de angustia

A mis maestros por su tiempo y entrega, especialmente a María Martha y a Rossana

A mis personas favoritas,
los que me sostienen.
Rafi, Marco, Priscila, mi papá y Betún

Índice

Introducción	8
I. Sobre las identidades femeninas contemporáneas	13
La identidad como problema contemporáneo	13
Identificaciones y disposiciones plurales.....	17
Las transformaciones en las identidades femeninas.....	22
II. Desmontar la maternidad como eje de la identidad femenina.....	27
La maternidad y la identidad femenina.....	27
La figura simbólica de la madre en Latinoamérica.....	28
Desnaturalización de la maternidad.....	29
III. La no-maternidad voluntaria	37
Las que ni tienen ni quieren	37
¿Cómo se ha estudiado la NMV?	40
Las apuestas de esta investigación.....	46
IV. Corpus de análisis y estrategia metodológica	49
Diez mujeres no madres.....	49
Narrativas de identidad y entrevistas a profundidad	51
Procesamiento y análisis	53
V. Itinerarios de la no-maternidad voluntaria	56
Una decisión que se va construyendo	56
La figura masculina y la NMV.....	69
Una decisión que se revisita	79
La presión y las acusaciones	82
VI. Modelo identitario de la no-maternidad voluntaria.....	97
Los valores de la decisión y de la práctica cotidiana de la NMV	97
La realización de sí	101
No querer hijos.....	105
Contra modelo identitario: madre de medio tiempo.....	109
VII. Las lógicas sociales y fuerzas estructurantes que inciden en la no maternidad voluntaria.....	115
Las elecciones reproductivas no-normativas	115
Las formas de organización domésticas y laborales.....	118
Estructuras de plausibilidad	119
La NMV como proyecto inteligible culturalmente	122
VIII. Apuntes finales	125
Bibliografía	130
Anexos	137
Anexo #1 Tabla de la tasa global de fecundidad en México de 1976 al 2012.....	137
Anexo #2 Tabla de la proporción de mujeres sin hijos en algunos países Europeos.....	138
Anexo #3 Primera tabla “Las que ni tienen ni quieren”	139
Anexo #4 Segunda tabla “Las que ni tienen ni quieren”	139
Anexo #5 Tercera tabla “Las que ni tienen ni quieren”	140
Anexo #6 Guía de entrevista no-estructurada	141
Anexo # 7 Presentación de los sujetos.....	142
Anexo #8 Esquema para codificación axial	153

Introducción

Las mujeres que deciden permanecer sin hijos siguen siendo relativamente pocas. Sin embargo, es una tendencia creciente en Europa y Estados Unidos. En México, el fenómeno de las mujeres que optan por un proyecto de vida que no incluye hijos si bien es marginal, constituye una tendencia que se ha cuadruplicado en los últimos doce años. Este fenómeno ha sido muy poco explorado; existen algunos libros de divulgación al respecto, trabajos autobiográficos y asociaciones de parejas sin hijos. Desde las ciencias sociales los escasos acercamientos se han hecho desde la psicología social, la antropología, la sociología y la demografía.

Abordar la NMV desde un enfoque sociocultural permitió dos aportaciones fundamentales; por un lado, dar cuenta de los procesos sociales y culturales que están asociados a este fenómeno dado que trasciende las biografías específicas, y por otro lado, constituye un ejemplo muy elocuente para comprender las combinaciones identitarias que llevan a cabo los individuos en sociedades altamente diferenciadas y plurales. En otras palabras, la perspectiva sociocultural permite acceder a los universos de sentido del sujeto que toma esta opción vital, sin perder de vista las lógicas sociales y fuerzas estructurantes que inciden en esta decisión. En suma, esta investigación pretende arrojar luz sobre *las formas de identificación que se relacionan con la opción de la no-maternidad voluntaria en las mujeres mexicanas*.

Para abordar la cuestión de un modelo identitario relacionado con elecciones reproductivas femeninas no-normativas, hubo que enmarcar el fenómeno en una triple complejidad: la transformación de las identidades contemporáneas, la revolución en las biografías femeninas y los cambios acaecidos en los esquemas laborales de la tardo modernidad. Estos tres procesos de transformación están imbrincados de manera que posibilitan y explican el modelo identitario de la NMV.

El mundo contemporáneo es plural por lo que las identidades dejan de ser algo dado, fijo y provisto por la sociedad, para volverse plurales y contingentes; construcciones del propio individuo con los insumos simbólicos a su disposición. La crisis de las identidades nos presenta el problema de las identificaciones contradictorias y complejas. Las identidades femeninas sufren una doble

transformación; la crisis general de la segunda modernidad, y la propia por la revolución femenina y los incuestionables cambios que esta ha acarreado. Particularmente, la inserción en el mercado laboral, el control de la natalidad y la invención de nuevas formas de vida privada han producido cambios gigantes en las identidades femeninas.

Tradicionalmente, la maternidad ha sido un punto clave para la identidad femenina. La *maternidad*, tanto en su dimensión biológica, como en la dimensión de práctica de crianza y cuidado, es fundamental para la reproducción de las sociedades. Los planteamientos feministas la sitúan como un “pivote” para la igualdad entre sexos, o como la bandera que une y posibilita hablar de *la mujer*. La reciente desnaturalización de la maternidad es producto del trabajo de historiadoras y antropólogas, así como de la aparición de nuevas tecnologías reproductivas y el acceso a otros abrevaderos de identidad femenina.

El corpus de esta investigación consiste en 10 entrevistas a profundidad con mujeres mexicanas de diferentes edades y niveles socio-económicos, así como en distintos niveles de decisión respecto a la NMV. El otro criterio de inclusión fue que estuvieran o hubieran estado en una relación de pareja heterosexual de varios años. Todas las mujeres entrevistadas tienen un nivel de educación medio superior o mayor. La relación entre la NMV y el nivel de escolaridad parece ser compleja. Siguiendo la teoría fundamentada, extraje categorías de las primeras narrativas obtenidas, lo que me permitió formular una hipótesis de trabajo y continuar con las entrevistas, hasta llegar a un punto de saturación y consecuente reformulación de la misma.

A partir de lo encontrado en el trabajo de campo, puedo sostener que no se “llega” a la decisión de permanecer sin hijos, sino que es una decisión que se va *construyendo* a través de la reflexión y la consideración multifactorial. Se considera la ausencia de deseo de tener hijos y de ser madre, así como el deseo afirmativo de seguir *como se está*. Tenemos entonces que la NMV es una opción de continuidad, de *seguir* sin hijos. Se ponderan factores económicos, temporales y familiares, y sobre todo las renunciaciones (corporales, laborales, económicas, de pareja) que tener hijos conllevaría. En el discurso se evocan además, cuestiones como la sobrepoblación y las crisis energéticas, económicas, de empleo... que en suma

constituyen un panorama que, de acuerdo con las entrevistadas desalienta a la reproducción.

Me parece que la opción por la NMV se hace posible gracias a un *espacio temporal y simbólico* en el que se abre la posibilidad de elegir tener hijos o no. Este espacio está relacionado con factores estructurales y subjetivos tales como la salida del hogar paterno, el desarrollo profesional, la inflexión generacional relacionada con la revolución femenina... todo lo cual permite un distanciamiento de los papeles tradicionales, en este caso el de ser madre. Sin embargo, es necesario apuntar que la NMV puede combinarse perfectamente con otros modelos femeninos tradicionales, sin que ello cause contradicciones a las entrevistadas. Además, la NMV *se revisita en ciertos umbrales* temporales: como la década de los treinta, edad en que se espera llegue el “golpe de maternidad”; antes de alcanzar la menopausia, momento en que la decisión se volvería definitiva, o en circunstancias muy específicas como en un embarazo inesperado o ante la posibilidad de adoptar.

La decisión por la NMV es motivo de *acusaciones* de esterilidad, egoísmo, inmadurez y comodidad, así como de mucha *presión*, particularmente de los ginecólogos y de madres cercanas a la mujer entrevistada como la propia madre y la suegra. La presión se intensifica y se distiende dependiendo del momento en el ciclo vital y de la generación a la que pertenece la mujer. En consonancia con lo encontrado por Park (2002), las mujeres despliegan una serie de tácticas para manejar el estigma asociado con la NMV.

Lo que se perfila como *modelo identitario de la NMV* está asentado sobre una serie de valores y significados. La decisión de permanecer sin hijos se construye discursivamente sobre los *valores* de la responsabilidad, la congruencia y la conciencia. Mientras que la NMV como experiencia cotidiana, se asocia a valores como la autonomía, la movilidad y la flexibilidad. El discurso de las mujeres entrevistadas concede un importante lugar a la *realización de sí*, fincada en la triada de estudios- viajes- trabajo. Así también enfatizaron la movilidad de su condición y el poder disponer de su tiempo como mejor les convenga. En este sentido, los hijos fueron asociados con responsabilidad y compromiso, al tiempo que se cuestionaba que afianzaran la relación de pareja, que generarán gran satisfacción emocional o que fueran cuidadores en la vejez. Tener hijos o no, es una

cuestión que se evalúa pragmáticamente en términos de inversión y recompensa, de sacrificios y renunciaciones.

Gran parte del posicionamiento discursivo se construyó condenando el modelo de la maternidad que se ejerce paralelamente a un trabajo extra doméstico. De manera espontánea todas las entrevistadas acusaron a las madres profesionistas de irresponsables y de no querer renunciar a nada. Además, criticaron el tener hijos y “botarlos” o “depositarlos” en una guardería o con sus abuelos, en contraposición, las mujeres no-madres se jactan de haber sido más responsables y congruentes. Esto nos habla de una concepción ideal de la maternidad como ocupación intensiva y exclusiva, que debe ser encarada de forma abnegada, es decir sin “cobrar facturas”.

Finalmente me pregunto por las formas de organización social que inciden en que la elección de permanecer sin hijos sea un fenómeno creciente y que trasciende la excepcionalidad. Ofrezco tres posibles factores; primero, los esquemas institucionales (tanto domésticos como laborales) que vuelven más difícil compaginar el maternaje con el desarrollo profesional de las mujeres así como la incipiente parentalidad que prevalece en el imaginario de las entrevistadas; segundo, las estructuras de plausibilidad, provenientes de distintas fuentes, que transmiten a las mujeres la sensación de que la NMV es un proyecto de vida transitable y una identidad habitable; y tercero, que los valores y modulaciones, propias del modelo identitario de la NMV, son concurrentes con el sistema económico y laboral, por lo que esta elección se vuelve inteligible culturalmente y compatible con otros ámbitos de acción cotidianos.

A manera de apuntes finales retomo los principales hallazgos, para sostener que las mujeres que optan por ser no-madres construyen una decisión de continuidad, que tiene que ver con un esquema identitario de “hacer más”; de realización personal y de ser dueña tanto de su cuerpo como del tiempo propio. Discuto la prevalencia del imaginario en que el trabajo reproductivo (de cuidado y crianza) sigue siendo una tarea femenina, aunque se abra la posibilidad de elección. Fincado en la alta valoración del desarrollo profesional y la intimidad de pareja, y a través de la elaboración discursiva de valores como la autonomía, la congruencia, y la responsabilidad, las no-madres construyen un modelo identitario plural, que

refuerza la dicotomía entre el proyecto vital de la maternidad y el desarrollo individual, profesional y de pareja. Finalmente, propongo leer la NMV como un fenómeno sintomático de las formas de organización privadas y públicas que nos hemos dado.

I. Sobre las identidades femeninas contemporáneas

La identidad como problema contemporáneo

Para poder abordar la cuestión de las construcciones identitarias que llevan a cabo las mujeres que deciden permanecer sin hijos, es necesario comenzar por situarnos en el debate teórico respecto de las identidades contemporáneas.

La identidad ha sido un objeto de estudio privilegiado de las ciencias sociales a partir de lo que se ha denominado el “retorno del sujeto” (Touraine, 1984; Giménez, 1994). Tras su desaparición en pos del lenguaje, (Bürger y Bürger, 1998), se observa un retorno al sujeto como punto clave para la comprensión del mundo social. Gracias a la abundante literatura que desde diversas disciplinas se ha escrito en torno a la cuestión de la identidad, podemos dimensionar su importancia y complejidad. Es un concepto elusivo e irreductible; que refiere más a un proceso, que a una entelequia constituida de una vez y por todas, y que juega entre la contingencia de sus condicionantes –históricos, comunitarios, sociales, económicos– y la libertad de su construcción.

Desde los estudios culturales, Stuart Hall nos propone un enfoque discursivo que permita abordar la identidad como un proceso de articulación, como puntos de sutura en el relato personal (1996: 15, 20). La identidad se nos presenta entonces como una construcción, un relato más o menos coherente que se revisita y se modifica constantemente, un siendo que es el mismo pero cambiante. Hall afirma que las identidades se construyen *dentro* del discurso y *a través* de la diferencia (1996: 18). Este proceso, generador de sentido de continuidad, de pertenencia y de individualidad, se construye con recursos materiales y simbólicos. Las representaciones de sí mismo, de los nosotros –en tanto círculos concéntricos de pertenencia– y del otro están inextricablemente ligadas al flujo de imágenes, ideas, significados, valores, aspiraciones a los que tiene acceso el individuo. La conceptualización provista por Hall de la identidad como articulación o puntos de sutura, es útil y poderosa explicativamente porque da cuenta de la condición, tan propia de nuestros tiempos, de fragmentación, multivocalidad y fracturación de las identidades. Una definición cercana a esta es la que ofrece Leonor Arfuch quien define las identidades como una posicionalidad relacional, una “confluencia de

discursos donde se actualizan diversas posiciones de sujeto” no susceptibles de ser fijadas, más que de forma temporal (2002b:29)¹.

Desde los estudios latinoamericanos, Gilberto Giménez define identidad como “una construcción social que se realiza en el interior de marcos sociales que determinan la posición de los actores y por lo mismo, orientan sus representaciones y acciones” (2002: 38). Para este autor, la identidad refiere al “punto de vista subjetivo de los actores sociales sobre su unidad y sus fronteras simbólicas; sobre su relativa persistencia en el tiempo y sobre su ubicación en el mundo, es decir, en el espacio social” (1990: 2). Giménez apunta tres rasgos de la identidad: que supone una reelaboración subjetiva y selectiva; que es una construcción relacional entre actores; y que resulta de la negociación entre la autoafirmación y la hetero-designación identitaria (2002: 38, 39).

Si partimos de que al hablar de sujeto social estamos implicando siempre al otro y al vínculo social, podemos entonces sugerir que el sujeto no puede existir sin un universo social del cual obtiene el acervo simbólico y relacional, para representarse a sí mismo y su lugar en el mundo. El “yo” sólo puede surgir a partir de la interacción e interiorización de procesos intersubjetivos y relacionales. El universo simbólico compartido, aporta el orden con el que se aprehende subjetivamente la experiencia biográfica (Berger y Luckmann, 1966: 125). En otras palabras, la identidad se encuentra en la intersección entre el individuo y la sociedad, entre los repertorios de significación objetivados y la elaboración propia de sentido.

Ahora bien, las construcciones identitarias no pueden ser comprendidas sin el momento histórico y el contexto específico en que se producen. Como ha sido abundantemente analizado, en la actualidad asistimos a un profundo cambio en los modos de conformación de identidad². Anthony Giddens y Claude Dubar coinciden en que las transformaciones en la identidad están íntimamente ligadas a los vínculos sociales propios del orden postradicional (Giddens,1991: 49), o lo que el segundo denomina como “los cambios en la organización económica, política y

¹ Esta definición seguramente es deudora de la teoría de la posicionalidad de Linda Alcoff según la 2 Cfr. Bauman, 2005; Dubar, 2002; Beck y Beck- Gernsheim, 2001; Giddens, 1991.

simbólica de las relaciones sociales” (2000: 24). Sin embargo, ambos autores dan un peso diferenciado a esta relación entre las transformaciones del mundo contemporáneo y los modos de identificación; Giddens abunda en lo primero, mientras que Dubar se concentra en lo segundo. Sea cual sea el elemento que se privilegie, existe un consenso en cuanto a que la identidad se vuelve problemática y emergen nuevos modos de identificación en el mundo contemporáneo.

Dubar enuncia los cambios en la organización social, para pronto pasar a describir la emergencia de nuevas formas de individualidad y la pluralidad de modos de identificarse (Dubar, 2002: 24). Su tesis fundamental es que la transición weberiana de formas de identificación con dominante comunitario a dominante societario, ha producido nuevas formas de identificación entre los sexos, en la familia, en lo profesional y en lo personal. Ahondaremos posteriormente en las mutaciones de las identidades sexuadas y profesionales. Por el momento basta con subrayar que para Dubar, las relaciones societarias, es decir aquellas en las que prevalece una racionalidad ya sea axiológica o instrumental, “individualizan, separan y angustian pero hacen posible una subjetividad autónoma (...) libremente escogida y voluntariamente regulada” (2002: 24). Las relaciones societarias permiten una distancia del rol atribuido y dan preeminencia a lo que él llama “identidades para sí” (2002:12-13).

Giddens por su parte, resalta tres elementos de la dinámica social contemporánea; el grado de distanciamiento espacio-temporal, el desenclave de las instituciones sociales y la reflexividad (1991: 28-33), para de ahí elaborar la manera en que el yo se ha vuelto un proyecto reflejo (1991: 13). Para este autor la vida contemporánea se va configurando en función de la interrelación dialéctica entre lo local y lo universal, y en este implosivo escenario es que los individuos tratan de elegir(se) a través de una enorme diversidad de modos de vida, porque, siguiendo a Giddens, estamos presenciando los efectos de la apertura de la vida social, la pluralización de ámbitos de acción y la diversificación de las autoridades. De ahí que los procesos de identificación se han vuelto mucho más complejos y problemáticos, reflejándose en síntomas como la inseguridad ontológica. El “distanciamiento” simbólico del propio contexto espacio/temporal, el desencanto y la expansión del espacio público, se traduce en la complejización de las

identificaciones. La sutura del relato, por seguir con la metáfora de Hall, no puede hilvanar tanto, y paradójicamente, como señala Z. Bauman, entre menos natural, predeterminada e innegociable parece la identidad, con más desesperación buscamos un “nosotros” al cual tener acceso (Bauman, 2005: 58).

Hasta aquí con la discusión en torno a las nociones de cambio, transformación y mutación, porque no basta con señalar las marcadas discontinuidades entre el pasado reciente y las formas sociales contemporáneas, es necesario caminar hacia su caracterización y análisis. Al referirnos a un “cambio” estamos abarcando tanto la *transformación*, proceso adaptativo y gradual que se da en la continuidad sin afectar profundamente la estructura del sistema, como la *mutación*, que se refiere a la alteración cualitativa del sistema, del paso de una estructura a otra (Ribeill, 1974: 142 en Giménez, 2002: 44). Claude Dubar distingue entre *crisis*, perturbaciones del equilibrio en el proceso de identificación y *mutación*, crisis de tal envergadura que no es asimilable a otros tipos de crisis anteriores (2002: 26). Tanto Georges Ribeill (1974 en Giménez, 2002) como Dubar (2002) prefieren hablar de una mutación en las formas de identificación, pues no se termina por vislumbrar qué modelo de identificación prevalecerá.

La multiplicidad de fuentes, discursos, experiencias y saberes han posicionado la cuestión de la identidad como un tema fundamental del siglo XXI. Los lugares, responsabilidades, roles dejan de ser evidentes para los individuos que tienen que fraguar nuevos acuerdos y nuevas identidades. Los primeros –y tradicionales– círculos en los que el individuo recibe recursos para la construcción de su identidad (como la familia, el vecindario, el gremio) han ido perdiendo su carácter natural e incuestionable. Los entornos iniciales e inmediatos, que nos entregaron la primera versión del mundo, revelan su arbitrariedad y contingencia al entrar en contacto con otros mundos. Esto puede explicarse por el grado de complejidad en la distribución del conocimiento que han alcanzado las sociedades actuales y que hace sumamente probable que a temprana edad haya una conciencia de la relatividad de los mundos, los discursos y los modos de ser. Como afirma sucintamente Bernard Lahire, “la experiencia de la pluralidad de mundos tiene todas las posibilidades, en nuestras sociedades ultra diferenciadas, de ser precoz” (1998 :49). A decir de autores como Berger y Luckmann dicha desestabilización de

referentes, denominaciones y sistemas simbólicos se debe a una socialización primaria “deficiente”, resultado de la heterogeneidad de los “elencos socializadores o la intervención de mundos agudamente disonantes” (1966: 207, 208). Al irrumpir en nuestro “paisaje” el tráfico de contenidos simbólicos propio del mundo contemporáneo, cargado de opciones, preguntas y paradojas, de modos diferentes de estar en el mundo, de pensarse, de conducirse, de relacionarse... se produce una ruptura dislocadora de la mirada (Hall, 1996: 25) que no puede sino complejizar el enlace entre el sujeto y las estructuras de sentido. Pese a esta “complejización”, la negociación entre el sentido objetivado, y el sentido construido subjetivamente, ocurre.

Identificaciones y disposiciones plurales

La presente investigación trabajó bajo la premisa de que la configuración identitaria de las mujeres que eligen ser no- madres es compleja; producto de las contradicciones del entorno plural en que se desarrollan y de los retos que supone tomar una opción reproductiva contraria a la norma de género, por lo cual nos acercamos a un marco teórico que nos permitiera abordar tal complejidad. Es en este sentido que las identificaciones y disposiciones plurales resultan pertinentes para entender el modelo identitario de la NMV.

El pluralismo en tanto “coexistencia simultánea de distintos sistemas de valores y comunidades de sentido complemente diferentes”, ofrece las condiciones propicias para que se den estas crisis de sentido subjetivo e intersubjetivo (Berger y Luckmann, 1995:18). Dado que no existen valores comunes y unívocos que determinen la acción en las esferas y trayectos de la vida, el individuo puede jugar y combinar los múltiples repertorios de acción de los que dispone de diferentes modelos y repertorios de acción.

El individuo socializado en un contexto plural, como el descrito anteriormente es forzosamente un actor plural. Desde la propuesta de Bernard Lahire, un actor plural sería el resultado de la experiencia –a menudo precoz- de socialización de contextos sociales múltiples y heterogéneos (1998: 35). Es alguien que, sucesivamente o simultáneamente ha participado en universos sociales variados y en posiciones diferentes dentro de los mismos. Las experiencias sociales y

socializadoras que ha atravesado el actor plural son múltiples, heterogéneas e incluso contradictorias. En consecuencia, este actor ha incorporado una multiplicidad de hábitos, de esquemas de acción, de maneras de hacer, sentir y pensar que se organizan en repertorios de acuerdo a los contextos sociales pertinentes (Lahire,1998: 54-55).

De esto se desprende la pregunta por los mecanismos que operan en la acción cuando se cuenta con tan variados esquemas de acción. Tras dar cuenta de las teorías de la acción que privilegian la síntesis del pasado incorporado y aquellas que se concentran por completo en el cálculo racional del presente, Lahire propone como explicación la articulación de ambos, aclarando que tanto el pasado como el presente son a su vez fundamentalmente plurales y heterogéneos. Él argumenta que solo una parte de las experiencias pasadas incorporadas es movilizadas, es decir, que el pasado es conjurado en función de la naturaleza de la situación presente. En este mismo tenor Berger y Luckmann afirman que “el sentido del acto presente se configura por anticipado; una acción concluida tiene sentido de un modo retrospectivo” (1995: 5). En las diferentes situaciones de la vida cotidiana no tenemos “acceso” o somos ajenos a partes de nosotros mismos que no son “activadas”. Para el sociólogo, la acumulación – reestructuración de las experiencias vividas y de la actualización de ese capital de experiencias se le plantea al actor en función de las situaciones encontradas (Lahire, 1998: 84). Desde este planteamiento, la identidad que se “activará” tendrá que ver con la situación que se presente; “las situaciones sociales son activadores de ciertos esquemas de acción (...) cambiar de contexto es cambiar las fuerzas que actúan sobre nosotros” (Lahire, 1998 :88).

Por lo expuesto anteriormente, parece mucho más pertinente preguntarnos por las identificaciones y no ya por las identidades. El paso de “identidad” a “identificaciones” está íntimamente ligado al esfuerzo por rearticular teóricamente al sujeto con las prácticas discursivas y a las aportaciones que el psicoanálisis ha hecho sobre estas cuestiones.

Grinberg y Grinberg (1976) señalan tres aspectos de los procesos de identificación: el primero es el vínculo de *integración espacial*, que comprende la relación entre

las diferentes partes de sí mismo, manteniendo su coherencia y permitiendo el contraste con los objetos, lo que es el sí mismo y lo que no, la individualización; el segundo es el vínculo de *integración temporal* que comprende las relaciones entre las diferentes representaciones de sí mismo a lo largo del tiempo, estableciendo una continuidad entre ellas, integrando las experiencias pasadas con las vivencias presentes y con la capacidad de imaginarse un futuro; el tercero es el vínculo de *integración social*, a la connotación social de las identidades y que consiste en relacionar los aspectos del sí mismo con los aspectos de los objetos, por medio de los mecanismos de proyección y la introyección. Este vínculo está ligado con los padres y otras figuras significativas para el individuo.

Dado que la noción teórica de “identificación” pretende distanciarse de ciertas características de la noción de “identidad”, hay dos rasgos fundamentales que debemos subrayar de la primera.

En primer lugar, las identificaciones nunca están terminadas y se reelaboran constantemente. En el lenguaje coloquial por “identificación” entendemos el reconocimiento de un origen común, características o valores compartidos con otro individuo o con un grupo, al que unen lazo de solidaridad en torno a dicha identificación. A diferencia de la acepción coloquial de “identificación”, en el enfoque discursivo las identificaciones no están nunca terminadas, son una construcción siempre en proceso. De acuerdo con Hall, la identificación se distingue por que es un proceso de articulación, fincado en la contingencia y por que nunca es total (Hall,1996:15). Judith Butler también afirma que las identificaciones “nunca se concretan plena y finalmente; son objeto de una incesante reconstitución y, como tales, están sometidas a la lógica volátil de la iterabilidad. Constantemente se las reordena, se las consolida, se las cercena, se las combate y, en ocasiones, se las obliga a ceder” (1993:159).

En segundo lugar, es sumamente importante señalar que las identificaciones no se organizan coherente y armónicamente. Es posible encontrar identificaciones divergentes que coexisten en un individuo, incluso contradictorias. Como señalan, Laplanche y Pontalis, los ideales culturales con los que se identifica el individuo pueden ser diversos, conflictivos y desordenados (Laplanche y Pontalis , 1985: 208 en Hall,1996:16). Con esta postura converge Lahire, aunque añade un componente situacional muy importante. Lahire afirma que somos

plurales, es decir, “diferentes en diferentes situaciones de la vida cotidiana, ajenos a otras partes de nosotros mismos cuando estamos investidos en tal o cual ámbito de la existencia social” (Lahire, 1998: 59).

En suma, las identificaciones son siempre dinámicas, contingentes y referenciales (Hall,1996: 15) y se estructuran en torno al reconocimiento del otro y la discriminación sujeto –objeto (Grinberg, 1976). Las identificaciones tienen un carácter eminentemente discursivo, nunca se logran por completo y es posible que coexistan identificaciones muy distintas en un mismo individuo. Para poder mantener presente el carácter dinámico e inestable de las identificaciones, bien podríamos hablar de un proceso de identificación nunca acabado.

Los procesos de identificación permiten la formación de un determinado sujeto (Butler, 1993 :38), así como la visibilización de las normas, tipos y modelos sociales. A continuación explicaré brevemente qué entenderé por cada uno de estos conceptos.

Para Howard S. Becker (1963) los grupos sociales elaboran reglas para definir los modos de comportamiento adecuados e inadecuados. Por *norma* entenderé aquello que fija lo normal, tanto el estado habitual de conducta, como el ideal. La norma es a la vez un hecho generalizado y un valor que se le atribuye a esa condición en función de un juicio de valor. A través de la socialización y la educación, se asegura que el pensamiento y las acciones del individuo estén alineadas con las normas básicas del grupo (Berger y Luckmann, 1995:9). En sociedades como las contemporáneas con un alto grado de diferenciación y pluralidad, existen muchos grupos sociales que compiten por la capacidad de imponer normas. Evidentemente, la imposición de normas, valores y significados de un grupo sobre otro(s), es una cuestión de poder y legitimidad.

Ahora bien, cuando hablamos de identificaciones estamos haciendo referencia forzosamente a aquello con lo que se identifica el sujeto. Las identificaciones siempre están ligadas a modelos y tipos, , que se estructuran en función de su relación con lo normativo.

Al realizar cotidiana y recurrentemente determinadas acciones, la auto-conciencia se estructura de acuerdo con las tipificaciones socialmente disponibles. Las

experiencias se relacionan con un *tipo* de experiencia o esquema de experiencia, obtenido del cúmulo de experiencias pasadas y almacenadas en el saber subjetivo del individuo, o tomado de las reservas sociales de conocimiento. Estos tipos o esquemas a su vez hacen en referencia a sistemas de valores totales, aquellos que pretenden dotar de sentido a la totalidad de la existencia, reuniendo *modelos* de acción de diversos ámbitos de la vida. Dichos “esquemas de sentido relacionan la totalidad de una vida con una época que trasciende a la existencia concreta de un individuo” (Berger y Luckmann, 1995:8). Las instituciones proporcionan estos modelos y esquemas a los individuos para orientar su conducta, pues de otro modo habría que reinventar el mundo y nuestro lugar en él todos los días (Berger y Luckmann, 1995: 30). Mediante la acción, el individuo se identifica con las tipificaciones de comportamiento objetivadas socialmente y al reflexionar se distancia de ellas. Esta distancia subjetiva entre el individuo y el rol que lleva a cabo, nunca es completamente suprimida (Berger y Luckmann, 1966: 95).

El estudio de estos modelos de identificación resulta fundamental para comprender las sociedades contemporáneas. Primero, porque en ellos se cristalizan las fuerzas sociales que operan, en un momento histórico y en un contexto específico. Los modelos a su vez, nos hablan de los meta valores y las racionalidades que orientan la acción del sujeto. No hay otro modo de volver observables las normas y valores sociales si no es mediante el estudio de los modelos y roles, que se encarnan en la experiencia individual. Segundo, porque puede argumentarse que la distancia subjetiva que guarda el individuo con los roles que desempeña, es mayor y más probable en las condiciones actuales de pluralismo que describimos anteriormente. En las sociedades contemporáneas no hay sistemas totales de sentido ni valores supra-ordinales de validez general, sino que observamos la diferenciación de las acciones dentro de sus propias esferas institucionales, autónomas y con normas propias (Berger y Luckmann, 1995: 45). Es por ello que parece mucho más pertinente preguntarse por las identificaciones de las mujeres que optan por ser no-madres y los modos en que las combinan en tanto que actores plurales.

Las transformaciones en las identidades femeninas

Ya que hemos expuesto ampliamente las complejidades de lo identitario en el mundo contemporáneo, es necesario apuntar a la doble transformación que experimentan las identidades femeninas. Habría que empezar por reconocer que aunque la dimensión sexuada es solamente una parte de todo lo constitutivo de una persona, tiene un rol fundamental en su individualización como sujeto: ¿Qué significa estar anclado a un cuerpo sexuado?

David Le Breton afirma que el cuerpo no existe en estado natural, sino que siempre está inserto en el universo de sentido que lo moldea (2002: 33). No hay un solo cuerpo observable y evidente, ni a través del tiempo ni de las culturas. El cuerpo se constituye “como una interfaz entre la sociedad y el individuo, entre la naturaleza y la cultura” (2002: 97). Este replanteamiento del cuerpo, como dispositivo social también lo comparte Bourdieu, cuando afirma que “el mundo social trata al cuerpo como un recordatorio... inscribe en él, particularmente en forma de principios sociales de división, condensados por el lenguaje corriente en parejas de contrarios, las categorías fundamentales de una visión del mundo” (Bourdieu en Lahire, 1998: 195-196). En un tenor similar, Judith Butler, desafía el supuesto de que el sexo sea un dato natural y evidente sobre el cual se inscribe la construcción social del género. Para Butler, el sexo lejos de ser el “hecho biológico” que explicaría la división sexual del trabajo y una particular subjetividad femenina, es *efecto* de las instituciones, prácticas y discursos del orden socio-sexual.

La noción del cuerpo como objeto biológico, socialmente construido y culturalmente regulado, permite observar que también es soporte de significados e instrumento simbólico. Esto nos ayuda a desmontar las identificaciones esencialistas que parten del cuerpo sexuado como dato incuestionable, y pasar a analizar los dispositivos biopolíticos, discursivos y simbólicos que operan sobre estos cuerpos. Dicho de otro modo, el cuerpo es anclaje y materia de la acción por lo que resulta indisociable del sujeto y sus identificaciones.

Teresa de Lauretis (2004) afirma que la “identidad genérica” tiene la función de simplificar el entorno social y hacer los comportamientos inteligibles, es decir, ajustar las expectativas mutuas. Silvia Tubert por su parte sostiene que el discurso de género es la identificación del sujeto con un papel social, es decir, que las

prescripciones de género preexisten al sujeto y le asignan un lugar, un rol de antemano (Tubert en Palomar, 2005: 55). Sin embargo es importante subrayar que la singularidad de la experiencia desborda los roles sociales. Cerri nos invita a pensar el género como un “espacio cognitivo/simbólico a través del cual el individuo (en posición continuamente inestable) se piensa a sí mismo y establece relaciones (continuamente fluidas) con las formas de identificación para sí y las formas de identificación para los demás” (Cerri, 2010). Desde esta perspectiva, la experiencia e identificación de “ser mujer” es necesariamente resultado de un proceso intersubjetivo de construcción de la identidad en el que se reelaboran el deber ser y las prescripciones sociales contenidas en el discurso social dominante.

Las identificaciones sexuadas femeninas se han transformado profundamente en las últimas décadas. Bürger y Bürger afirman que las atribuciones casi cubrirían por completo a la mujer del siglo XIX; con sus roles sociales de madre y esposa (1998: 333).

Dubar argumenta que las identificaciones sexuadas atraviesan una crisis, pues existe “un enorme desencuentro entre la evolución de las normas, la experimentación de nuevas relaciones amorosas y las aspiraciones a la igualdad entre los sexos, por una parte y la rigidez de las formas sociales de división del trabajo, en la familia y en la empresa, y la persistencia de formas comunitarias de dominación de los hombres sobre las mujeres, en la esfera doméstica y en el campo político, por otra”(Dubar, 2002:85). Las identidades sexuadas se han modificado pero no hay un nuevo modelo, concluye Dubar: “lo que se vislumbra es una pluralidad de modos de vida, concepciones y configuraciones, es decir, combinaciones inéditas de formas identitarias (...) ser un hombre o una mujer está convirtiéndose en una cuestión de historia, de proyecto, de trayectoria bibliográfica, de construcción identitaria a lo largo de la vida” (2002: 110,111).

A decir de Dubar, en las sociedades de dominante comunitario, la identidad de las mujeres (y de todos los individuos en general) se encontraba en una forma cultural y estatutaria, en la que el sujeto se definía en términos relacionales y preestablecidos. Las tareas domésticas no remuneradas mantenían a las mujeres

atadas a una *identidad de procuración*³ (hija de, mujer de, madre de) mientras que la identidad masculina se construía alrededor del trabajo productivo. La identidad femenina se basaba en formas “privadas y privativas de reconocimiento”, lo cual encerraba a la mujer en una doble dependencia, económica e identitaria (Dubar, 2002:77). En la segunda mitad del siglo XX, las dos guerras mundiales y el movimiento feminista propiciaron la incorporación masiva de las mujeres a la fuerza laboral y el reconocimiento de una serie de derechos femeninos. Esta inserción en el mundo del trabajo remunerado, así como el desarrollo de anticonceptivos efectivos, produjeron profundas transformaciones en las prácticas reproductivas (Bartra, Fernández y Lau, 2000).

El trabajo asalariado y el control de la procreación han permitido a la mujer acceder a una autonomía insospechada, económica y sexual respectivamente (Dubar, 2002: 72) y esto tiene importantes consecuencias en las formas de identificación de las mujeres.

Una manera de concebir estas transformaciones es mediante “el modelo de acumulación”. La “acumulación” de roles domésticos y extra-domésticos está relacionado con el concepto feminista de la “doble jornada”. Dubar afirma que este modelo supone una serie de estrategias de conciliación entre los papeles profesionales y los domésticos (2002:80). En términos identitarios, el modelo de acumulación supondría “añadir” identidad profesional a la de esposas o madres, como insumo para la construcción de la identidad personal.

Sin embargo, esta noción de “añadir” es sumamente cuestionable. Lahire utiliza como un ejemplo paradigmático de los conflictos de hábitos o esquemas de acción a las mujeres que se “dividen” entre el trabajo externo y el trabajo doméstico (1998: 75). Lagarde va aun más allá y hace referencia a una *identidad escindida*⁴. Para Lagarde, esta escisión se caracteriza por la imposibilidad para aprehenderse como trabajadoras, es decir, para tener al desarrollo laboral como uno de los puntos centrales de la identidad, pues a decir de esta antropóloga, el núcleo identitario de las mujeres sigue siendo primordialmente el ser madre-esposa (1993:137). En el trabajo de campo realizado fue posible observar el

³ El énfasis es mío.

⁴ El énfasis es mío.

reforzamiento que hacen las mujeres entrevistadas de esta división a la que se refieren Lahire y Lagarde; ellas parten del supuesto de que no es posible de conciliar o simplemente “añadir” papeles domésticos y extra-domésticos. Sin embargo, contrario al posicionamiento de Lagarde, constatamos que sí puede haber una identificación de las mujeres en tanto profesionistas, y un distanciamiento de la figura de la madre-esposa.

Como veremos más adelante, la maternidad ha sido una figura fundamental y de largo aliento en la identidad femenina, mientras que la vida laboral apenas comienza a incorporarse en ésta. Algunas de las causas sociopolíticas y económicas de la inserción femenina en el mercado laboral son el aumento de la educación que reciben las mujeres, la necesidad de doble ingreso en el hogar, y la prevalencia del imaginario de igualdad entre sexos (Álvarez y Gómez, 2011: 92). Sin embargo, Beck afirma que la feminización del mundo laboral es precaria aún, pues aunque las mujeres se han integrado al trabajo formal, los hombres no han hecho lo propio con el trabajo doméstico, el cuidado de los mayores⁵, o las actividades no lucrativas (1999: 95-96).

La teorización respecto a las trayectorias laborales y las formas de identificación de las mujeres se ha realizado primordialmente sobre la conciliación de roles y la interfase trabajo-familia.⁶ Sin embargo, Dubar cuestiona si es posible seguir argumentando la separación tajante entre las identidades domésticas y las laborales, pues hay ocasiones, en las que ambas están supeditadas a un tercero, casi indecible y oculto ámbito denominado “realización de sí”, de “elección de vida” (2002:237).

Tenemos entonces pues que la inserción de las mujeres en el mercado laboral supone el acceso a nuevos abrevaderos identitarios cuya teorización y caracterización apenas comienza. Aunado a esta complejidad, la concepción y modalidad del trabajo han cambiado profundamente en la tardo-modernidad. En el mundo antiguo, la sociedad se oponía al trabajo, mientras que en la modernidad, el individuo *se define* mediante el trabajo remunerado (Beck, 1999: 23).

⁵ Cfr. Lagarde, Marcela (2003) “Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción” en *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*. SARE: México.

⁶ Cfr. Joplin, Francesco, Shaffer y Lau, 2003; Chinchilla, Poelmans y Tarrés, 2004.

A decir de Ulrich Beck (1999) el ethos del trabajo capitalista de la segunda modernidad conlleva una redefinición del trabajo, que pasa del pleno empleo a una sociedad laboral plural. En esta nueva definición del trabajo las trayectorias profesionales se vuelven precarias; el trabajo es desmenuzado temporal y contractualmente. En este mismo sentido, Dubar observa ya no es la empresa ni la escuela, sino que el individuo es el responsable de mantenerse empleable y capacitado. El autor francés define la precariedad laboral por la limitada duración de los empleos y su calidad de interinidad (auxiliares no-renovables) y a diferencia de Beck, afirma que esto podría volverse positivo en relación con la identidad; pues permite “la exploración incesante de un medio profesional a través de experiencias cortas pero enriquecedoras” (2002: 147).

Lo que resulta casi indiscutible, pues Bauman (2009, 2001), Beck (2001), Dubar (2002) y otros coinciden en ello, es que en un oficio, las habilidades profesionales resultaban útiles durante más tiempo y proveían al individuo de una identidad sólida y diferenciadora, mientras que ahora prevalece “el trabajo con contratos a corto plazo, renovables o sin contrato, puestos sin seguridad” (Bauman, 2001:34). En síntesis los individuos contemporáneos se enfrentan a un panorama laboral cuya principal característica es la incertidumbre.

Adentrándose más en la relación entre identidad y profesión, Dubar contrasta la identidad de oficio con la profesional. El oficio suponía una comunidad que transmitía un conocimiento aprendido e incorporado, y a partir del cual se podría definir el sujeto y organizar toda la vida. La profesión en la empresa-red es mucho más inasible; lo prescrito tiende a desdibujarse en pos de un universo de obligaciones implícitas (Dubar, 2002: 127-128). Dubar sostiene que el trabajo se evalúa mas bien en función de la realización de sí, que permite en un contexto de gran competencia e incertidumbre, al que trata de darle sentido (2002:148). Más adelante veremos la centralidad que tiene la identidad laboral en la construcción identitaria de las mujeres entrevistadas, y más aún, que el trabajo efectivamente se evalúa en función de la realización de sí. Las mujeres que deciden permanecer sin hijos, operan cotidianamente en ciertas modalidades, ligadas a su condición de nomadres, que les permiten manejar mejor la incertidumbre laboral, propia de nuestros tiempos.

II. Desmontar la maternidad como eje de la identidad femenina

La maternidad y la identidad femenina

“La función materna absorbe la individualidad de la mujer”
(Knibiehler, 2000: 8)

La maternidad se ha constituido como un eje sustancial de la feminidad, puesto que la mujer ha sido tradicionalmente valorada y reconocida por esta función. Los papeles, las actividades y el trabajo derivados de la sobre-especialización genérica impregnan y dan contenido a la identidad femenina.

En torno a la procreación se construye la maternidad como experiencia vital básica, “natural”, como contenido de vida de todas las mujeres, como centro positivo de su feminidad, de su “naturaleza”. Se reconoce la procreación femenina como un deber ser y por su carácter natural es irrenunciable, debe ser realizada: todas las mujeres son madres de manera independiente de la procreación y de la edad. (Lagarde, 1993:202)

Así también Molina reconoce que la maternidad ha sido por mucho tiempo “la investidura más poderosa para la autodefinición y la autoevaluación de cada mujer, aún de aquellas que no son madres” (Molina, 2006: 94). Lagarde va más allá y afirma que la maternidad es el ámbito de la vida cotidiana en que las mujeres reproducen a los otros, a sí mismas y a su mundo: “existen por medio de la maternidad” (Lagarde, 1993: 246).

Si se contrasta con la paternidad es aún más evidente cuan significativa es la maternidad para la identidad femenina. Paterna y Martínez resaltan que la maternidad es fundamental para el *ser mujer*, mientras que al hombre no se le define por su capacidad de ser padre (2005 :24). En este tenor, también Badinter distingue entre la función de la maternidad para la mujer y la de la paternidad para el varón: “ella está completamente atada a su cuerpo, mientras que él está liberado de éste. La maternidad es su destino mientras que la paternidad es una elección” (2003: 133). Bourdieu considera que el trabajo de gestación y parto está anulado a favor de la tarea masculina de fecundación, debido a que el principio fundamental

de dominación masculina organiza la percepción que tenemos de todo el universo social, incluida la economía de la reproducción biológica (2010:63).

En el plano antropológico podemos observar que aquellas mujeres célibes, vírgenes o viudas, es decir, aquellas que no entran en el circuito de la reproducción, pueden ser reconocidas en ámbitos tradicionalmente masculinos, y no solamente como madres. De estos ejemplos liminales podemos destacar la valorización de la mujer como objeto de fecundidad y objeto sexual, y cuando esto se anula, ya no aparecen representadas socialmente como mujeres; “ya no es mas una mujer, sino un hombre”(Héritier, 2007:125). Mas adelante, Héritier apunta que en las sociedades tradicionales la esterilidad era vivida como una gran desgracia para las mujeres. Únicamente la excepción permite a ciertas mujeres definirse como sujetos de sus vidas; ni ciudadanas ni personas al mismo rango que los hombres, vetadas de los campos de acción considerados masculinos, relegadas a los ámbitos y roles que se presentan como derivaciones naturales de su condición fisiológica: las mujeres no son sujetos de su vida (Héritier, 2007: 81). Bourdieu coincide en que son negadas en cuanto sujetos y añade que se les reduce a objetos, a instrumentos simbólicos de la política masculina (2010:69).

La figura simbólica de la madre en Latinoamérica

Palomar y Sanhueza coinciden en que en Latinoamérica la investigación en torno a la construcción social de la maternidad se encuentra todavía muy poco desarrollada, y que seguramente, factores como la pobreza, la diversidad cultural, la mezcla y la hibridez le imprimen un sello particular al significado y experiencia de la maternidad en esta región (Palomar 2005: 53-54; Sanhueza, 2005: 151). Sanhueza nos advierte contra generalizaciones, pues pese a los rasgos compartidos en la región, la identidad de género extraerá sus atributos del *ethos* particular en el que los sujetos se encuentren.

Gran parte del peso simbólico que tiene la figura de la madre en México está vinculado a la presencia de la iglesia católica como institución orientadora del sentido de las prácticas. Las representaciones y creencias que envuelven a la maternidad están estrechamente ligadas a la tradición judeo-cristiana y a su representación mariana. El ícono mariano en latinoamérica juega un papel central en la construcción de identidades de género y los valores atribuidos a la feminidad

tales como pureza, abnegación, sacrificio. De acuerdo con Evelyn Stevens, el marianismo como estereotipo puede realizarse o no en las prácticas cotidianas, pero lo fundamental es que constituye el ideal que “entregará a las mujeres latinoamericanas un fuerte sentido de identidad y continuidad histórica” (en Sanhueza, 2005:155).

Molina (2006) y Sanhueza (2005) retoman a la antropóloga chilena Sara Montesinos, quien afirma que es la figura de la Virgen María la que da valor a la experiencia de muchas mujeres, recuperando la grandeza de la mujer pues es ella quien disuelve la tensión entre la cultura femenina y la patriarcal, al hacer posible, por su mediación, la encarnación de Dios en la historia.

En el famoso retrato de la cultura mexicana, *El Laberinto de la soledad*, Octavio Paz aborda tangencialmente la figura de la madre. La madre abnegada, dice Paz, encuentra su virtud en el hecho de que está a la espera, pendiente de la acción del otro. Luisa Muraro, hace notar cómo estas metáforas y los símbolos maternos presuponen y alimentan el paralelismo entre la vida natural y la cultura (1991: 19). Paz afirma que en este hecho radica su imposibilidad de tener una vida personal; “ser ella misma, dueña de su deseo, su pasión o su capricho, es ser infiel a sí misma” (Paz, 1950: 13-14).

Este recorrido ha pretendido mostrar los modos en que históricamente se ha tejido una red de significantes en la cultura occidental y en Latinoamérica específicamente, que producen efectos de sentido sobre el hecho biológico (cada vez menos unívoco y monolítico) de la maternidad. Es a través de los procesos comunicativos que estos efectos de sentido y significación impregnan las relaciones intersubjetivas y con ello, las formas identitarias en que nos constituimos como sujetos femeninos.

Desnaturalización de la maternidad

Aquello que llamamos “maternidad” no es un hecho natural ni unívoco, sino que es a la vez un proceso biológico, una experiencia, un rol, un status, una práctica cotidiana y un elemento identitario. Para fines de este capítulo hablaremos de dos dimensiones de la maternidad; una biológica y otra socio-cultural.

La dimensión biológica de la maternidad comprende la fecundación, gestación, el parto y lactación. Dichos aspectos biológicos de la maternidad han sido estudiados principalmente por la medicina y posteriormente, en el siglo XVIII, se tornó una cuestión de Estado con el surgimiento de la demografía y las preocupaciones estatales respecto a la natalidad, fecundidad, salud, etc. (Foucault, 1976: 26). A principios del siglo XX la reproducción humana se convirtió en un asunto científico y técnico, esto acompañada con políticas pro natalistas que encargaban a las mujeres “dar hijos a la patria”. Los saberes expertos irrumpen en un ámbito de saber y de acción tradicionalmente femenino y privado, en lo que podemos denominar la “profesionalización de la maternidad” (Molina, 2006). Los expertos en salud reproductiva, psicología, neonatología, demografía comenzaron a tener cada vez más peso en la gestación, alumbramiento y crianza. La madre experimenta con la irrupción de estos saberes legítimos, una pérdida de autoridad y confianza en los conocimientos transmitidos respecto al maternaje (Palomar, 2005:46). En las últimas décadas del siglo pasado, la preocupación estatal de países como el nuestro estuvo más bien encaminada en el sentido opuesto, es decir, hacia el control de natalidad. De acuerdo con Ezcurdia (2005) el gobierno de Luis Echeverría, ante la tasa de crecimiento demográfico que era de 3.4% anual en 1972, fue el primero en implementar políticas públicas para la planificación familiar. En 1974 se fundó el Consejo Nacional de Población, que aunado al Programa de Planificación Familiar (1975) permitió la disminución de la tasa global de fecundidad (véase Tabla en p.7). Posteriormente, en 1995 fue reemplazado por el Programa de Salud Reproductiva, que sigue vigente desde la Secretaría de Salud.

Por otro lado, la aparición de nuevas tecnologías reproductivas tales como inseminación artificial, inseminación in vitro, incubación o maternidad subrogada, han permitido separar los componentes y procesos tradicionales de la maternidad biológica, con importantes implicaciones fisiológicas, sociales y éticas. A este respecto, Palomar señala que “el desarrollo tecnológico ha comenzado a desestabilizar también los aspectos relativos a la concepción, el embarazo, el parto, y más aún la lactancia, introduciendo fuertes debates en torno a la “naturalidad de estos” (Palomar, 2005, p. 44). La posibilidad de disociar la madre genética, de la

madre gestante y de la madre social (así como del padre) tendrá consecuencias en la práctica de la maternidad y en el marco legal para establecer los derechos y obligaciones de cada una de las partes en este proceso reproductivo (Burin y Meler, 1998: 282).

Tanto las nuevas tecnologías reproductivas como el proceso de “profesionalización de la maternidad” antes mencionado, han contribuido a la desnaturalización de la dimensión biológica de la maternidad. Este a su vez, ha generado cambios en el modo de concebir la dimensión social de la maternidad. La dimensión social de la maternidad ha sido llamada “maternaje” para distinguirla de los aspectos biológicos. El maternaje nos remite a la “maternidad” como concepto que se intercambia en el espacio social y que forma parte de la producción social de sentido. La interpretación de la experiencia individual de la maternidad está mediada por el imaginario maternal. Los significados de la maternidad se refuerzan, transforman y actualizan constantemente en el discurso social. Al hablar de “maternaje” Chodorow (1984) quiere referirse al ejercicio de la maternidad; a todas las actividades que van más allá de la gestación, el parto y la lactancia, es decir, las tareas, conductas y atribuciones maternas. Es importante señalar que es perfectamente factible ser madre biológica y negarse a desempeñar roles maternos de cuidado y crianza, ya sea dando en adopción o relegando el maternaje en alguien más; o viceversa, estar dispuesta a realizar todas las tareas del maternaje, sin gestar ni dar a luz. Esta investigación se centra en mujeres que deciden anular ambas dimensiones de la maternidad.

El maternaje es un fenómeno que debe ser histórica y culturalmente situado y que podríamos definir como “la reproducción del grupo social y la atención de los nuevos sujetos sociales” (Palomar, 2005: 53). En este sentido, el maternaje no es sólo una construcción social, sino parte constitutiva de la reproducción de las identidades sexuales y de género. Nancy Chodorow sostiene que la reproducción del ejercicio de la maternidad sucede mediante procesos psicológicos inducidos estructural y socialmente. A través del relato psicoanalítico, la autora busca argumentar que el ejercicio de la maternidad se reproduce cíclicamente en las mujeres: “Las mujeres en cuanto madres, producen hijas con capacidad y deseos de ejercer de madres. Esta capacidad y necesidad forma parte y se desarrolla en la

misma relación madre-hija” (Chodorow 1978:18). Sin embargo, es importante subrayar que a partir de lo que se ha encontrado en esta investigación es posible problematizar la visión mecánica y condicionante del individuo que ofrece Chodorow. Las mujeres entrevistadas crecieron con modelos familiares muy disímiles, algunas de sus madres eran amas de casa, otras madres trabajadoras por lo que no es posible reducir su condición de no-madres a un proceso de identificación y socialización madre-hija. El único caso donde la madre funge claramente como contra-modelo es en el de Adriana quien afirma:

Yo no quisiera repetir la dureza de vida que tuvo mi mamá, porque yo la viví del otro lado ¿no? (...) y aunado a que no tengo vocación, ¿no?, porque la verdad es que no la tengo.

Adriana de 35 años

Laura va aún más allá y adjudica a su madre, gran parte de la decisión que ella y su hermano han tomado respecto a no tener hijos:

Mi mamá es una mujer que no debería de haber tenido hijos; es una plática que hemos tenido en muchas ocasiones ella y yo, y que desde muy chiquita me abrió los ojos a la posibilidad de no tener hijos y lo que eso implicaba.

Laura de 37 años.

Aunque estos son los únicos dos casos de la muestra en los que la madre de la entrevistada funge como contra-ejemplo e incluso aliciente para la NMV, sirven para problematizar la teoría de identificación de Chodorow.

Molina (2006: 98-99) y Palomar(2005:45) sitúan el origen del maternaje en el momento en que el proceso civilizatorio separa lo privado y lo público. Los hombres jóvenes y adultos salen, mientras que las mujeres se volvieron responsables del espacio doméstico y del cuidado de los nuevos individuos. De acuerdo con Yvonne Knibiehler (2000), en la Antigüedad la palabra “maternidad” no existía ni en griego ni en latín, aunque la figura de la madre está muy presente en la mitología, la filosofía y la medicina. No es sino hasta el Siglo XII que surge el término, equiparable a *paternitas*, para caracterizar la función de la Iglesia y el culto a la Virgen María. Molina, Palomar y Knibiehler coinciden en que esta etapa está marcada por la distancia entre la Virgen María y Eva, entre el deber ser y la práctica real de la maternidad, y es hasta el Siglo de las Luces que podemos

encontrar un modelo immanente de maternidad. Tanto Badinter (1980) como Molina (2006) afirman que fue en el Siglo XIX cuando surge la noción de “buena madre”, donde la atención está centrada en el niño y ocurre una idealización de la práctica maternal. La exigencia social, que como veremos persiste hasta nuestros días, apunta a una maternidad intensiva y exclusiva; la omnipresencia de la madre en la vida del niño es irremplazable y ella tiene que dedicar toda su energía, recursos, conocimientos y amor al nuevo individuo. Badinter (1981) argumenta que la devoción materna lejos de ser una respuesta instintiva, es una conducta producto de la ideología maternal. Haciendo un repaso histórico, la autora enfatiza los periodos “sin amor maternal” y el surgimiento de este como una norma social. La autora pregunta si en lugar de instinto no sería más válido hablar de una presión social extraordinaria dirigida a que la mujer se realice exclusivamente a través de la maternidad, y cita a B. Marbeau-Cleirens: “como la mujer puede ser madre, de allí se ha deducido no sólo que debía serlo, sino además que no debía ser otra cosa que madre, y no podría encontrar la felicidad sino en la maternidad” (Badinter, 1981: 294).

Actualmente coexisten distintos modelos de maternaje, pero estos aún se posicionan respecto de un modelo dominante y tradicional. Dentro de este modelo algunas de las funciones maternas son: nutricionales, de sostén emocional y cuidados personales tales como vestimenta e higiene (Winnicott,1972 en Burin 1998). Los receptores de tales funciones no son exclusivamente los hijos, sino que opera como una disposición general maternal que no discrimina en sus objetos de atribución. Burin afirma que se trata de un trabajo repetitivo, rutinario, de máximo esfuerzo y dedicación; “un trabajo invisible, que sólo se lo percibe cuando se lo realiza mal o de forma insuficiente” (Burin, 1998: 81). Siguiendo a Laqueur (1991), Soria (2006) concluye que la paternidad en este modelo es concebida como un conjunto de responsabilidades económicas, y de autoridad y respeto. En este modelo la maternidad se presenta “naturalizada” como punto de llegada eventual en la vida de las mujeres.

El modelo tradicional de maternidad se visibiliza en el “ciclo de vida femenino” propuesto desde los años cuarenta con base en la clase media estadounidense: pareja-matrimonio-vida sexual-nacimiento de los hijos-crianza-salida de los hijos-

nido vacío. Yanina Ávila define el modelo tradicional como aquel que asocia necesariamente el matrimonio, la reproducción, la monogamia y la heterosexualidad (2012: 4). Siguiendo este modelo las mujeres no podrían alcanzar la adultez, sino es mediante la maternidad (Soria, 2006:98; Ávila, 2005:120). Pelton y Hertlein hacen notar que los ciclos de vida normativos que se han desarrollado desde la psicología, asumen que todas las parejas se reproducen y desde ese supuesto teorizan las etapas (2011:44). Norma Fuller también aborda este aspecto y señala que tradicionalmente la maternidad era la experiencia que marcaba el status de adulto, pero que ahora es posible hacer este pasaje a través de la inserción en la esfera pública o el inicio de la vida sexual (2005:6). La antropóloga peruana afirma también que cada vez cobra mayor importancia el ideal femenino de la “mujer de carrera”, de manera que se invierte cada vez más tiempo y energía en los proyectos laborales (Fuller, 2005:6). Sin embargo, la responsabilidad del cuidado y educación de los hijos seguía (y sigue siendo en cierta medida) una tarea primordialmente femenina. A esto se han referido las teóricas feministas como doble jornada. Las transformaciones sociales del siglo XX antes mencionadas tuvieron dos importantes consecuencias en las prácticas reproductivas: el descenso en las tasas de fecundidad y la postergación de la maternidad. Con ello, el modelo tradicional de la maternidad, fue seriamente cuestionado más no caducó del todo.

La maternidad ha sido objeto de estudio de las ciencias sociales solo a partir del proceso de desnaturalización que impulsó el feminismo crítico. En un primer momento el movimiento feminista tenía como reivindicaciones medulares los derechos reproductivos y el control de las mujeres sobre su propio cuerpo. Esto está contenido en consignas como “Lo personal es político”⁷ o “Madre si quiero y cuando quiera”⁸. Las primeras feministas, inspiradas por Simone de Beauvoir concebían la maternidad como la principal cárcel de las mujeres; la fuente de control patriarcal. De Beauvoir consideraba que la liberación de las mujeres residía justamente en el rechazo individual de la maternidad. Para ella, la maternidad y el desarrollo personal en la esfera pública eran incompatibles en una sociedad que no

⁷ Lema feminista de los años sesenta atribuido a Kate Millet autora de *Política sexual* (1969).

⁸ Eli Bartra afirma que el feminismo de la nueva ola en México pasó del reclamo de igualdad de derechos políticos y sociales a la lucha por la conquista de la libertad sobre el propio cuerpo; incluyendo la despenalización del aborto y la sexualidad femenina con formas de placer propias. (Bartra et al, 2000:46).

se preocupa por el hecho fundamental de su reproducción y que se conforma con abandonar la responsabilidad y el costo a las mujeres. La maternidad es para Beauvoir un lastre para la emancipación femenina, que priva a la mujer de una presencia social (1989: 259-306). En la opinión de Badinter:

De Beauvoir se rehusó obstinadamente a definir a la mujer por la maternidad. Pero se olvidó con cierta premura que al devolver lo biológico a su justo lugar –el segundo–, ella dinamitó los barrotes de la prisión de las mujeres. En otras palabras, destruyó los estereotipos sexuales deducidos de la todopoderosa naturaleza (...)sancionó definitivamente el primado de la cultura por sobre la naturaleza. (Badinter, 2003: 38)

Para Badinter “la horrible indeterminación de sexos y géneros volvió a la superficie” y ello nos hizo volver los ojos “a la buena madre naturaleza y a las bases”(2003: 42). Con esto Badinter busca explicar el resurgimiento de esencialismos en el feminismo; fundamentados precisamente en la capacidad reproductiva de las mujeres como condición compartida por todo el género.

Se observa en autoras como Antoinette Fouque y Sylviane Agacinski una glorificación de la maternidad como esencia femenina. Antoinette Fouque hace énfasis en nuestra grandeza maternal; en “el poder procreador que le da a la mujer su humanidad, su generosidad y su superioridad moral” (Badinter, 2003: 42). Ligada a la gestación, esta autora identifica una “capacidad extra de contención activa”, dado que es el único fenómeno natural de aceptación de un cuerpo ajeno. Esto nos daría al género femenino mayor generosidad, hospitalidad, apertura, empatía y una tendencia a cuidar del otro. Para Sylviane Agacinski “hay una suerte de conciencia de sexo” que acompaña la experiencia de la procreación, punto de anclaje de la identidad femenina. A esta postura se suma Julia Kristeva al afirmar que el más grave de los excesos del rechazo a la tradición fue la estigmatización de la maternidad:

Admitamos que a pesar de los progresos de la ciencia, las mujeres seguirán siendo las madres de la humanidad, y que al amar a los hombres engendrarán niños. Este destino aunque aliviado por el recurso a diferentes técnicas y por la solidaridad, seguirá siendo una vocación absorbente e irremplazable (Kristeva, 2000: 13).

Badinter cuestiona estas posturas afirmando que “un enfoque de este tipo, que hace de la biología una piedra basal de virtudes y de roles, condena en un mismo

movimiento a los hombres y a aquellas mujeres que ignoran la maternidad” (2003: 43,44). Molina define este esfuerzo por defender el propio valor y la utilización de las cualidades atribuidas a la maternidad, como uno de los hitos en las interpretaciones que se han hecho de la condición de madre (Molina, 2006:105). Las feministas de esta corriente deshacen el camino andado por sus predecesoras, devolviendo la maternidad de la opción al instinto otra vez.

III. La no-maternidad voluntaria

Las que ni tienen ni quieren

Con demasiada frecuencia en las políticas públicas y en las ciencias sociales se asume que las mujeres adultas son madres. La no maternidad voluntaria ha sido poco estudiada, pese a ser un fenómeno creciente y significativo. Esta laguna teórica refuerza la noción de que “la maternidad es la experiencia clave que simboliza y refuerza la normalidad y la madurez para las mujeres” (Morell, 1993: 86). Las mujeres que deciden permanecer sin hijos son difíciles de cuantificar. Existe un cierto consenso respecto a que es una tendencia creciente (Basten, 2009; Ezcurdia, 2005; Paul, 2001) pero hay importantes variaciones en el número estimado de mujeres sin hijos y que desean permanecer así. Es posible que la dificultad para cuantificar a las mujeres sin hijos y de estas a las que lo son por voluntad, estriba en la invisibilización que se ha hecho de este sector poblacional y de la nulificación de sus preferencias reproductivas. Stuart Basten afirma que la proporción de mujeres sin hijos en Europa varía entre el 20% y el 30%, mientras que los estudios de Estados Unidos, Japón y Australia estiman que las mujeres sin hijos representan un porcentaje de entre el 15 y el 25%, con un patrón de crecimiento sostenido(2009:3).⁹ Basten (2009) recupera una tabla de Tanturri y Mencarini (2008) para ofrecernos el panorama europeo de las mujeres sin hijos (Ver Tabla #2).

En Estados Unidos, Abma y Martínez (2006: 1048), a través de los censos de población demuestran que el porcentaje de mujeres entre 35 y 39 años de edad sin hijos pasó del 11% en 1976 al 20% en 2002; mientras que en el grupo de edad de 40 a 44 años, el cambio fue de 10% al 18%. Estos investigadores también afirman que la gran mayoría de las mujeres en esta condición son mujeres blancas y con trabajos de tiempo completo.

En México, las últimas cuatro décadas han sido de notables cambios para las mujeres. En 1970 la tasa de participación económica femenina era de 17.6%; en

⁹ Es notable la ausencia de cualquier referencia a Latinoamérica en el estudio realizado por Basten, pues es de los más recientes y pretende dar un panorama del estado del arte en la cuestión de las mujeres sin hijos y libres de hijos.

1991 ascendió a 31.5% y se estima que en 2010, el 42.5% de las mujeres mayores de 14 años participaban en alguna actividad económica.¹⁰

Así mismo, desde los años setenta podemos observar transformaciones importantes en las prácticas reproductivas de las mexicanas. Las tasas de fecundidad en México han descendido notoriamente en los últimos treinta años (Véase Tabla #1). Las profundas transformaciones en las prácticas reproductivas de las mexicanas tienen una explicación multifactorial.

Por un lado, el nivel de escolaridad está estrechamente relacionado con las prácticas reproductivas; en promedio, las mujeres de 15 a 49 años de edad que no tienen instrucción escolar tienen 3.8 hijos; las que terminaron al menos la primaria 2.5 hijos; las que tienen nivel medio superior 1.2 hijos y 0.9 quienes tienen nivel superior.¹¹ El número ideal de hijos y la paridad real se acercan más cada año, lo que nos habla de un control más efectivo sobre las prácticas reproductivas. A mayor escolaridad, descienden tanto el número ideal de hijos, como la paridad. Así también es importante mencionar que el trabajo extra-doméstico no modifica el número ideal de hijos, pero aumenta ligeramente la paridad (Menkes y Mojarro, 2007).

Por otro lado, este descenso en la fecundidad está íntimamente ligado al uso de anticonceptivos. En los años setentas las mujeres en edad fértil¹² y unidas que usaban mecanismos para controlar la concepción eran el 30.2%, mientras que actualmente alcanza hasta el 72.5%¹³. El uso diferencial de anticonceptivos entre zonas rurales y urbanas se ha atenuado (11.4% mayor en contextos urbanos). Con ello es posible constatar el uso generalizado de anticonceptivos ya sea para planear, postergar o evitar los embarazos.

Pese a que referirnos a la media estadística obscurece diferencias específicas de cada contexto (urbano/rural; nivel socioeconómica; etc.) y aunque la norma cuantitativa puede diferir de la norma percibida socialmente, es importante enmarcar esta investigación delineando la práctica social dominante de las mujeres mexicanas en la actualidad. El número de mexicanas unidas y en edad fértil que usan

¹⁰ INEGI con base en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2010.

¹¹ Instituto Nacional de las mujeres. Indicadores de Género/ Salud reproductiva. Disponible en: http://estadistica.inmujeres.gob.mx/formas/tarjetas/Salud_reproductiva1.pdf

¹² Las mujeres en edad fértil son aquellas entre 15 y 49 años de acuerdo con la definición del CONAPO.

¹³ ENADID, 2009, p.24

anticonceptivos y que no han tenido ningún hijo ha crecido considerablemente en los últimos treinta años: de 6.5% en 1976 a 29.9% en 2009.¹⁴ Sin embargo, este dato nos puede hablar tanto de la no-maternidad voluntaria como de la postergación de la maternidad. Para comprender la dimensión de la maternidad como norma social en México, valga señalar que siete de cada diez (71.6%) mujeres en edad fértil ha tenido al menos un hijo nacido vivo.¹⁵

Ahora bien, para tratar de aproximarnos al número de mujeres mexicanas que han decidido no tener hijos habría que tomar como base la Encuesta Nacional de Dinámica Demográfica (ENADID) (1997, 2006 y 2009) y la Encuesta de Salud Reproductiva (2003) y tratar de construir un estimado aunque esté limitado por los tabuladores que en la encuesta de cada año se consideraron básicos. De acuerdo con estimaciones hechas por el CONAPO, en base a la ENADID de 1997, el porcentaje de mujeres que no han tenido ningún hijo y que además afirman que su ideal es seguir así, era de 1.8%. La Encuesta de Salud Reproductiva de 2003 estima a las mujeres de esta condición y preferencias en 2.4%; para el año 2006 desgraciadamente no se tiene el dato desagregado y en 2009 era ya del 8.3% (Véase Tabla #3).¹⁶ Si bien es estadísticamente pequeño el número de mujeres cuyo número ideal de hijos es cero, es una tendencia que crece, así como la relación entre paridad nula y deseo de no hijos.

La ENADID, realizada en 2006 muestra que había 9,701,529 mujeres en edad fértil sin hijos, de las cuales 15.1% no desea ninguno, es decir 1,464,930.879 mujeres. Desgraciadamente para ese año, no se desagregó por grupos de edad. En la ENADID más reciente, realizada en 2009, el porcentaje de mujeres en edad fértil que no tienen ni quieren tener hijos, es de 15.4% (Véase tabla #4), y resulta muy interesante constatar al separarlo por grupos quinquenales edad, que son las más jóvenes quienes conforman este grupo. Las mujeres entre 15 -19 años, son el 73%, mientras que las de 20-24 años son el 24.8%, dando un total de 98.3%.

¹⁴ ENADID, 2009. p.19.

¹⁵ Censo de Población y Vivienda de 2010

¹⁶ ENADID define "paridez" como el total de hijos nacidos vivos que ha tenido la mujer a lo largo de su vida reproductiva; "deseo de hijos" como la intención por parte de las mujeres de tener un hijo(a) o más; y "número ideal de hijos" como el número de referencia para limitar o reproducir el total de hijos por tener en toda la vida.

Los números varían dependiendo de cuál criterio se tome primero para la conformación de la población; si por el contrario tomamos primero el deseo de no tener más hijos y de esa población aislamos a las que no tienen hijos veremos que en 1997 eran el 7.5% y en 2009 el 10.3% (Véase tabla #5).

Enmarcar de este modo el fenómeno de la no -maternidad en las transformaciones de las prácticas reproductivas nos permite reconocer el peso de la maternidad en el México contemporáneo, en su dimensión societal y como mandato de género, así como ubicar la no -maternidad como un fenómeno marginal pero creciente en términos cuantitativos.

¿Cómo se ha estudiado la NMV?

El fenómeno de la no-maternidad había sido abordado preponderantemente como un problema fisiológico ligado a la esterilidad y posteriormente como una tendencia demográfica denominada “déficit de fecundidad”¹⁷, presente sobretudo en países con economías prósperas y sociedades altamente tecnificadas. Solo hasta hace algunos años y de manera incipiente, se habla y se estudia la no-maternidad voluntaria. Este fenómeno como tendencia creciente y significativa para la comprensión de los nuevos modelos de feminidad y roles sexuales, encuentra su correlato en la postergación de la maternidad y en la anticoncepción química efectiva, que existe desde hace sólo algunas décadas. Françoise Héritier, argumenta que la diferenciación jerarquizada de los sexos está fundamentada en la diferencia biológica y reproductiva, por lo que considera que:

Gracias a la anticoncepción, la mujer se convierte en la dueña de su cuerpo y ya no es considerada como un simple recurso; utiliza su libre albedrío en materia de fecundidad (...) pone fin a un sistema de dominación que consistía en utilizarla para concebir hijos (...) La anticoncepción las libera del mismo tema por el que fueron hechas prisioneras” (Héritier, 2007: 128).

Elizabeth Badinter también desarrolla una reflexión muy interesante respecto a la relación entre maternidad e identidad femenina. Según Badinter, las mujeres que rechazan la condición materna, se vuelven inclasificables, ni hombres ni “mujeres

¹⁷ Véase por ejemplo Solsona, 2004; Delgado, López y Barrios 2006; Bernardi, 2003.

verdaderas”, puesto que se han “alienado para hacerse un lugar en el mundo masculino” (2003:133-134):

“Si la maternidad es la esencia de la feminidad, se hace pensar que quien la rechaza es una anormal o una enferma. Al etiquetarla como “virilista”, se la despoja de su identidad y se la declara indigna de su sexo. Está como arrojada fuera de la comunidad de mujeres. Y si nos compadecemos de la mujer estéril, condenamos a la egoísta que rechaza la condición de sus pares. Al actuar de ese modo se señala con claridad que la maternidad no es una elección sino una necesidad que se puede, en todo caso retrasar en el tiempo pero no eludir” (Badinter 2003: 133).

Podemos clasificar los modos en que ha sido abordada la no-maternidad, primero identificando aquellos ensayos sobre la experiencia personal de la autora en torno a la no-maternidad (Rome, 2006; Letherby, 2002; Morell, 1992) y los esfuerzos por el reconocimiento de este grupo social como una minoría con características no-normativas y reivindicaciones específicas.

Stuart Basten (2009: 14-18) da cuenta de los grupos presenciales y virtuales de parejas sin hijos, así como las redes entre estos. De acuerdo con Basten, la mayoría de estos grupos están en Estados Unidos y en la India. En algunos se promueve un estilo de vida (Paul, 2001) aparejado a la condición de “childfree” o “DINK”¹⁸, en otros simplemente se busca establecer vínculos de apoyo e identificación entre parejas que han tomado esta opción. Las reivindicaciones de los grupos de parejas sin hijos o libres de hijos tienden a estar relacionados con una sensación de ser menospreciados, a no ser considerados una familia (Forsyht en Pelton y Hertlein, 2011) o debido a que los asemejan con solteros y parejas experimentando la etapa llamada “nido vacío” (Paul, 2001; Carroll, 2000; Morell 1993). Como apunta Dubar, la idea de conyugalidad sigue siendo inseparable de la reproducción, “hay familia en el sentido más común, desde que hay niños” (Dubar, 2000: 86).

Los estudios hechos en Estados Unidos (Cain, 2001; Carroll, 2000; Paul, 2001) apuntan a que las razones para no tener hijos que aducen las parejas entrevistadas

¹⁸ Acrónimo que en inglés significa Double Income No Kids.

van desde lo religioso, lo político, la preferencia por cierto estilo de vida o la simple falta de deseo. También hacen énfasis en este grupo como un mercado con gran poder adquisitivo pues aseguran que sus gastos suntuosos son mucho mayores que los de una pareja con hijos (Paul, 2001; Pelton y Hertlein, 2011: 41). Otro aspecto importante es que las investigaciones realizadas sostienen que las parejas sin hijos son 28% menos religiosas que sus padres (Somers en Pelton y Hertlein, 2011: 41; Mosher, Williams et al. 1992 en Basten, 2009).

Además de esta caracterización del grupo demográfico “childless” o “childfree”, se han realizado estudios de corte psicológico con miras al acompañamiento terapéutico y al trabajo social con parejas sin hijos, que intenta romper con las concepciones esencialistas de la no-maternidad como desviación. Entre estas investigaciones destacan los de Carolyn Morell (1993), quien afirma que las experiencias de la no-maternidad no han sido teorizadas aún. Morell sostiene que el permanecer sin hijos no es solamente un acto personal, sino una práctica social que ocurre en un terreno sumamente politizado (Morell, 1993: 84). Su investigación consistió en 34 entrevistas intensivas con mujeres casadas que han decidido no tener hijos. Morell encontró que la decisión no puede ser juzgada en términos monolíticos de satisfacción / arrepentimiento. Algunos conceptos que surgieron a partir de la experiencia de estas no-madres fueron: “trabajo explicativo” en relación al esfuerzo que tienen que hacer por explicar su decisión a otros; “cuñas en la amistad” para definir las tensiones que tienen para relacionarse con mujeres madres; “el nido de pareja” para referirse a las ventajas y complicaciones dentro de la pareja; “discontinuidades cronológicas” como la experiencia común de sentirse desfasada con la gente de su edad; y “libertad contradictoria” para describir la paradoja de que el tiempo ganado por las mujeres al limitar sus responsabilidades domésticas era rápidamente absorbido por la esfera pública (Morell, 1993: 85).

Por otro lado, con miras a la intervención terapéutica, Pelton y Hertlein (2011) proponen un ciclo vital para las parejas que voluntariamente han decidido no tener hijos. Tras revisar los modelos normativos de ciclos de vida y los supuestos que subyacen a estos, Pelton y Hertlein afirman que “las parejas sin hijos deben navegar por un camino de desarrollo “normativo” en un modo “no – normativo” (2011: 44). A partir de esto proponen cuatro etapas; el proceso de

toma de decisión; el manejo del estigma y la presión; la definición de una identidad; y la construcción de un sistema de soporte y un modo de dejar legado. En primer lugar las autoras defienden la tesis de que una decisión consciente es mejor que prolongar la ambivalencia indefinidamente durante los años, pues esto genera mucha ansiedad. En un segundo momento, las parejas tienen que desarrollar estrategias para manejar la presión social y las autoras señalan que este trabajo de “manejar el estigma” ocurrirá durante todo su ciclo de vida adulto, mientras que el proceso de toma de decisión inevitablemente termina cuando la posibilidad biológica de ser padres se clausura. El tercer momento, tiene que ver con cosechar hobbies e intereses y aprovechar el incremento en las oportunidades de trabajo, tanto en pareja como en lo individual. Finalmente se propone que las parejas sin hijos extiendan sus vínculos con la comunidad para asegurar que están “conectados con el mundo más allá de su relación marital” (Pelton y Hertlein, 2011:49).

Desde un enfoque distinto, Valery LaMastro (2001) realizó una investigación sobre actitudes y atribuciones que se le hacen a las familias dependiendo de su tamaño. LaMastro encontró que los individuos sin hijos fueron calificados menos positivamente, sin importar si su condición era voluntaria o producto de infertilidad. Así mismo, los entrevistados suponían que aquellos sin hijos tendrían menos calor interpersonal y menos satisfacción marital.

En un estudio realizado en Finlandia (Miettinen, 2010) se combinaron las intenciones de fertilidad con el ideal de hijos que expresaba el encuestado, y se distinguió entre quienes decidían no tener hijos y aquellos que simplemente iban posponiendo la paternidad o maternidad. Uno de los hallazgos más interesantes es que la decisión de no tener hijos estaba relacionada frecuentemente con características de la infancia, mientras que la paternidad o maternidad que se pospone tenía que ver con circunstancias socioeconómicas o la falta de una pareja considerada adecuada.

En el Reino Unido encontramos el trabajo de Rosemary Gillespie (2003) realizó una investigación con 25 mujeres no-madres entre los 21 y los 50 años de edad. Gillespie concluyó que algunas de las ventajas que argumentaban las mujeres para no tener hijos eran la mayor libertad y autonomía, mayores oportunidades, una

posición económica más holgada y una relación de pareja más íntima (2003:129). Las entrevistadas también describían los valores asociados a la maternidad como poco satisfactorios y hasta repulsivos (Gillespie, 2003: 132).

Desde la sociología, Kristin Park ha realizado consistentemente investigación sobre la elección de no tener hijos en Inglaterra. En 2002 Park presenta un estudio sobre cómo manejar el estigma de no tener hijos por voluntad. A través de 22 entrevistas semi-estructuradas con 14 mujeres y 8 hombres que han decidido no tener hijos, Park identifica cuatro estrategias para manejar el estigma y la presión social: pasar desapercibido, sustitución de identidad, condenar a los condenados o auto-realización. “Pasar desapercibido” supone jugar con la posibilidad cuando ésta sigue abierta y diferir el comentario con respuestas como “Sí, algún día.”; la “sustitución de identidad” sería, ante la presión, contestar que se es estéril para que personas se avergüencen de haber preguntado y dejen de presionar; “condenar a los condenados” incluye aceptar la responsabilidad de la decisión y negar las atribuciones negativas que se le atribuyen al tiempo que se cuestiona la autoridad moral de quien ejerce la presión; la “auto-realización” es abrirse y explicar de forma directa y honesta la decisión, como forma de realización personal (2002: 33).

En una investigación posterior, Park (2005) afirma que la sociedad asocia a las parejas sin hijos con “egoísmo”, “materialismo”, “inmadurez”, “individualismo”, y son vistos como socialmente indeseables y mal ajustados. Park concluye que estas parejas perciben el mantenerse sin hijos como una manera de alcanzar una mayor realización, evitando los resultados negativos de la parentalidad. La parentalidad es vista como conflictiva con la carrera profesional y las identidades individuales pero de manera diferencial en cada sexo¹⁹. Park sostiene que los motivos de quienes optan por no tener hijos pueden ser leídos en un esquema de racionalidad instrumental de la acción weberiano, aunque las acciones afectivas y valorativas también están implicadas.

En el Reino Unido también podemos subrayar las aportaciones de Rachel Louise Shaw (2010) quien realiza un análisis fenomenológico/ interpretativo de los discursos de mujeres no-madres. Shaw señala la apropiación de la decisión de

¹⁹ Véase apartado sobre la figura masculina y la NMV, p.69.

no tener hijos, aún en los casos en que es producto de la circunstancia, más que de la voluntad; las expectativas sociales y el manejo de estas a través de la franca oposición, de substitutos como los sobrinos, o de la entrega total al trabajo; y los diferentes modelos de maternidad en los que convergen el rechazo a la propia madre y los maternajes tempranos (desempeñar funciones de cuidado materno con la propia madre). De Shaw me parece sumamente rescatable su incorporación de Heidegger y la conceptualización de la no-maternidad voluntaria como contingente en el tiempo; una experiencia pasada, una reflexión presente y un juicio valorativo (congratulación/ arrepentimiento) a futuro (Shaw,2010:155).

Recientemente en Francia, Charlotte Debest (2012) defendió la tesis doctoral titulada “La infecundidad voluntaria como transgresión de las normas sociales y de género”, en la cual se aborda el fenómeno desde una perspectiva sociológica con metodología mixta. Debest sostiene que el número de franceses que no quieren tener hijos ha incrementado, que existen diferencias entre las prácticas y discursos de hombres y mujeres, y que en algunos casos la decisión de no tener hijos es un acto militante, relacionado a otras prácticas como las anticonceptivas.

Ahora bien, en México la investigación sobre la decisión de no tener hijos se ha centrado en las mujeres como no-madres. Está por un lado la investigación psicológica de Claudia Ezcurdia Valle (2005) realizada para optar por la maestría en estudios de género en la Universidad Autónoma de México, y por el otro una serie de artículos de Yanina Ávila González (2004, 2005 y 2012), publicados en el marco de su investigación para el doctorado en antropología social de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Ezcurdia (2005) se pregunta por el diálogo subjetivo que sostienen las mujeres sin hijos frente a lo que ella llama “institución maternal”. Ezcurdia realiza seis entrevistas semi-estructuradas a partir de relatos de vida a mujeres sin hijos de más de treinta años y reconoce primero la ambivalencia frente a la decisión de tener hijos; las mujeres entrevistadas no planificaban o decidían anticipadamente no tener hijos sino que dialogaban con el ideal maternal, y en segundo lugar, concluye que las mujeres entrevistadas realizan una serie de “trabajos éticos sobre sí mismas”, siguiendo a Foucault, para autorizarse como mujer sin hijos. Finalmente señala que permanece la estructura del modelo pareja-matrimonio-

hijos, pero que se transforman sus contenidos: “las entrevistadas perturban las prácticas y no los ejes de simbolización de la maternidad en sí” (Ezcurdia, 2005:142).

Ávila (2005) por su parte, entrevistó a mujeres no-madres de más de 50 años, con un nivel de estudios universitarios o superiores, con trabajo extra-doméstico y buscó establecer un contraste entre aquellas cercanas al movimiento feminista mexicano y aquellas distantes. Ávila identifica algunos elementos causales en la infancia de las mujeres, como la relación con su propia madre (2005:115), imágenes de mujeres embarazadas golpeadas (2005:115), desempeño temprano de labores maternas (116); afirma que el deseo o no de ser madre se juega en la triangulación edípica, y desde el psicoanálisis habla de un “deseo hostil” (117); y finalmente aborda la presión de la que son objeto estas mujeres para ser madres, desde el lenguaje por la ausencia de sustantivo para nombrarlas (2005:117), desde la psicología que las tilda de egoístas, narcisistas y proclives a sufrir por su incompletud (118), desde la medicina (2005: 123-125; Ávila, 2012) y desde “cualquier espacio”.

A partir de esta revisión de literatura podemos constatar que se trata de un fenómeno social, psicológico, demográfico y cultural relativamente nuevo y cuya teorización está apenas comenzando. Es importante destacar que han predominado los estudios demográficos y psicológicos en el abordaje de la no-maternidad con algunos escasos ejemplos de análisis sociológico y antropológico. Así también, es necesario señalar la marcada ausencia de trabajos en torno a la no-maternidad voluntaria en Latinoamérica, pues aunque sin duda el porcentaje de mujeres que desean permanecer sin hijos es menor en esta región del mundo, su opción es mucho más significativa en un contexto donde la figura de la madre tiene un espesor simbólico considerable.

Las apuestas de esta investigación

La no maternidad voluntaria es un fenómeno reciente y poco estudiado, sobre todo en el contexto latinoamericano. Estudiar la NMV con un enfoque sociocultural permite dos aportaciones.

Por un lado, dar cuenta de los procesos sociales y culturales que están asociados con este fenómeno dado que trasciende las biografías específicas de las mujeres en cuestión. Esta investigación disiente con quienes postulan que la NMV es producto de especificidades biográficas del individuo y que es un ejemplo marginal y excepcional. Ya que los valores femeninos asociados con la maternidad se crean y mantienen en el intercambio social, en el ejercicio político de la orientación / imposición de significados y sentidos, la decisión y experiencia de la no-maternidad constituyen ejemplos idóneos para analizar los procesos de distanciamiento y transformación de la práctica social dominante. Desde una perspectiva sociocultural es posible abordar la cuestión de las identificaciones en tanto construcciones intersubjetivas, y las formas en que el sujeto resignifica los repertorios simbólicos, es decir, se busca abarcar el entrelazamiento de producción y reproducción subjetiva, con la producción y reproducción económica y social, mientras que se le reconoce al sujeto la capacidad de asignar y construir significados. Es en este rejuego, que parece posible vislumbrar la relación entre lo instituido (modelo mujer -madre) y lo instituyente (mujeres no-madres).

Por otro lado, diversos autores coinciden en que, a raíz de los cambios en la organización económica, política y simbólica del mundo, presenciamos la emergencia de nuevas formas de identificación y de individualidad, que sin embargo apenas comienzan a ser caracterizadas. La concepción de identidad sobre la que se asienta este proyecto es la de una identidad dinámica, siempre inacabada, de naturaleza dialógica y relacional, producto de las interacciones del individuo a lo largo de su trayectoria biográfica. No se pretende detectar la “verdadera identidad” de las mujeres que optan por la no-maternidad, pues esto sería caer en la ilusión de identidades monolíticas, estáticas y deterministas. Por el contrario, pretendo explicar los procesos de identificación que experimentan las mujeres que deciden ser no madres y dilucidar las lógicas sociales que las impulsan combinar de tal o cual modo diferentes identificaciones. Considero que la NMV constituye un ejemplo muy elocuente para comprender las combinaciones identitarias que llevan a cabo los individuos en sociedades altamente diferenciadas y plurales. En este sentido espero que la investigación contribuya a ensanchar las concepciones

identitarias femeninas y con suerte, abone al entendimiento sobre las identificaciones plurales de los individuos contemporáneos.

La pregunta que guió la investigación fue: *¿Cuáles formas de identificación se relacionan con la opción de la no-maternidad voluntaria en las mujeres mexicanas?* De donde se desprende el objetivo de *describir y analizar las narrativas en torno a las formas de identificación que se relacionan con la opción de la no-maternidad voluntaria en mujeres mexicanas*. Aunado a esta pregunta hay otras dos particulares: *¿Cuáles elementos identitarios están vinculados a la opción de la no-maternidad?* y *¿Cuáles normas y valores dan sentido a la opción de la no-maternidad?*. Dado que esta investigación intenta hacer un estudio analítico/descriptivo de las identificaciones en torno a la NMV en México, se adoptó una perspectiva cualitativa. La hipótesis con la que se trabajó fue que *las mujeres que optan por la no-maternidad se distancian del modelo tradicional de mujer-madre, adscribiéndose a otros marcos normativos y axiológicos desde los que combinan identificaciones de género, laborales y relacionales*. Esta hipótesis guió la conformación del marco teórico y la segunda parte del trabajo de campo.

IV. Corpus de análisis y estrategia metodológica

Diez mujeres no madres

Al preguntarnos por las formas de identificación que se relacionan con la opción por la no-maternidad voluntaria en las mujeres mexicanas, estamos partiendo de un objeto de estudio complejo. Las identificaciones no son observables de por sí, sino que son construcciones simbólicas y discursivas. Atendiendo a esto decidí que por medio de entrevistas a profundidad, trataría de obtener narrativas en torno a la decisión y experiencia de no tener hijos y las implicaciones que ello tiene en las identificaciones. La teoría anclada se perfiló como una buena opción metodológica por la incipiente teorización en torno a la NMV en México y como un método que me ayudaría a pensar desde lo empírico e invocar de lo teórico solo aquello que resultara pertinente, para volver a pensarlo a ras de suelo y valorar su poder explicativo. Esto me forzó a entrar de lleno en el campo y abandonar los presupuestos que me acompañaban, para escuchar a las mujeres no-madres.

La teorización anclada (*grounded theory*) de Glaser y Strauss, es una combinación de métodos inductivos y deductivos, en la que el significado emerge de los datos mediante dos estrategias: el muestreo teórico y el método comparativo constante (Cuañat, 2007: 2). Desde dicha postura metodológica se recomienda buscar casos similares pero con muchas variables que permitan encontrar –vía la comparación constante– claves de sus diferencias y similitudes, es por esto que los sujetos de esta investigación fueron elegidos en función de su pertinencia para la elaboración de categorías conceptuales, y no de acuerdo a criterios de representatividad, puesto que “el objetivo de la teorización anclada no es producir una representación exhaustiva de un fenómeno, sino elaborar una teoría pertinente” (Raymond, 2005: 2). La selección teórica de la muestra, propia de esta metodología, consiste en la selección de los mejores informantes y se van incorporando más sujetos, situaciones y variables para enriquecer el desarrollo teórico (Cuañat, 2007: 9). Los criterios de selección para este proyecto de investigación fueron los siguientes: mujeres mexicanas en edad fértil o más, determinadas a no tener hijos, heterosexuales y de preferencia con pareja. La heterosexualidad fue considerada un criterio de inclusión a partir de que en el modelo tradicional se asocia la monogamia, la heterosexualidad y la reproducción (Ávila, 2012: 4). También

Adrienne Rich, para referirse a la maternidad como institución, elabora respecto a la aplicación normativa de un modelo de conducta sexual que tiene por eje la heterosexualidad reproductora (Rich en Braidotti, 2000:223).

El corpus de esta investigación está conformado por las entrevistas realizadas a una muestra teórica de diez mujeres mexicanas con diferentes niveles de decisión respecto a la NMV y con distintos niveles socio-económicos. Todas ellas de residencia urbana y nivel de educación superior. Además se procuró que las mujeres estuvieran o hubieran estado en una relación heterosexual de largo plazo. La materia prima de esta investigación fueron las narraciones de estas mujeres en torno a su experiencia y reflexión subjetiva, obtenidas a través de entrevistas a profundidad realizadas entre septiembre del 2012 y abril del 2013. Las diez entrevistas realizadas fueron a profundidad no-estructuradas y con énfasis biográfico, cada una con una duración aproximada de entre 1hr 30min- 2hrs. 30min. Para una tabla comparativa entre sujetos y un breve perfil de cada una de ellas véase el Anexo #7.

Se utilizó el método de bola de nieve para reunir a los sujetos debido a la dispersión de las mujeres que cumplen las características antes mencionadas. Este modo de captación es ideal para poblaciones difíciles de encontrar o dispersas, se utiliza en muestras no probabilísticas, como son las propias de la investigación cualitativa. Es un método eficaz, sin embargo hay que tener en cuenta que dado que los sujetos de la población no son en rigor elegidos al azar, las estimaciones provenientes de la investigación están sujetas a sesgos (Méndez, 2007:101). Quizá la constitución de la muestra no fue lo más representativo posible, pero era el único modo de reunir a las mujeres que deciden ser no madres.

En otras palabras, a través de mis conocidos llegué a las primeras entrevistadas, que a su vez condujeron a más sujetos de investigación, y así sucesivamente hasta llegar al punto de saturación. El principio de saturación supone elaborar y reelaborar categorías conceptuales hasta que ningún dato nuevo los contradiga o “no quepa” en el marco explicativo.

De las mujeres contactadas solo hubo una que tras haber accedido a la entrevista, se retractó indicando que era un tema muy sensible para ella. En este punto

quisiera señalar que agradezco profundamente a las mujeres que estuvieron dispuestas a compartir su experiencia conmigo, y que dentro de mi conocimiento y posibilidad hice todo para que sus identidades permanecieran anónimas.

Las mujeres entrevistadas pertenecen a dos generaciones (nacidas entre 1940-1959 y las nacidas entre 1960-1979) y tienen niveles diferenciados de decisión respecto a la NMV y de capital socio-económico. Sin embargo, todas poseen un nivel de educación medio superior o mayor. La relación entre la educación y las prácticas reproductivas, y con la NMV en concreto es compleja.²⁰ De acuerdo con Dubar, la escuela constituye una oportunidad estratégica para la conformación de una identidad personal reflexiva, distante del papel asignado de forma estatutaria y nominal, pues permite reconocerse “por sí-mismo” y no como producto de un medio social o cultural determinado (2000:228). En este mismo sentido, Beck y Beck afirman que según su duración y contenido, la educación hace posible el descubrimiento y la reflexión personales, y se ve relacionada con la selección y la movilidad hacia arriba (2001:85). Nuestras intuiciones apuntan a que un nivel de educación medio superior es una característica constitutiva del fenómeno de la NMV, y justamente por ello sería muy deseable que se realizaran investigaciones en otros grupos de menor escolaridad.

Narrativas de identidad y entrevistas a profundidad

Desde la tradición cualitativa de corte interpretativo, se considera que hay una relación dialéctica entre la experiencia y la expresión que da cuenta de ella. En este sentido, la narrativa mantiene la tensión entre lo excepcional y lo ordinario, conjuga los relatos dominantes de la cultura y la época (lo que llama significaciones dominantes), con las interpretaciones singulares de los individuos (sentidos singulares) (Rivas,1996:208). A partir de estas narrativas no accedemos a la realidad en sí, pero podemos interpretar detrás de lo expresado. Por medio de narrativas no accederemos a la identidad sustancial, sino al sí mismo “reconfigurado por el juego reflexivo de la narrativa, y podrá incluir la mutabilidad, la peripecia, el devenir otro/otra, sin perder de vista sin embargo, la cohesión de una vida”(Arfuch, 2002b :24). El ejercicio de dar forma narrativa a las

²⁰ Véase p. 104

configuraciones identitarias nos permite recuperar su experiencia subjetiva en tanto sujetos sociales. El “espacio biográfico” constituye un campo privilegiado para estudiar la construcción de la subjetividad puesto que “no es que el sujeto se exprese a través del discurso, sino que se constituye a través de él” (Arfuch, 2002a:13). En este mismo sentido se pronuncia Dubar cuando afirma que el lenguaje es un componente fundamental de la subjetividad (2000: 231) y más aún que la identidad no se convierte en narrativa más que relatada (2000: 234). Para el sociólogo francés, la identidad narrativa no es más que una disposición que construye el individuo de sus experiencias significantes.

Arfuch y Dubar coinciden en que la narrativa tiene una significación subjetiva del tiempo. Distinguible del tiempo “cronológico” y “cronométrico”, en la narrativa interviene una “memoria activa productora de sentido” que provee de direccionalidad y de significación a la narración (Dubar,2000:235). Al respecto Renato Rosaldo sostiene que “el tiempo se vuelve humano cuando la figura narrativa le da forma, y la narrativa se vuelve significativa cuando representa la experiencia humana en el flujo del tiempo.” (Rosaldo en Rivas, 1996:210)

Para poder acceder al discurso del sujeto –que habla tanto de la construcción de sí misma, como del discurso social– decidí utilizar entrevistas a profundidad no estructuradas y con énfasis biográfico. De acuerdo con Rivas, la entrevista puede ser concebida como “un ámbito espacio-temporal en el que los datos son construidos, en relación dialógica y cuyo proceso de interacción es fuente constitutiva de conocimiento”(Rivas, 1996: 206). Este énfasis sobre la dimensión de la interacción permite entender cabalmente el peso que la reflexividad del investigador debe jugar en el proceso de investigación. De igual manera Guber nos recuerda la entrevista es una relación social, por lo que los datos obtenidos son la realidad construida con el entrevistador al momento del encuentro (Guber, 2011:71). Esto es particularmente acertado para los relatos y las narrativas de identidad, que poseen su coherencia y temporalidad propia y diferente.

En suma, la entrevista constituye un marco social particular en el que, en términos de Lahire, una parte de la memoria del sujeto a entrevistar se va a poder actualizar, activar, convocar (1998: 114). Las palabras que surgieron de estos encuentros fueron producto tanto de la suma de esquemas y experiencias anteriores de las

entrevistadas, como de lo que la situación particular de la entrevista les hizo evocar.

Las entrevistas permitieron dejar que las mujeres relataran el mundo como lo experimentan, con todas las ambivalencias, contraluces y estrategias adoptadas. Si bien es cierto que la memoria reelabora los acontecimientos desde el presente, la narrativización del yo es la única puerta de entrada a la experiencia subjetiva de estas mujeres. La asumo como una vía de acceso profunda y elocuente, cargada de significaciones, en la que siempre habrá que distinguir al individuo y su biografía única, del sujeto que participa de estructuras sociales. Las experiencias subjetivas de las mujeres, cristalizadas en narrativas “no constituyen reflejos de lo real o ni se ubican respecto a una realidad dada, sino como instrumentos de ejercicio de poder, como actos paradigmáticos de luchas por el sentido” (Martin, 1982: 18).

Para realizar las entrevistas se elaboraron dos guías de entrevista: una no estructurada (véase Anexo #6) y una semi-estructurada para poder avanzar en caso de no lograr suficiente *rapport* con el sujeto. Ambas guías están organizadas en cuatro ejes: narrativa de identidad, identidad femenina, maternidad y no-maternidad, variando sólo el nivel de precisión de la formulación de las preguntas y su orden. Al final del día no fue necesario echar mano de la semi-estructurada por lo que no se incluye en los anexos. No hubo un orden secuencial entre las áreas temáticas y se privilegiaron las preguntas abiertas para así propiciar que las mujeres reconstruyeran a partir de asociaciones y conexiones espontáneas.

Procesamiento y análisis

En la teorización anclada tanto la recopilación y análisis de datos, como la confrontación de datos y teoría (codificación), nunca se suspenden. De acuerdo con Coffey y Atkinson (2003) la realización de entrevistas, el procesamiento, la categorización y la interpretación no son elementos disociados ni sucesivos en el proceso de investigación.

La primera codificación que realicé fue abierta, pues si bien tenía presentes los ejes ya mencionados, estos sólo servían de manera muy general para ubicar el ámbito de circunscripción del extracto y en muchas ocasiones se superponían unos con otros. No hice una distinción contundente entre los niveles de abstracción

conceptual (conceptos, categorías, observables) de lo que entró en la columna de primeras categorías, pero sí busqué cuidadosamente de distinguir con comillas aquellas expresiones propias de las entrevistadas, categorías “in vivo”, de las imputadas por mi a través del análisis.

Además de la transcripción y codificación me pareció necesario cruzar los perfiles de las mujeres entrevistadas para poder reconocer rápidamente aquellas enunciaciones que tuvieran que ver con lo que Reguillo (2000) llama anclajes histórico-culturales (edad, género, raza, clase social). En esta investigación todas son mujeres que comparten la condición de haber elegido la no-maternidad, pero hay otras circunstancias que varían mucho (Véase Anexo #7).

Tras realizarse la transcripción de las entrevistas, hice una primera codificación abierta a través del siguiente esquema:

Eje	Primeras categorías	Frases clave / Extracto	Hipótesis /preguntas
-----	---------------------	-------------------------	----------------------

Después de esta primera codificación abierta, busqué coincidencias entre los sujetos. Al comparar la información obtenida por sujetos de distintas generaciones y niveles socioeconómicos, es posible encontrar aquello que no pertenece a la biografía específica de la entrevistada, sino al sujeto social.

Con esto, se buscaron las regularidades y se formuló la hipótesis de trabajo ya presentada. El trabajo de campo concedió un lugar mucho más importante a lo laboral y lo relacional de lo que habíamos pensado. Además, abordajes teóricos sobre resistencia, hegemonía, empoderamiento resultaron poco pertinentes. El objeto pedía más bien teoría respecto a identidad, identificaciones y pluralidad. Se realizó la segunda tanda de entrevistas y las regularidades siguieron apareciendo. En la teorización anclada se van refinando las categorías al contrastarlas con nuevos datos, hasta que ningún dato implica la reformulación de conceptos y categorías, que es cuando se alcanzó el punto de saturación (Raymond, 2005: 3). Como señala Cuñat “solo cuando ya no existen posibles conceptos emergiendo desde los datos deberá el investigador dejar de buscar más información” (2007: 4). Finalmente, se llevó a cabo una extensa codificación axial (Véase Anexo #8) para asegurar que todo el material producido, tuviera sentido a la luz de las categorías formulada.

Los capítulos siguientes dan cuenta de un esfuerzo por rearticular de manera más o menos coherente lo que se desmenuzó en el proceso de codificación e interpretación. Busco en los capítulos de discusión y análisis que se distinga fácilmente aquello que fue indicado por las mujeres entrevistadas, de mis conjeturas, interpretaciones y análisis, por ello utilizo la primera persona constantemente. Además, se observa en los capítulos de discusión que salvo en citas puntuales de alguna entrevista, se desdibuja el enunciante particular y se mantienen las comillas. Esto no es casual; en algunos casos, la expresión se repetía en varias mujeres, y en otros, tomo prestada la formulación más viva y desenfadada de la informante, pero sin querer atarla a su condición particular, pues no considero que sea algo propio de su biografía incanjeable, sino de su condición de no-madre. Cuando entran en juego factores como la situación socio-económica de origen o la edad de la mujer enunciante, entonces sí me parece adecuado distinguir y señalar la posible correlación, entre estos y la postura que se cita.

V. Itinerarios de la no-maternidad voluntaria

Una decisión que se va construyendo

A partir de lo encontrado en el trabajo de campo, es posible afirmar que la NMV es una decisión que se construye; no se llega a ella de una vez por todas, sino que se sopesa y se revista en determinados momentos. Las mujeres que conforman la muestra tienen distintos grados de decisión y claridad respecto a la NMV. Además, se encuentran en diferentes momentos vitales lo cual permitió enriquecer la perspectiva sobre este fenómeno. En pocas ocasiones la decisión por la NMV es puntual y a rajatabla. En la mayoría de los casos es fluida y se va construyendo; quizá desde una temprana edad, otras veces en los diálogos de la pareja, pero a través de la articulación de experiencias ajenas y propias, de deseos y ausencias de deseos, afecciones y repulsiones, metas y escenarios posibles. Sostengo que es una decisión que se vuelve posible gracias a un espacio temporal y simbólico en el que se abre la posibilidad de elegir.

La NMV es una decisión que se está tomando constantemente mediante la práctica anticonceptiva y al mismo tiempo, no se termina de tomar hasta que se alcanza la menopausia o se recurre a procedimiento quirúrgico definitivo. De hecho, la decisión de permanecer sin hijos (y su iteración) puede servir como ejemplo de la radical temporalidad e historicidad de la experiencia de sí mismo. Como bien apunta Shaw (2010), dada la significatividad del tiempo en la experiencia humana, resulta absurdo pensar la NMV como algo estático y duradero. Por el contrario, ella encuentra a través del análisis fenomenológico-interpretativo que es una travesía fluida hacia la condición de mujer sin hijos (Shaw, 2010 :160).

En este sentido, la edad influye de manera importante sobre la decisión de tener hijos. Si se es joven, se postergará sin mayor preocupación, mientras que al aproximarse a la edad de la menopausia el carácter permanente de esta opción se vuelve más contundente y se reconsidera por “última vez”. Mujeres como Elena, o Pilar dicen que lo consideraron ya pasando la década de los cuarenta, sólo para constatar que no era un deseo tan arraigado y que además podría ser peligroso tener hijos a esa edad, tanto para ellas como para el posible bebé. El devenir de la

decisión, el rejuego del individuo entre su deseo/ falta de deseo y la presión social, puede datar de muchos años.

En el diseño metodológico se tomó la decisión de incluir mujeres que hubieran estado o estuvieran actualmente en relaciones de largo plazo porque se consideró que la decisión de la maternidad o no-maternidad toma entonces caris mucho más apremiante y real. La relación entre la relación de pareja y la NMV mostró ser muy compleja.²¹ Es importante mencionar que constantemente las mujeres entrevistadas oponían el tener hijos al “hacer pareja”:

Los dos coincidimos que queríamos estar en pareja, disfrutar en pareja, y como que no entraban los hijos en ese plan

Elena de 42 años

Además de que tenía una tía por parte de mi mamá que no tuvo hijos. Yo decía “yo sé que perfectamente que se puede hacer pareja”

Cristina de 38 años

Más adelante, cuando abordemos las estructuras de plausibilidad que facilitan la toma de esta decisión, veremos que vuelve a aparecer esta expresión como aquello que rellena la vida privada, es posible “hacer pareja”.

Cuando afirmo que la decisión se está tomando constantemente me refiero por ejemplo, al caso de mujeres como María y Jimena que sin enunciarlo como decisión, simplemente fueron postergándolo, hasta que devino en una opción efectiva. Siempre cuidándose de no tenerlos, y “no intentándolo”:

Sí noto yo que vamos como siempre recorriéndolo (...) ya tampoco hay mucho tiempo como para postergarlo pues, pero yo sí noto de ambas partes que no es algo como fundamental pero tampoco llegamos al punto de decir no, ¿si me explico?

Jimena de 40 años

En una relación de pareja consolidada puede tratarse el tema explícitamente y no llegar a nada conclusivo, seguir actuando por default y optando sin decidir. En este caso la pareja y la mujer en específico, no toman responsabilidad sobre su opción, pero sí ejercen una agencia y control sobre su sexualidad. Si tuviéramos que situar

²¹ Véase el apartado sobre las figuras masculinas y la NMV en p.69

temporalmente, la decisión se estaría tomando cada vez que deciden continuar usando *métodos anticonceptivos*. Pero no pesa sobre ellos el peso de ninguna decisión definitiva y toda su significatividad.

Esto nos lleva a las prácticas anticonceptivas mediante las cuales hacen efectiva la opción de la NMV. Dado que las mujeres entrevistadas se encuentran en diferentes momentos vitales han recurrido a diferentes métodos para mantenerse en esta condición de no-madres. La mayoría reporta que las pastillas anticonceptivas les caían muy mal, que les parecían muy violentas. Cristina, Laura y Sandra mencionan haber engordado, cambios de humor y el problema de olvidar tomarlas. Casi todas las que siguen en etapa fértil, utilizan condón. Es notable que Cristina, Laura, Angélica hayan considerado realizarse una operación de OBT²² pero desistieran porque no había doctores que quisieran hacerlo. La única que ha sido intervenida con un método definitivo es Sandra quien se “ligó” tras abortar a los 33 años. A continuación una tabla de los métodos que usan o usaban durante su etapa fértil las mujeres entrevistadas:

Método anticonceptivo utilizado				
Condón	Pastillas anticonceptivas	OBT	Vasectomía pareja	Nada
Jimena	Angélica	Sandra	Cristina	Gloria.
Laura	María			
Pilar				
Elena				
Adriana				

Como bien sabemos, el desarrollo de la ciencia no está exento de prejuicios morales y religiosos, de una agenda y ciertas prioridades. Ojalá que otras investigaciones puedan dar cuenta de por qué no se han desarrollado métodos anticonceptivos menos invasivos con el cuerpo femenino, y por qué no ha sido sino hasta fechas muy recientes que se proponen anticonceptivos masculinos, así como innovaciones a los métodos de barrera.

²² Es un método anticonceptivo permanente para la mujer, que consiste en la oclusión tubaria bilateral de las trompas uterinas, con el fin de evitar la fertilización.

Contrario a mis intuiciones iniciales que tenían que ver con la NMV como opción de ruptura o transgresión, a la luz de lo encontrado en el trabajo de campo, es posible afirmar que la NMV es una *opción de continuidad*. Las mujeres entrevistadas, no han experimentado la maternidad, no deciden con conocimiento de causa, sino que a través de un ejercicio reflexivo deciden seguir experimentándose como hasta ahora, seguir con el esquema vital que tienen, sin una alteración tan fundamental y definitiva como es tener hijos. *Seguir* sin hijos; porque las primeras décadas de vida así han sido, sin hijos. Seguir “haciendo más”, seguir viajando –estudiando–, seguir “haciendo pareja”, seguir trabajando. Estos puntos los desarrollaré más adelante, el punto clave aquí es la expresión “seguir”, que nos habla de continuidad, de consistencia.

En este continuo devenir de la decisión por la NMV, el deseo, tanto el deseo afirmativo como la ausencia de deseo, tienen un lugar fundamental. Además, entran en consideración una serie de factores temporales, económicos, corporales, religiosos y de pareja. Finalmente, veremos que las experiencias de las mujeres y parejas alrededor también sirven como insumo para la construcción de la decisión.

En primer lugar, el deseo resulta fundamental para la construcción de la NMV. Aquí tenemos dos extractos sumamente elocuentes:

Como si no pudiera haber genuinamente estas ganas de no tener hijos.

Cristina de 38 años

Si yo lo hubiera querido de fondo, me canso que los tengo ¿no?

María de 52 años

En algunos casos como Cristina, C.R, y Angélica, las mujeres dicen haber indicado desde niñas que no querían tener hijos y comunicaban, para incredulidad de sus padres, que ellas no serían mamás. Estas mujeres, que a una temprana edad encuentran que no tienen deseo de ser madres, a diferencia de sus hermanas o compañeras de juegos, confrontan la noción del deseo maternal como inscripción natural o deseo socializado en la infancia. Estos casos de no-maternidad temprana sin embargo, son los menos frecuentes. La mayor parte de las veces la NMV es

resultado de una consideración multifactorial que se pondera durante mucho tiempo.

Fue sumamente interesante encontrar reivindicaciones en cuanto a que no es falta o ausencia de deseo de hijos, sino ganas de no tenerlos. Es decir, se hace referencia al *deseo afirmativo* de permanecer como están y “hacer más”:

(...) otra identidad de mujer completamente distinta que a mi me parece mucho mejor para mí; este.... en términos de trabajar, en términos de hacer otras cosas, que ser ama de casa.

Cristina de 38 años

La falta de deseo, por el contrario se relacionaba más con los hijos y el ser madre. Ellas hablaban de vocación de madre, más que de instinto, y mientras algunas afirman no tener vocación, haber “llegado tarde a la repartición” como Elena, otras dijeron sí sentir esa vocación, definida principalmente en términos de cuidar a alguien, pero encontrar otros *objetos de atribución* como mascotas y sobrinos:

Todos llegan con sus mocosos no, yo llego mi perro... llego con mis dos hijos perros.

Gloria de 42 años

Siempre he dicho a mi el instinto maternal me llega para perros. Hasta ahí llego.

Cristina de 38 años

En este punto resulta muy pertinente la distinción que hace Silva Tubert (1991) entre el deseo de ser madre y el deseo de un hijo. Para la autora, el deseo de un hijo se inscribe en la dimensión simbólica²³ y se relaciona con *tener* un hijo, lo cual implica reconocer fundamentalmente al hijo como otro. El deseo de *ser* madre se inscribe en la dimensión imaginaria y tiene por afán la ilusión de ser uno con el hijo, de unicidad. Siguiendo esta distinción, observamos en los discursos de las mujeres entrevistadas la ausencia de deseo tanto de *tener* un hijo –otro altamente

²³ Tubert se refiere a las tres dimensiones lacanianas: la dimensión real, la dimensión imaginaria y la dimensión simbólica. Siguiendo este esquema por ejemplo, un pensamiento de orden simbólico involucra siempre una base en lo real y una representación en el registro de lo imaginario.

dependiente y que conlleva mucha responsabilidad y compromiso²⁴- como de ser madre.

A diferencia de lo que podríamos llamar la NMV temprana, algunas mujeres hablaron de una decisión puntual que se toma en lo individual al ser adulto, y si es este el caso y la decisión es personal, está relacionada con una contundencia mayor que trasciende la cuestión de la pareja actual o las futuras. También están aquellas mujeres en las que aún predomina la ambigüedad, como Jimena (casada) y Adriana (sin pareja actualmente), que dentro de la misma entrevista jugaban con la negación y la posibilidad; y enunciaban desde un escenario y otro:

No se me antoja, así de la gran vocación de ser madre no tengo.

Y más tarde adelante en la entrevista agregó:

No estoy negada a tenerlos porque claro hubo un momento en que dije, imagínate un bebe que se pareciera a él, sabes si por un accidente, se me... hubiera un niño, bueno, criatura celestial, nace hermosa, o sea se iba parecer a él y a mi, qué cosa mas chida (se ríe), sabes así de ¡wow!

Adriana de 35 años

Mientras que Jimena de 40, afirma que la plática respecto a los hijos ha estado haciéndose más presente con su pareja recientemente, pero que siguen utilizando métodos anticonceptivos:

Te digo es como contradictorio porque sí decimos pero tampoco nos abocamos al 100% a hacerlo ¿no?

Jimena de 40 años

En el discurso de algunas mujeres parece estar supeditado a la idea de encontrar a la pareja indicada como afirmó Adriana y que también documenta Ezcurdia (2005) en su trabajo de campo:

Creo que tenía que darse una condición que nunca se ha dado, tendría que conocer a un hombre que me encantara tanto que quisiera replicar su código genético, y mezclarlo con el mío.

Adriana de 35 años

²⁴ Véase el apartado “No querer hijos” en p. 105

Otro de los factores que se toman en consideración es el de la situación económica. En los tiempos que corren la incertidumbre económica se instala como una preocupación incluso en las mujeres de clase más acomodada. Los hijos representan una carga económica ineludible para las mujeres no- madres. En este tenor, cuatro de las mujeres entrevistadas afirmaban que quizá hubieran tenido hijos, de haber tenido las condiciones económicas ideales para vivir una maternidad despreocupada y entregada:

(...) y viene un tema económico ¿no? Es decir, tampoco hay una certeza de que siempre vas a estar bien y tú no puedes como, como visualizar escenarios de que si a ti algo te pasa por lo menos tu gente queda, queda protegida ¿no?

Jimena de 40 años

Curiosamente, Adriana todavía mantiene un posicionamiento discursivo de precariedad económica a pesar de su movilidad social hacia una vida mucho más holgada :

Apenas puedo conmigo, claro que si tuviera yo la vida ideal...

Adriana de 35 años

Y dado que en Adriana todavía predomina la ambigüedad sobre tener o no hijos, ella hablaba de poder tener la vida ideal para criar bien un niño, en contraposición con el modelo de su madre quien tuvo que dejarla en una estancia infantil “*porque es muy sufrido, yo lo vi, mi mamá me tuvo que dejar cuando era bebé*” y luego llevarla con ella todo el día a sus dos trabajos:

Imagínate que él tuviera los medios económicos como para que, “reina” ¿no?, “Puedes tener al niño sin que tengas que trabajar, solamente dedícate a tus hobbies, y al niño ¿no?”, pues que chingón poder criar a un niño bien.

Adriana de 35 años

Además de la incertidumbre económica, se habló de la incertidumbre laboral y de un panorama de seguridad precaria. Hay demasiadas personas en el mundo, suficientes niños sin amor, problemas energéticos, crisis en los sistemas de seguridad social, incertidumbre económica y una gravísima situación de seguridad en el país: todos estos fueron esgrimidos como consideraciones que ayudan a ratificar la decisión de la NMV:

[A los sobrinos] Nosotros les decimos: "A ver, a ver, a ver ¿cómo que los hijos que Dios quiera? ¿En qué siglo estás viviendo?"

Elena de 44 años

Y para mí el no tener hijos es en mayor beneficio para el mundo y mi sociedad y mi comunidad. (..) no estoy intentando imponer leyes, pero sí creo que lo más cuerdo y lo más ético en este mundo es no tener hijos.

Laura de 37 años

Yo no sé qué tanto influye, como este tema que te comento del rollo violento ¿no?, que no, vamos... todo está cambiando de una forma ¿no? como de, de desarrollo; me da la impresión que vamos como para atrás y te cuestionas como en qué condiciones tu tendrías a tus propios hijos ¿no?

Más adelante en la entrevista, Jimena agregó:

Yo decía bueno, apenas que estoy así como ya animándome a lo del embarazo y resulta que todo mundo entró en crisis ¿no?, España, Portugal, Grecia, ósea decía, decía bueno ni modo ya no me tocaba, chin chin ¿no?

Jimena de 40 años

Por lejanas que parezcan estas razones, para estas mujeres hiper-informadas, el panorama contemporáneo puede fortalecer y hacer ver más sensata la opción de la NMV.

Automáticamente, las mujeres entrevistadas empataban el tener hijos a dejar de trabajar al menos por un tiempo, y esto era una renuncia que pesaba mucho, pues se relaciona con un confinamiento al espacio privado doméstico: "*quedarme en mi casa a cuidar a un niño*" y a asumirse como "*solo ama de casa*" dice Cristina. Y en este mismo sentido Bauman afirma que "el grado de inmovilidad es hoy la medida principal de privación social y la dimensión principal de la falta de libertad, un hecho simbólicamente reflejado en la creciente popularidad del encarcelamiento como modo de tratar a los indeseables" (2001:51)

Parece que la renuncia tan enfatizada que supondría dejar el trabajo, acarrea mucho más que la disminución del ingreso, como veremos en el siguiente capítulo. Más adelante sostengo que las renunciaciones profesionales son sobretodo renunciaciones individuales e identitarias, más que económicas.

Otro de los factores es la aversión a la experiencia corporal de la maternidad. Las entrevistadas hacen alusiones al cuerpo transformado por la gestación, el parto y a la lactancia. Las mujeres afirmaron que no les resulta nada atractivo aumentar de peso, el dolor, la deformación del cuerpo:

O sea imaginarme que me va a crecer la gran panza y tengo que aguantarme 9 meses eso digo yo ¡ay!

Adriana de 35 años

Yo decía: parto ¡nombre! por ningún lado me parece atractivo; yo decía: cargarlo nueve meses, engordas y luego te duele, ¡no gracias! Mejor me lo evito.

Cristina de 38 años

Inclusive cuestionaban la idealización que se construye en torno a la gestación, como experiencia trascendental y femenina:

“se le está acabando su reloj biológico y no queremos que pase por esta vida sin vivir esa maravillosa...con todo y lo de los bombones rosas y todo, (...) que viva esta experiencia de la maternidad y empiezan a decir unas cosas que...[cara de desagrado]

Gloria de 52 años

Esta aversión al embarazo parece haber ido aparejada con el miedo al sexo, especialmente en la juventud, cuando no se está tan segura de la correcta utilización de los métodos anticonceptivos. Se correlacionan automáticamente las relaciones sexuales con el embarazo y se evitan hasta una avanzada edad. Así, Adriana y Elena platican que evitaron la penetración con sus parejas en la juventud, mientras que Laura afirma:

A mí el sexo me provocó un gran miedo por el embarazo, porque yo no quería embarazarme...y no era un miedo a la sexualidad per se, ni a tener sexo sino al riesgo que se podía correr con un embarazo (...) tuve una sexualidad activa pero no, digamos no tuve sexo vaginal.

Laura de 37 años

Un factor adicional que parece no pesar significativamente sobre la decisión de permanecer sin hijos, es el religioso. La mayoría de las mujeres entrevistadas dijeron no considerarse religiosas, sino más bien espirituales. Este tema surgió

sobretudo al preguntarles por el matrimonio; la asociación era casi inmediata. El matrimonio no es considerado una institución civil, sino eminentemente religiosa.

Aquí una tabla según sus uniones:

Tipos de unión en la relación de pareja			
Casadas por el civil y la iglesia católica	Casadas por el civil	Unión libre	Soltera
María	Gloria	Laura	Adriana
Angélica	Cristina	Jimena	
Elena	Sandra	Pilar	

Fue una constante en las entrevistas el cuestionamiento de la institución del matrimonio. La mayor parte de las mujeres entrevistadas está casada por el civil y aduce razones prácticas, o afirma haber realizado el matrimonio religioso para complacer a sus allegados:

A mi el matrimonio no me hace ningún sentido, o sea ese asunto de firmar frente a todo mundo, bueno a mi no me hace sentido, no me caso. Pero el banco nos dijo que si queríamos pedir un préstamo que era mucho más fácil si estábamos casados y dijimos bueno...

Cristina de 38 años

(...) porque para mi el matrimonio nunca ha sido mi meta ni, como no soy religiosa ni nada (...)es mas todavía no me lo imagino; casarse... no casarse, mas bien tener pareja ¿no?, ¡claro eso! no soy tan rara como para no querer eso, pero hijos, es así como de ¡ay Dios!

Adriana de 35 años

La idea de tener que verificar mi relación o mi estado amoroso con alguien frente al Estado me parece terriblemente invasivo y muy violento.

Laura de 37 años

(...) la estudiada me encantó y sí he tenido la oportunidad de viajar, este... yo decía así como que ¿casarte? ¡casarte no! casarte era perder todas esas cosas.

Sandra de 59 años

Además, pareciera haber una vinculación entre el matrimonio y el imperativo a tener hijos, como si el “matrimonio” fuera para tener hijos, mientras que la “pareja” es para acompañarse:

Porque los hijos son parte del matrimonio, ¿Qué te pasa? había que tener uno o dos.

María de 52 años

(...) en su proyecto de vida no estaban los niños, menos dos y yo creo que pues ¡qué sencillo! pues lo tengo porque es el deber de ser de todos los matrimonios, los encargo y me regreso a mi trabajo y ya.

Angélica de 48 años

Y todo el mundo me dijo y especialmente los doctores, ¿no?, ¿cómo es posible?, “no voy a tener hijos” así, explícito, entonces me dijo: “¿Cómo crees? ¡si el matrimonio es para tener hijos!” yo le pagué, me fui y nunca regresé.

Angélica de 48 años

La decisión de permanecer sin hijos podría tener implicaciones éticas y religiosas importantes, tanto la decisión como las prácticas anticonceptivas necesarias para hacer efectiva la decisión, pues la iglesia católica, predominante en México, se ha pronunciado abiertamente contra las prácticas anticonceptivas. Pese a esto, ninguna de las entrevistadas considera estar contraviniendo a una institución importante en sus vidas, la mayor parte de ellas se reconoce creyente (agnóstica o católica no practicante) pero ninguna “religiosa”. Como mencionaba anteriormente, la relación con la religión era solamente referente al tema del matrimonio.

Elena y Angélica fueron las únicas que hicieron alguna reflexión en la que relacionaran la dimensión religiosa con las prácticas anticonceptivas.

Elena contradice lo que el sacerdote les indica a sus sobrinos pues en la interpretación más ortodoxa de la religión católica, deben tener “los hijos que Dios quiera”. Ella cuenta que les dice “A ver, a ver, ¿cómo que los hijos que Dios quiera? ¿En qué siglo estás viviendo?” y me explica que esto era para otro momento en que el mundo debía ser poblado, que ahora vivimos el problema opuesto. Elena me dice que ella y su esposo son considerados una mala influencia para los sobrinos porque cuestionan lo que enseña la iglesia y los alientan a “que se cuiden”.

Angélica, quien está casada por la iglesia católica y por lo civil, me dice que el día de su boda, en lugar de usar la tradicional fórmula: “los hijos que Dios les dé”, el sacerdote dijo “los hijos que con consciencia puedan tener”. Esto le ha valido a Angélica para afirmar que en su consciencia no le parece “tener la capacidad” para ser mamá.

En el caso de los dos abortos relatados, Laura dijo que para ella no tiene ninguna connotación moral ni religiosa, y enfatiza: “ninguna”. Por su parte Sandra no mencionó nada relacionado con lo religioso; simplemente que el embarazo era algo que no quería y que decidió ligarse sin consultarle a su pareja.

Por último, las mujeres entrevistadas también afirman obtener insumos para la construcción de su decisión a través de la experiencia de mujeres cercanas ya sea como modelo de plausibilidad²⁵ o como contra-modelo. Las historias y vidas cotidianas de su propia madre, sus tías, hermanas y amigas les permite experimentar en cabeza ajena, juzgar los modelos identitarios y esquemas de vida, y así decidir desde una distancia subjetiva.

A partir de esta serie de factores que las mujeres mencionaron como insumos para la construcción la decisión de permanecer sin hijos, podemos pasar a discutir la posibilidad de decisión. Resulta fundamental señalar el *espacio temporal* y *simbólico* necesario para que una decisión como la NMV se vuelva tomable: ¿Cómo aparece la posibilidad de decidir si tener hijos o no? Sostengo que este espacio para optar se abre gracias a una combinación de factores estructurales y subjetivos.

Las mujeres identificaron un espacio de decisión relacionado con la salida del hogar familiar y el desarrollo profesional:

La posibilidad de desarrollarte profesionalmente y de prepararte te abre un mundo hacia cosas que si te quedas encerrado en tu casa, o sales de tu casa para meterte a la iglesia o irte a meter a otro lugar u otra casa, pues no vas a ver, van a estar ahí pero no las vas a ver.

Pilar de 51 años

²⁵ Véase Capítulo VII “Lógicas sociales y fuerzas estructurantes inciden en la NMV” en p.115

Dubar sostiene que el desarraigo de la familia de origen, es también el desarraigo con los papeles tradicionales (Dubar, 2002:95). Los sujetos que pueden ponderar desde una *distancia subjetiva* los roles implicados en la norma social, han tenido acceso a una autonomía en el proyecto “de sí”, pueden narrar sus rupturas y continuidades, sus crisis y realizaciones. Al pensarse respecto a sus propias madres, las mujeres hablaban de la apertura de un espacio (tanto en el ciclo de vida femenino, como en espacio de posibilidad para decidir) posterior al abandono del hogar y antes de formar su propia familia. Ahondaré en ello más adelante cuando discutamos las diferencias generacionales y su relación con los imperativos propios de cada momento histórico.

Por último es necesario señalar que la opción de la NMV puede convivir perfectamente con otros *modelos tradicionales* sociales y de género, por ejemplo; muchas mujeres entrevistadas reportaron mantener la preponderancia en la ejecución de las tareas domésticas, “yo no me peleo con mis roles femeninos, cocino, lavo...” dijo Laura. Otras mujeres hablaron de esquemas de colaboración con sus parejas basadas en tiempos y habilidades,²⁶ y en este aspecto la edad no resultó ser un aspecto decisivo. Por ejemplo, Elena comenta que su esposo y ella dividen las tareas domésticas según el piso de la casa; a ella le toca lo de arriba, y a él lo de abajo. Tanto las mujeres jóvenes de la muestra adoptaban esquemas tradicionales, como “novedosos”. Es posible aventurarse a pensar que esto está más relacionado con otros aspectos biográficos como la familia de origen, la orientación de valores, la exposición al imaginario de igualdad, la educación recibida, etc. De igual modo, pese a negar que los hijos sean futuros cuidadores²⁷ la mayoría de las entrevistadas tienen un rol considerable como cuidadoras o hijas cercanas a sus padres.

Esto remite a la pluralidad del actor contemporáneo y al desfase al que hace referencia Dubar entre las prácticas instituidas y los valores y normas de género y entre géneros, que han ido cambiando²⁸. El hecho de que convivan prácticas muy

²⁶ Véase “La ropa sucia” de J.C. Kaufmann, donde el argumento central de Kaufmann es la prevalencia de niveles diferenciales de disponibilidad, disposición y competencia para realizar las tareas domésticas, todo lo cual apunta a que el establecimiento del orden conyugal está más determinado por las relaciones de poder al interior de la pareja, que por el imaginario de igualdad.

²⁷ Véase el apartado “No querer hijos” en p. 105

²⁸ Véase apartado “Transformaciones en las identidades femeninas” p.22

tradicionales con nuevas opciones como la NMV, nos habla de mujeres plurales que no perciben esto como contradictorio.

La figura masculina y la NMV

¿Qué rol tiene la pareja en la construcción, re visitación y determinación de la decisión de no tener hijos?, ¿Qué papel juegan los varones en relación con las formas identitarias de la NMV?, ¿Cómo se implica a los padres en la noción de parentalidad? Ciertamente, hay muchas preguntas que tendrían que ser respondidas por los propios hombres que son parte de la decisión de no tener hijos. Sin embargo, la mirada de esta investigación se concentra en las implicaciones de la no-maternidad en la formación identitaria de las mujeres no-madres. Dado que el género es una categoría eminentemente relacional, lo que rellena de significado *el ser mujer* (sin ser madre) quedaba entretejido en las narrativas cuando hablaban de sí mismas en relación a su propia madre, a sus hermanas, a sus amigas y colegas, pero también cuando contrastaban con los hombres de sus vidas. Así que *desde* el discurso de las mujeres entrevistadas y reconociendo el lugar constitutivo de identidad que tienen los hombres cercanos a ellas, trato de recuperar la figura masculina en torno a la NMV.

Como expliqué anteriormente²⁹, la mayor parte de los reportajes sobre la condición de *childless* se concentran en el estilo de vida de la pareja y en las implicaciones demográficas y económicas. Mientras que las investigaciones que en ciencias sociales se han hecho sobre el tema predomina la mirada sobre la mujer. Los dos referentes que encontré que trabajaron con parejas son Park (2002, 2005) y Pelton and Hertlein (2011).

Park realizó, como ya expuse previamente, un primer estudio sobre el estigma de decidir no tener hijos y las estrategias para manejarlo(2002), y después otro sobre las percepciones y la tipología de la acción de Weber (2005). Este segundo trabajo nos muestra que la parentalidad es vista de manera diferencial para cada sexo. Para las mujeres es predominantemente una cuestión de falta de “instinto maternal” y desinterés por los niños, mientras que los hombres eran más explícitos en que su rechazo a la reproducción tenía que ver con los sacrificios en

²⁹ Véase el apartado “¿Cómo se ha estudiado la NMV?” en p.40

particular los económicos que ello supondría. Tanto hombres como mujeres les parecía que ciertos rasgos de su personalidad eran incompatibles con aquellos de la crianza.

Por su parte, Pelton y Hertlein (2011) buscan construir un modelo de acompañamiento para el ciclo vital de las parejas que deciden no tener hijos. Sin embargo, las recomendaciones son indistintas para uno y para otro. Estos son los únicos dos ejemplos que encontré donde el abordaje implicaba tanto al varón, como a la mujer.

Ahora bien, presentaré las figuras masculinas que aparecieron en las narrativas de las mujeres entrevistadas de manera biográfica y concéntrica. Primero los hombres de su infancia; la figura paterna, los hermanos y los primos, y estos en relación con la socialización primaria, el involucramiento de los padres con el cuidado y la crianza, con el estudio y el trabajo, la presión ejercida sobre la decisión... En segundo lugar los novios, las parejas actuales, esposos, y los arreglos fraguados o heredados dentro de la casa, la vida sexual y la postura respecto a no tener hijos. ¿Fue una decisión tomada a priori e impuesta como condición para la relación o fue construida entre ambos?, ¿Cómo influye la postura del otro -explícita e implícita- respecto a los hijos en la construcción de la decisión propia? Finalmente, a lo largo del texto irán apareciendo las referencias de las entrevistadas a hombres periféricos, tales como familiares lejanos, compañeros del trabajo, vecinos, médicos... que se hacen presentes en el discurso debido a que ejercen presión sobre la NMV.

Varías de las mujeres entrevistadas al hablar sobre la falta de deseo maternal, aludían a su infancia como posible fuente de pistas. Algunas de ellas decían haber crecido rodeadas primordialmente con varones al crecer (Cristina, Pilar, Elena), y la gran mayoría mencionaban que no les había gustado jugar con muñecas, como si esto fuera sintomático y/o determinante para su posterior opción por la NMV. El rechazo a jugar a ser mamá y la predilección por actividades y juguetes tradicionalmente masculinos, parece servir en la explicación que se dan ellas mismas sobre la falta de “vocación” e “instinto” maternal. Recordemos además que los juguetes masculinos están orientados hacia la profesión, hacia el quehacer sobre el mundo y en la esfera pública. ¿La falta de deseo materno será considerado

algo inherente a ellas qua individuos?, ¿Cómo colocan entonces, la cuestión del “instinto maternal” compartido como fundamento biológico?, ¿Si lo sitúan en la infancia, qué lugar ocupa la socialización, la identificación, y la presencia /ausencia de figuras maternas? Sin entrar en conjeturas psicoanalistas del corte de Nancy Chodorow, quien sostendría que no se conformó la identificación necesaria con la propia madre, baste señalar que para las mujeres “la raíz” de la explicación sobre su falta de deseo de ser madres se localiza en la infancia, cuestionando inadvertidamente al menos en el plano lógico, el supuesto biologicista de la pulsión materna y el instinto de reproducción de la especie.

Los padres de las mujeres entrevistadas juegan un papel fundamental en la construcción de sus formas identitarias. La búsqueda de aprobación paterna parece fungir en algunos casos como un aliciente para cimentar la realización personal en el triángulo de estudios-trabajos-viajes, en el espacio público, en términos de éxito tradicionalmente masculinos.

Mi papá alguna vez lo decía ¿no?, yo creo que estaba muy orgulloso de mí de que, este, pues fui la que hizo más en cuestiones profesionales y económicas y de viajes y de todo...

Sandra de 59 años

Además, de acuerdo con lo encontrado la gran mayoría de los padres ejercen mucha menos presión sobre la decisión de no tener hijos que las madres de las entrevistadas. Se registraron un par de conminaciones para “tener nietos”, pero el cuestionamiento y la presión fundamentalmente provienen de figuras femeninas, de aquellas mujeres que son madres. Y en este mismo sentido, al hablar de lo que conlleva la maternidad, de los sacrificios y las renunciaciones ellas hablan de la historia de sus madres, de su tía pero no de sus padres. Dicen cosas como “yo lo vi con mi mamá, hermanas, compañeras del trabajo, amiga fulanita”. El modo en que el padre ejerce la paternidad solo es mencionado en función de cómo afecta los arreglos cotidianos de la madre; por ejemplo si tiene un trabajo muy absorbente y solo está en casa esporádicamente, o si puede cuidar a los niños por la tarde, etc.

Las mujeres entrevistadas piensan en ser o no ser como sus madres, si quisieran, si podrían, si las circunstancias de una y de la otra... No es una cuestión si no que se

trata de elecciones vitales. El padre no es un referente de identificación, sino más bien es una figura a la que se recurre por aprobación / desaprobación.

Encontramos en la muestra padres que parecen tener un gran beneplácito por las decisiones y actividades de sus hijas; como el de Jimena o el de Sandra. Los votos de confianza y los guiños de complicidad mencionados evidencian esta relación como fundamental para las entrevistadas. También hubo otras mujeres que prácticamente no mencionaron a sus padres; como Angélica, María y Cristina, y por último, en el otro extremo, mujeres que hablaron de relaciones antagónicas y complicadas con sus padres.

Por ejemplo, Gloria comenzó contándome la historia de sus abuelos y me dice *“mi abuelo fue campesino, tuvo catorce hijos, entre ellos pues el señor que me dio ahí el chisguete”*. De esta manera, Gloria despliega una estrategia narrativa en la que le resta importancia al padre y a su contribución en la fecundación. Se distancia de él lo más que puede. Más adelante me dirá que fue en una discusión con él a los 14 años que verbalizó por primera vez que ella no tendría hijos. Otro ejemplo es el de Laura quien me dice *“mi papá no tiene opinión (...) no tiene en qué basarla y prefiere dejarle la decisión a gente más inteligente... y me apoya y me quiere, no importa qué camino tome”*. De este modo marca una distancia y luego lo matiza, dando cuenta de una relación ambivalente y compleja.

Ahora bien, la pareja es un asunto de gran importancia en la construcción de decisión de permanecer sin hijos. Ya que las entrevistas realizadas fueron de énfasis biográfico se tocó el tema de las relaciones de pareja previas y actuales. Las mujeres restaron importancia a los novios en sus narrativas; parece ser un punto en el que se distancian de lo que ellas construyen como la práctica dominante entre las “chicas de la edad”. *“Ellas, -las otras-, querían casarse y tener hijitos, yo quería estudiar”* Esta oposición está presente en varias entrevistas (Elena, Pilar y Sandra) sobretodo en las mujeres de la generación nacida en la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Los novios se construyen en el discurso de las entrevistadas como distractores y como ya mencionaba, con frecuencia el sexo premarital es evitado por temor al embarazo³⁰. Mas aún, para la mayoría de las

³⁰ Véase p.64

mujeres entrevistadas los novios no parecen haber tenido mucha participación en la construcción de su decisión. Máxime porque parece difícil determinar cuándo es la relación lo suficientemente seria para discutir la cuestión de los hijos. Solamente en los casos en que la NMV se determinó muy temprano, como para Cristina o Gloria, se comunicaba a los novios. Sin embargo, ellas me explican que siempre existía la posibilidad de cambiar de parecer o de que la relación no prosperara:

En el proceso de hacer pareja, me tocó tener por lo menos dos parejas, que ya cuando las cosas se empezaban a ser un poco más serias, empezaban a considerarporque yo toda la vida dije "no quiero tener hijos" pero era como "sí, seguro cambio de opinión"...cuando las cosas empezaban a estar un poco más serias, pues eso era un tema. Yo decía bueno, si tu quieres tener hijos, tenlos con alguien más.

Cristina de 38 años

Como vemos, si la NMV es una decisión lo suficientemente firme puede ser motivo para unirse en pareja con alguien o terminar una relación. En este sentido, Angélica sostiene que tanto la maternidad como la paternidad no tienen que ver con el género, sino que es una cuestión de *conciencia*. Laura por el contrario, considera que es más fácil convencer a un hombre de no tener hijos que a una mujer. Ella considera que ha "*educado a sus parejas*" en este sentido. Es curioso que Angélica primero haya afirmado que indistintamente del sexo, tener hijos es cuestión de consciencia, y más adelante en la entrevista dijo "*no a cualquier hombre le dices no voy a tener hijos, y lo acepta*". El hecho de que su esposo ya tuviera hijos alivió la presión sobre ella. Este es el caso de Adriana, de Sandra y de Angélica, quienes eligieron parejas que ya tenían hijos previos a su relación.

Encuentro que el rol de la pareja en la construcción de la decisión por la NMV varía muchísimo en cada caso particular. Fue posible identificar un caso en que ambos esposos tenían muy claro desde niños que no querían tener hijos, pero este caso parece menos probable de repetirse. La mitad de las mujeres entrevistadas dijo haber decidido permanecer sin hijos de manera previa a la pareja (Laura, Gloria, Angélica y Sandra) y en este caso lo que varía es si la decisión es determinante o si puede ser reconsiderada. Otra gran parte de las mujeres enfatizaron el diálogo de la pareja en torno a las implicaciones, los sacrificios, el deseo, los ejemplos

cercanos... Este fue el caso de Jimena, Pilar e Elena En el extremo opuesto a la opción “dialogada” tenemos el caso de María quien dice que nunca lo platicaron, ni lo enunciaron como posibilidad, sino que simplemente lo fueron postergando y fue un “acuerdo” tácito.

Parece que idealmente en el discurso de las no-madres, la decisión de permanecer sin hijos se alcanza entre dos adultos de manera horizontal y dialogante, pero esto es problematizable. De hecho, Jimena se expresó la mayor parte del tiempo en plural, al hablar por ejemplo de las medidas anticonceptivas “nos hemos cuidado”, del proceso de reflexión “consideramos” tal o cual factor. Por el contrario, veremos a lo largo del análisis que al hablar sobre las renunciaciones y los sacrificios, el discurso se singulariza.

El uso del plural también predomina en los siguientes extractos de la entrevista con Elena:

Platicábamos: -¿Te gustaría hijos? -Pues no...Veíamos las demás parejas cómo iban sufriendo, se iban transformando

Mas adelante agregó:

¿Somos insensibles o qué? ¿Por qué nosotros no pensamos como la demás gente? ¿Qué tenemos el chip movido o qué? ¿Por qué nosotros nos sentimos esa necesidad tan grande de tener un hijo y que sea lo máximo un hijo?

Elena de 44 años

Podemos observar que las mujeres buscan retratar un diálogo abierto y frontal entre ambos, que además puede volver a ponerse sobre la mesa muchos años después.

Pilar también describe el diálogo como horizontal y de fácil consenso:

y para cuando yo empecé a andar con él ya tenía 32 creo, 32, 33 años, entonces fuimos como... y nos abrimos de capa y los dos aceptamos que en realidad, no teníamos... no era un objetivo de ninguno tener un hijo y como que los dos descansamos ¿no?

Para Cristina fue muy curioso porque tanto ella como su esposo habían dicho desde pequeños que no querían tener hijos. Ella cuenta que la gente pensaba que su esposo sí quería y ella era la que se negaba:

y entonces yo decía: “Yo cuando lo conocí ya era así”.

Aquí, el esfuerzo está orientado hacia desmentir lo que socialmente se percibe como una imposición. De acuerdo con lo que nos dice Cristina no “encontraron juntos” que no querían tener hijos, sino que los dos lo tenían claro desde pequeños, y más bien se encontraron como pareja en esta condición. Ella se desmarca, espontáneamente, de la acusación de haberlo impuesto a su esposo. Hasta aquí hemos explorado los ejemplos aquellas mujeres que dicen haber construido la relación en pareja de un modo muy horizontal y dialogante. Probablemente se experimentó de manera diferenciada para cada uno de los involucrados, y se pusieron en evidencia las relaciones de poder presentes en todas las parejas.

En un extremo opuesto al del diálogo frontal de “abrirse de capa”, encontramos el caso de María y su esposo quienes, de acuerdo con ella misma *“nunca se atrevieron a formularlo y que simplemente lo fueron postergando”*. Más adelante en la entrevista ella admite que cree que a su esposo sí le hubiera gustado ser padre, y que cree que ella ha frustrado ese deseo. También cuestionó si su marido hubiera sido un buen padre, pues ella cree que es demasiado consentidor y absorbente, incluso con sus sobrinos.

La suspicacia respecto al deseo oculto del otro será una constante en varios de los casos analizados; hay parejas que esperan que ellas cambien de decisión eventualmente (Laura, Angélica) y también existe la preocupación en ambos sexos de que “aparezca” la necesidad y el deseo de hijos (María, Pilar, Cristina, Elena).

Ahora bien, entre las mujeres que decidieron ser no-madres de manera previa o indistintamente a sus parejas tenemos a Sandra, quien abortó sin discutirlo con su pareja, pues cuenta haberse dicho *“ni con él ni con nadie quiero tener hijos”*. Entonces la NMV es algo que trasciende la pareja y que se impone como decisión unilateral. Angélica también cree que su esposo tenía la esperanza de convencerla de tener hijos más adelante en el camino, pero que ella le decía *“yo te lo firmo, no voy a cambiar de parecer”*. Y tenemos también el caso de Gloria quien “decretó” desde los catorce años que ella no tendrá hijos, y así lo mantuvo firmemente decidido hasta que hace algunos años, me cuenta que tras una infidelidad con su esposo con una mujer que sí era madre, consideró la posibilidad de tener hijos:

Me entró una duda muy fuerte de mujer, biológicamente hablando, conmigo (...) que estaba dispuesta a traicionarme a mí misma con una renovación de algo que yo había hecho, un decreto para mí, de no ser madre.

La serie de tareas de cuidado y crianza relacionadas con tener hijos, así como las renunciaciones profesionales y económicas que ello supondría, se perfilaron como aspectos determinantes en la opción por la NMV. Considero que los arreglos cotidianos de la pareja pueden dar mucha luz sobre por qué se da por supuesto que estas tareas y renunciaciones serían primordialmente de la mujer.

En el discurso se mencionan aspectos que parece serían compartidos por ambos miembros de la pareja, tales como el peso económico y la transformación en el estilo de vida. Se habló de vivir con el salario de uno de los dos, de más arraigo y menos flexibilidad en horarios y movilidad. Pero de las mujeres entrevistadas, la mayor parte de ellas realizan las tareas domésticas y de haber hijos, dan por descontado que absorberían, además de la gestación y parto, la mayor parte de la responsabilidad de crianza y cuidado. Sólo Cristina dice que han platicado que en caso de embarazarse inesperadamente, ella y su esposo han acordado que su esposo se encargaría de los pañales:

Me dice [esposo] "Bueno a mi me queda clarísimo que a mi me va a tocar, este... lidiar con la parte más difícil, los pañales". Y yo le decía: "Sí, seguramente yo me siento a llorar con él".

Es sumamente interesante en el caso de Cristina quien cuenta que su esposo le decía:

(...) "Si a ti te dan ganas y tú quieres un hijo... yo no tengo ganas de un hijo, pero si tú lo quieres.. pues lo tenemos, este...-dice- no es que yo grite de alegría pero....

V: O sea que ¿él estaba dispuesto a ceder si a ti te daban ganas?

Cristina: Sí

V: ¿Y tú, si a él le daban ganas?

Cristina: No, porque a mi me tocaban la parte más.... Yo le decía creo que como hombre el proceso siempre es un poco másseparado. Como que la mamá tiene que estar más ahí. Como que se espera, además que la mamá se involucre más, lo cuide más... digamos que si podemos hablar del tiempo de un niño pequeño yo creo que la mamá es 60, 70 y el papá es el

resto. Entonces sí creo que como mamá no querer y tener un hijo debe ser muy difícil porque o sea... impacta en tu vida en muchísimos sentidos.

En este pequeño fragmento de la entrevista con Cristina, es posible observar cómo ella y su esposo, tras haber alcanzado un acuerdo temporal de “por ahora no parece que queramos tener hijos”, establecen que ella tendrá la prerrogativa de cambiar de postura y deshacer el acuerdo, pero él no. Esto además de iluminar la naturaleza de los acuerdos contingentes a los que podría dar paso la NMV, nos habla de que incluso en una de las parejas más jóvenes, prevalece el supuesto de que el hijo representa una responsabilidad cotidiana más para la madre que para el padre. Tanto así, que el padre puede tenerlo aunque no sea parte de su proyecto, mientras que una madre que no lo quiera, resulta impensable.

Las relaciones al interior de la pareja constituyen un microcosmos social sumamente complejo, que precisaría de mucha más investigación al respecto. Suscribo el postulado que comparten Elizabeth Beck (2001) y Anthony Giddens (1992), entre otros, respecto a que la pareja está pasando de ser una comunidad de trabajo claramente dividido y especializado, a un vínculo emocional y comunicativo entre dos individuos que cohabitan. Esta profunda y reciente transformación deja mucha inestabilidad en las definiciones y los roles, porque como elocuentemente dice Beck estamos entre el “ya no” y el “aún no” (Beck, 2001: 120).

Lo que aquí se esbozan son meras intuiciones al respecto y su posible relación con la NMV. La repartición de tareas, los roles y los acuerdos alcanzados se ven atravesados por relaciones de poder, así como por lo que inevitablemente se recibe y se reinventa de la identidad de género, siendo la pareja tradicionalmente concebida un espacio de convivencia entre los géneros.

Por último, hay hombres que sin ser los padres o las parejas de las mujeres entrevistadas, juegan un papel importante en la construcción de la NMV. Estos otros hombres pueden ser familiares. Entre los familiares encontramos posturas sumamente divergentes. Por ejemplo el cuñado de María, aparece como una figura de enorme presión:

Y luego uno de mis cuñados se encargo de mortificarme todavía creo que hasta antier me seguía mortificando. Antier te lo prometo: “Si tú pudiste haber tenido un hijo...tú despreciaste la maternidad y la pateaste por todos lados”

Por el contrario, el hermano de Laura quién también ha decidido no tener hijos y de algún modo reafirma la opción de permanecer sin hijos como una postura compartida, incluso “esperada” en su núcleo familiar, según las palabras de Laura.

Otros hombres muy importantes en la configuración de la NMV son los médicos. Más adelante detallaré la presión que proviene del discurso médico, en tanto figuras de autoridad y vías de acceso para métodos anticonceptivos definitivos³¹. Pero en este momento es importante señalar que la mayor parte de las confrontaciones son con médicos varones, quienes cuestionan la decisión de permanecer sin hijos, conminan a tenerlos o se niegan a realizar procedimientos anticonceptivos definitivos. Las ginecólogas parecen, al menos en el discurso de las entrevistadas, ser más empáticas. La principal objeción de los médicos para realizar histerectomías o OBT, fue la edad de las mujeres pues se adjudicaban el derecho a determinar cuándo se es lo suficientemente grande o madura para tomar una decisión así. En dos casos incluso los médicos solicitaron el consentimiento del cónyuge, y a Cristina su doctor le dijo que el protocolo para realizar ese procedimiento en una mujer joven sin hijos incluía un año de terapia.

Respecto a amigos varones cercanos y significativos, me parece que la naturaleza de la entrevista no nos llevó por esos caminos. Quizá en otras sesiones hubieran aparecido hombres (amigos, compañeros de trabajo o de estudio) relevantes en sus biografías. Solamente Gloria mencionó a alguien que calificó como “un gran amigo” que fue determinante en su vida:

(...) una persona que me ayudó a manejar toda mi resiliencia (...) él me reafirmo mucho la cuestión de mi sentido de independencia y de libertad, y de emancipación familiar, me fortaleció mucho mis complejos, fortalecer de forma positiva.

Llama la atención que prácticamente no hay menciones a las trayectorias profesionales de los varones. Al discutir sus propias biografías laborales, las mujeres relataban que estuvieron en tal trabajo, luego en tal otro... y contrastaban sus decisiones con las de colegas o amigas que en aquel momento decidieron tener hijos. Pero no se comparaban con los hombres con los que trabajan o conviven;

³¹ Véase p. 90- 94.

pareciera que se da por sentado que los varones siguen trabajando y que no cambia en gran medida su desempeño y vida cotidiana.

En suma, los padres, las parejas, los amigos, compañeros de trabajo, los médicos... presentes en las biografías de las mujeres no –madres ocupan un lugar fundamental en su construcción identitaria. Recordemos que la identidad es relacional por lo que que el sujeto se ve a través de la mirada de los otros. Los varones fungen como referentes identitarios, compañeros en la decisión y condición de sin hijos, y como facilitadores/ obstaculizadores de su ejecución.

Una decisión que se revisita

Llama la atención que la decisión por la NMV en ningún caso es tajante y definitiva sino que se revisita. Esto tiene sentido si se retoma la responsabilidad que yace sobre el individuo contemporáneo para elegirse y construirse (Dubar, 2002; Giddens,1995; Bauman, 2005) en un mundo en el que se debilitan los marcos tradicionales que guiaban la construcción de un proyecto vital. El peso de las decisiones es mayor cuando estas son imputables al individuo. Además, está presente el supuesto de que en el fluido continuo de la vida, un individuo cambia constantemente de parecer. Las mujeres se experimentan como proyecto que se va construyendo, por lo que son sumamente cuidadosas de tomar decisiones vitales de las que podrían arrepentirse. La elección no es definitiva sino que se revista, se de-construye, se cuestiona.

Las entrevistadas indicaron que se revisita la decisión de no tener hijos en determinados momentos; en la década de los treinta, cuando se está a punto de clausurar la posibilidad biológica de concebir, es decir, con los primeros síntomas de la menopausia, cuando surge la posibilidad de adopción o ante un embarazo inesperado.

El paso del tiempo sobre el cuerpo tiene connotaciones muy específicas. Tanto en la experiencia de las mujeres entrevistadas, como en los comentarios de las personas alrededor de ellas, los treinta son una década crucial donde ocurre o se espera que ocurra el “golpe de maternidad”. La década de los treinta aparece como un umbral significativo para decidir en torno a la maternidad, especialmente si se

está en una relación de pareja de largo plazo. La presión se intensifica en estos años:

Que a los 30 años si no nos casábamos, íbamos a tener un hijo y ese fue...para cuando llegaron los 30 años yo dije ¿hijos?, pero ni loca de la cabeza.

Sandra de 59 años

Todo el mundo me dijo "A los treinta te va a dar"; pasé los treinta, treinta y uno, treinta y dos.

Cristina de 38 años.

Como apuntamos en las breves consideraciones históricas sobre el ejercicio de la maternidad, esta circunscripción de la maternidad a la década de los treinta es totalmente cultural. La edad "para tener hijos" ha variado significativamente en función de la esperanza de vida, el contexto social, la posición económica, etc. Con esto en mente, las mujeres entrevistadas nos señalan que actualmente en México, entre las mujeres urbanas y con educación superior, la edad en que se espera comiencen a tener hijos es alrededor de los treinta. Así lo espera la sociedad, su familia, su pareja y ellas mismas, por lo que se vuelve un momento crítico para robustecer o cuestionar la opción de la NMV.

El otro aspecto del paso del tiempo en el cuerpo femenino es la menopausia. La menopausia constituye otro umbral significativo para revisar la decisión de la NMV. Las mujeres reportaron que rondando los 40 -42 años comenzaba una urgencia y embelesamiento con los bebés. La opción por la NMV puede revisitarse, sin embargo, tomando en cuenta su edad y dado que no encuentran un deseo constante en el tiempo, deciden ignorar estos impulsos. El testimonio de Elena sobre este umbral de los cuarenta es de los más elocuentes, porque ilustra muy bien las sensaciones e impulsos, así como la reafirmación racional que la devuelve a su opción por la NMV:

Cuando llegué a los 40 años no sé si era el reloj biológico, era así como ¡ay un niño! veía ropita y decía ¡ahhh!... o que iba a los baby showers... si yo tuviera un niño esto le compraría. Entre los 40 y los 42 fue muy fuerte esta sensación. Tanto de él como mía. Como que tu reloj biológico te trabaja y como que si falta algo en nuestra vida para que embone y así como que un día platicando... ¡no ya estamos platicando pendejadas! Seamos realistas a estas alturas del partido si te embarazas y todo corres

riesgo de un hijo que tenga problemas de síndrome de down porque nunca he sido madre.

Elena de 44 años

En este sentido, pareciera que la clausura fisiológica de la capacidad de concebir, implica una opción definitiva por la NMV, pues al menos la maternidad biológica ya no será posible. Ese último momento de deliberación es crucial para afianzar la NMV o buscar un embarazo.

Resulta interesante constatar que aunque la NMV se vuelve definitiva al clausurarse la posibilidad fisiológica de concebir y gestar, todas las mujeres entrevistadas enfatizaron el maternaje por encima de la dimensión biológica de la maternidad:

Creo que madre no es quien engendra, madre es quien cuida, quien educa, quien está ahí, quien se desvela... Creo que en ese sentido por lo menos a mi me hace el mismo sentido tenerlo yo que no tenerlo

Cristina de 38 años

A mi lo que no me checa es que tenga que ser biológico(...) Por que si finalmente tienes tantas ganas de tener un hijo ¿Por qué tiene que ser un hijo biológico?

Pilar de 51 años

¿por qué tiene que ser tuyo, por qué tiene que salir de tu vientre, por qué tiene que ser este pedo de preservación de tu genética?

Laura de 37 años

Esta postura, presente en el discurso de todas las entrevistadas está relacionada con las ocasiones en las que se les presentó la oportunidad de realizar el maternaje con un niño adoptado. En los tres casos de mujeres que se plantearon adoptar, los niños les fueron ofrecidos al suponer que no podían tenerlos o estaban cerca de una situación en que se requería adopción.

Por otro lado, tanto Pilar de 51 años, como Sandra de 59, pensaron en algún momento en ser madres solteras. Esto nos habla por un lado, de su capacidad a considerar planes no-convencionales de vida, de distanciarse de la norma social, pero también es notable cómo viniendo de situaciones de origen muy distintas, coinciden en un momento histórico y biográfico en el que, ser madre soltera ya no

es impensable y un hijo podría ser el siguiente paso. Ambas lo descartaron por considerar que no había realmente un deseo por ser madre y al contemplar los cambios que ello acarrearía en su vida.

Por último, de las mujeres entrevistadas, dos tuvieron embarazos no planeados y afirman haber considerado en aquel momento la posibilidad de ser madre. Curiosamente, ambas comentaron que no fue tan difícil tomar la decisión pues se planteaba la posibilidad a partir de una situación imprevista, pero no desde el deseo de un proyecto de vida con hijos:

(...) entonces dije, encima de que no es mi idea de vida ¡por favor tengo un niño mal! dije no o sea; ni lo pensé, ni se lo consulte a él, no estaba en México y fui y me (...)ahí tome la decisión

Sandra de 58 años

No me fue tan difícil, o sea lo que tuve que plantear es de que, si iba a querer tener un hijo, si iba a ser un buen momento para tomar esa aventura...pero siempre había partido desde el: "bueno no, en realidad no estaba ese deseo" y "no, no veo un hijo". Es una decisión que tomaría mil veces, no quiero un hijo, en ese aspecto no es tan difícil decir no quiero, y para mí no tiene ninguna connotación moral, ni ninguna connotación religiosa el abortar, ninguna, no creo que ninguna mujer se quiera someter a ello de forma como anticonceptiva

Laura de 37 años

Resulta significativo que para las mujeres entrevistadas, la maternidad represente fundamentalmente crianza y cuidado, pues esto las llevó a plantearse el adoptar un hijo o a que otros les ofrecieran adoptar creyendo que no podían ser madres biológicas. Como apuntábamos previamente, la fecundación, la gestación y el parto representan para las mujeres entrevistadas una experiencia poco deseable. En los casos que se presentó la oportunidad de llevar a cabo la práctica del maternaje mediante la adopción, ratifican de cierto modo su negativa, incluso a esta dimensión de la maternidad. También observamos aquellas ocasiones en las que hubo un embarazo no contemplado y que aún con la posibilidad materializada, prevalece el deseo de no tener hijos.

La presión y las acusaciones

En la revisión del estado de la cuestión apareció la presión como un aspecto relevante de la NMV. Las mujeres que optan por no tener hijos son sujetos de una

enorme presión que resulta fundamental para la comprensión de este fenómeno. Ávila (2005) y Park (2002), describen y abordan esta cuestión, por lo que en el diseño de la guía de entrevista lo tuve presente, aunque procuré no preguntarlo directamente sino indagar por las “reacciones” y “posturas” de los diferentes círculos sociales ante su decisión / condición de mujeres sin hijos por elección propia. En algunos casos ni siquiera fue necesario preguntarlo, pues salía espontáneamente de las entrevistadas, en otros sí fue necesario preguntar pero rápidamente ofrecían una serie de anécdotas referentes a la presión.

No es necesario que la decisión de la NMV sea enunciada y asumida, para que la presión se haga presente. Al pasar un determinado umbral de edad las mujeres reportan presión para tener hijos ya sea con o sin pareja. Sin embargo, el umbral varía en función del contexto de origen y de la generación. Dubar distingue entre tres generaciones al analizar las identidades sexuadas:

La generación pionera, la de las mujeres nacidas en los años cuarenta y cincuenta que al salir de casa de infancia, formaban su familia inmediatamente y se dedicaban al hogar, por lo que tenían trayectorias profesionales discontinuas.

La siguiente generación, nacida en los años sesenta y setenta, gozaban de la progresión escolar aunque aún tenían problemas de inserción laboral. Esta generación contrae matrimonio con menos frecuencia y más tarde. Es más probable que vivan solas y que establezcan nuevas formas de cohabitación, relación amorosa y de vida profesional. En la cuestión identitaria, Dubar afirma que esta generación ya no se define únicamente a través de sus roles domésticos y que busca estrategias de conciliación entre la identidad profesional y los roles de madre y esposa.³² Sin ahondar en ello Dubar plantea que quizá estemos presenciando una “nueva forma identitaria sexuada” (2002: 80), ello representa una parte medular de las apuestas de esta investigación.

Por último, respecto la tercera generación de mujeres nacidas en los años ochenta y noventa todavía hay opiniones divergentes, pues parecen dudosas respecto a

³² Véase el apartado “Transformaciones en las identidades femeninas” en p. 22.

seguir en el camino de la acumulación, optar por un feminismo práctico o incluso por un retorno al valor familia (2002: 79-81).

Las mujeres entrevistadas pertenecen mayoritariamente a la que Dubar denomina la “segunda generación” y la percepción de los cambios generacionales y la apertura de un mayor espacio de decisión es muy marcada en su discurso:

Creo que es como toda esta tendencia de la imposibilidad de las mujeres de decidir (...) Creo que hasta, digamos poquito antes de mi generación es cuando las mujeres podemos decir me quiero casar y quiero tener hijos, no quiero, quiero construir...

Cristina de 38 años

Mientras que la mujer de mayor edad de la muestra, Sandra, nacida en los años cincuenta hace referencia al imperativo, propio de su generación de acuerdo con Dubar (2002:79-80), de aprovechar los espacios abiertos por las feministas en las universidades y oficinas, pero sin descuidar el hogar:

(...) porque aunque ya muchos ya con eso de la liberación de la mujer empiezas a trabajar y a ser tú, y ya que la casa qué, la verdad yo no sé...lo único que paso fue que las mujeres siguieron con las mismas responsabilidades y ahora tienen que trabajar ya hoy día es una situación forzosa no es de que quieras, no es opcional, ¿no?

Sandra de 59 años

Así también las mujeres entrevistadas que nacieron en los años cincuenta y principios de los sesenta, especialmente si provienen de contextos poco conservadores, recibían conminaciones a “por lo menos” ser madres solteras, ya que no se habían casado como es el caso de Sandra y de Pilar.

Mientras que las mujeres más jóvenes de la muestra, aquellas nacidas en los sesentas y setentas parecen haber recibido menos presión como solteras. La presión para las más jóvenes no se hace presente sino hasta el paso de unos años en pareja estable.

Como vemos, se alude a un marcado cambio generacional que parece indicar que es posible cuestionar y elegir aquello que parecía dado e innegociable años atrás; a qué dedicarse, si se quieren casar, si quieren tener hijos. Sin embargo, esta apertura en la posibilidad de decisión y la visibilización de nuevos caminos y proyectos de vida “habitables”, no debe tomarse de manera laxa y relativista. Como

veremos más adelante, amén de los profundos cambios, hay imperativos claros y contundentes para la segunda y tercera generación. El punto de inflexión generacional es claro en cuanto a que en estas generaciones de los setentas *se espera* que posterguen la maternidad, que estudien y trabajen, y se condena a quien no lo hace.

Ahora bien, aunque la presión empieza de manera diferenciada según las generaciones, las formas que adopta son muy similares en los discursos de todas las entrevistadas. Comenzaré por describir la presión que se experimenta a partir de lo que se percibe como práctica social dominante. Después ahondaré en la presión directa proveniente de diferentes círculos sociales alrededor de las mujeres; la esfera social amplia, la familiar y la institucional; en las acusaciones puntuales que se les hacen y en la tipología que ofrece Park (2002) para manejar el estigma de no tener hijos por voluntad.

Lo que se percibe como *práctica social dominante* varía en función del contexto de enunciación. La muestra sobre la que se basa esta investigación introduce algunas variaciones socio-económicas y de edad, pero por lo demás es bastante homogénea; son mujeres mexicanas urbanas y con un nivel de estudios superior. Las variantes que podemos observar respecto a la norma percibida se basan en estas diferencias generacionales y de capital económico.

En consonancia con el cambio entre generaciones al que me refería anteriormente, las mujeres nacidas en los años cincuenta y principios de los sesenta, hacen referencia a un camino vital prescrito y concreto: estudiar, trabajar, casarse y tener hijos. Dependiendo del nivel socio-económico de origen se espera que continúe trabajando o deje de hacerlo para dedicarse al hogar:

En el pueblo las muchachas se casan, tienen hijos y punto, y pues no, todas las amigas que tuve y conocidas pues sí, se casaron tuvieron sus hijos, unas se divorciaron otras no se divorciaron, otras se volvieron a casar, pero ha sido eso.(...) El tema para las mujeres y su desarrollo se ha notado muy rápido, si te casabas ya no podías hacer nada, y ahorita ya no.

Pilar de 51 años

(...) primero te convencen de que tienes que casarte, ya que se casaron las convencen de que ¿y los niños cuándo? (...) más o menos una dirección de esto es lo que tiene que ser en la vida de las mujeres.

Angélica de 48 años

(...) es más común que te pregunten eso a que has hecho de tu vida, una pregunta más abierta, lo primero que te dicen y te casaste, y tienes hijos.

Gloria de 42 años

En las mujeres nacidas en los años setenta esto ya no era tan claro, en el sentido de una serie de pasos secuenciados y progresivos por los que ir avanzando en la vida, sino más bien para que la pareja eventualmente tenga hijos. Las mujeres más jóvenes de la muestra distinguen entre aquellas que siguen el “camino” y las que no; es decir, ya aparecen imaginables otros proyectos:

Era como: “lo que toca es que te cases, que tengas hijos y entonces que sigas ese camino” (...) Entonces creo que hay algunas que felices siguieron el camino y otras que no.

Cristina de 38 años.

Poquito antes de mi generación es cuando las mujeres podemos decir me quiero casar y quiero tener hijos, no quiero, quiero construir... es una enorme ventaja.

Cristina de 38 años

(...) y cuando yo no tuve hijos, ella los tuvo, porque era la época de tener, o sea ella siguió digamos el patrón que debe seguir la mujer en esta sociedad, ¿no?, casarse a tal edad, tener los hijos a tal edad para que cuando este grande los niños ya tengan tal edad.

Adriana de 35 años

A partir de esta discusión, es evidente que la práctica social dominante varía enormemente según el contexto y la generación. La NMV se perfila como una elección no- normativa en las dos generaciones presentes en esta investigación, aunque como vimos, la presión es diferencial.

La presión en lo que se denominó la *esfera social amplia* tiene que ver con comentarios entre pares, amigos y desconocidos.

De acuerdo con Robert Merton (1968 en Park 2002: 25), incluso aquellos miembros que no están directamente relacionados con los grupos o individuos no normativos ni se ven afectados por su conducta, la sancionarán y rechazarán puesto que constituye una violación a los roles esperados socialmente y más aún, una amenaza a los valores establecidos. El estigma y la presión sobre las parejas que han elegido no tener hijos, podría servir como un mecanismo de reforzamiento de repronormatividad y el ideal de familia hegemónico.

También Veevers (1980) señala que no es el hecho de no tener hijos, sino que no los quieran lo que resulta más inquietante para las madres y padres. Esta autora sostiene que la elección de no tener hijos cuestiona a los padres en su sentido de justicia distributiva y la convicción de que su elección con todos los sacrificios que ello conlleva se verá recompensada y es el mejor camino hacia la satisfacción personal.

Observamos que en la mayoría de los casos las mujeres observan que comentar su decisión de permanecer sin hijos causa lástima y desconcierto; “caras de juicio y de sorpresa” dijo Angélica de 48. A decir de las entrevistadas, frecuentemente se asume que son estériles, pues resulta inconcebible que puedan tener hijos y decidan no hacerlo:

Este... nos preguntan “Ah y ¿Cuánto llevan de casados? Y ¿Tienen hijos?” y le digo “No”, “Ahhh” y ya no preguntan, pero es así como cara de “Pobre mujer sin hijos” ¿no?

Cristina de 38 años.

(...) les vi la cara de par de estériles frustrados que acabamos de... les vi la cara y hasta ofrecieron una disculpa, yo dije: “¿pero por qué? ¡no se disculpen!”

María de 52 años

Pensaban que los dos decíamos no queremos porque alguno de los dos tenía un problema fisiológico y no queríamos enfrentarlo frente a la sociedad, como que era más fácil inventar eso y decir ¡ay pobrecitos! a decir: ¡no queremos!. No lo conciben, es muy penado; que unas personas puedan tener la decisión de no querer tener hijos.

Elena de 44 años

La presión de la esfera social amplia se visibiliza a través de las opciones vitales de las mujeres y parejas contemporáneas a la entrevistada, así como en las preguntas rutinarias que se entablan con personas más o menos distantes, como se muestra en este comentario de Gloria, quien se queja de lo “cerrado” o “pre-fabricado” de las preguntas que le hacen:

(...) y gente que no me ha visto en años y me reencuentra y “¿Te casaste?” y “¿Tienes hijos?” No, pero pregúntame si estudié y si he viajado y tengo casa propia... que es más común que te pregunten eso a ¿qué has hecho de tu vida?, una pregunta más abierta... lo primero que te dicen: ¿y te casaste... y tienes hijos?

Gloria de 52 años

Además, en consonancia con lo encontrado en algunas de las investigaciones previas de parejas sin hijos, está presente el reclamo de poder llamarse y reconocerse como familia (Pelton y Hertlein, 2011), en especial en las mujeres más conservadoras de la muestra, para quienes seguramente la denominación de “familia” es más importante:

Me molesta que no nos vean como una familia, como que nos faltan los hijos para ser alguien respetable como familia, porque socialmente si existes... eso, ¡que piensen lo que quieran! para mí nuestro matrimonio y nuestra vida como familia es de tanto valor como si tuviéramos hijos, somos más familia que muchos que sí los tienen.

María de 52 años

En el otro extremo, las mujeres también aseguran que frecuentemente sus amigas las felicitan por la decisión que tomaron y les comparten la envidia que sienten:

[sobre una amiga que sí tuvo hijos]... y ahorita se arrepiente, claro que no quiere dejar de tenerlos, ya los ama, son sus hijos, pero a cada rato me dice, su frase conmigo es que “envidia te tengo” me dice “que envidia te tengo, quisiera estar como tú”, y yo, pues la verdad yo también quiero estar como yo [risas] yo no quiero estar como ella.

Adriana de 35 años

En la *esfera familiar* la presión es mucho más frontal pues existe más confianza y en muchos casos interés directo de quien presiona por tener nietos, sobrinos, etc. Las conminaciones familiares van encaminadas a convencer a las mujeres a que se “animen”, “aunque sea con uno”. Resulta notable que la presión provenga

principalmente de otras mujeres, la madre y la suegra. En algunos casos también la hermana. Esto puede interpretarse en dos sentidos, por un lado las mujeres que ya han sido madres y que creen que es una cuestión de “aventarse” sin pensarlo tanto, y por otro, la incomodidad que podría generarles la elección de una mujer cercana a ellas que decide no ser, aquello que define tantas áreas de su propia vida:

Mi suegra en algún momento estuvo así como ...insistiendo un poco: decía “Tengan uno, aunque sea uno. Es que mira...que no sé que..” y ella tenía como muchas ganas de tener un nieto. (...)en realidad fue muchísima la presión (...) “Deberían de tener un hijo” y “Es que por lo menos uno” y es que “¡Anímate!”.

Cristina de 38 años

El tema de los hijos lo discuto con su hijo , con su hijo nada mas, y si no se me da la gana no los tengo, porque se necesitan dos, si no es con dos no hay.

María de 52 años

(...) entonces, este... muy fuerte la presión: mi suegra cada vez que nos veía “¿y cuándo los hijos? ¿y cuándo?, hasta que llegó a decirme que si yo no podía tener hijos (...)si fue una cuestión muy insistente de estarme presionando y presionando; ¿y cuándo me traes un “piernudo” que ande corriendo aquí en pañal?, “pues le compro un muñeco de San Juan de Dios, un perro, pero yo no.”

Gloria de 42 años

Como ya mencionábamos previamente, la presión no es uniforme durante el transcurso de los años. Se intensifica y se distiende en determinados momentos de la biografía. Cuando los acontecimientos familiares van ocurriendo de manera simultánea y los hermanos de un lado u otro del matrimonio empiezan a tener hijos, podría pensarse que esto libera de la presión a la pareja sin hijos, pero a decir de Angélica en una familia prolífera eso te “coloca en el lugar de la extraña”.

La *presión institucional* que identifiqué en el discurso de las entrevistadas provenía principalmente desde la medicina y el área laboral.

Una forma de presión institucional que muy clara fue en aquellos empleos que involucran trabajar con niños. Cuatro de las mujeres entrevistadas han trabajado en algo relacionado con niños y afirman que resulta un motivo de sospecha que ellas no quieran hijos propios:

Te voy a decir es muy mal visto, que me dedique a lo que me dedico y que haya hecho todo, hasta caca de vaca para no tenerlos, o sea no es muy bien visto; “pues entonces ni tanto amor a los niños”.

María de 52 años

En mi trabajo es mucha presión porque yo no tengo hijos, y trabajo con niños, (...)entonces este... cuando es así, a ver ¿cómo es que trabajas con niños y tú no tienes hijos? es una presión constante

Gloria de 42 años

Los pares comienzan a sospechar de su cariño y agrado por los niños, y emiten comentarios al respecto. Sería interesante indagar sobre si esta opción también afectaría la elegibilidad para ocupar un puesto en el que se está en contacto con niños. Esto por supuesto, es sólo otro ejemplo de cómo se concreta el miedo que socialmente se ha construido en torno a la mujer no-madre y su relación con los niños.

La segunda forma de presión institucional identificada proviene desde la medicina ginecológica. Olivia López Sánchez demuestra cómo el imaginario médico en México desde el Siglo XIX representa a la mujer como madre, como útero:

La mujer vive más para la especie que para sí misma: la serie de funciones que le están impuestas para los fines de la propagación humana, como la menstruación, la preñez, la parturición y la lactancia, atestiguan sin cesar aquella dirección primordial de su organismo.

*Pedro Felipe Monlau 1888: 148 en Higiene del matrimonio
Citado en López 2010: 274*

Para hacer efectiva su opción de ser no-madres, las entrevistadas echan mano de su derecho a decidir sobre sus cuerpos frente a la presión familiar y médica. La mayoría de las mujeres entrevistadas no pudieron acceder a métodos anticonceptivos definitivos porque los doctores consideraban que eran muy jóvenes y se arrepentirían. Opciones como la vasectomía en la pareja u otros métodos anticonceptivos de barrera y químicos, resultaban más simples. Los médicos se mostraron sumamente renuentes a realizar procedimientos anticonceptivos definitivos y las apresuraban a tener hijos:

Fui con tres médicos y ninguno me quiso operar. Los médicos me dijeron que ellos consideraban que estaba muy joven para tomar esa decisión. Entonces que había como un... que tenía que llevar un año de terapia para ... Entonces dije "No bueno... si a los 24 no sé de la vida y no puedo

decidir sobre mi cuerpo"... y entonces al final dijimos "bueno, dejamos pasar el tiempo" y Alejandro se operó, era más fácil.

Cristina de 38 años

A los treinta años intente fui con tres doctores, los tres me mandaron a la "chingada" porque por diferentes razones y causas, que era muy joven y me iba a arrepentir, una demanda, con todo y que yo obviamente iba a tener que firmar un papel en donde certificaba que yo soy la que estoy tomando esta decisión. Como no he tenido hijos, ningún doctor se quiere arriesgar.

Laura de 37 años

Otros doctores habían dicho es que no mira, cuando tu reloj biológico ya no pueda entonces vas a querer, pues está bien, sabes qué déjame correr el riesgo sabes, si no me quieres creer (...) además dicen: "Estas muy joven, te vas a arrepentir".

Angélica de 48 años

(...) incluso considere extirparme la matriz para prevención del cáncer pero mi ginecólogo, me dijo que no, que él no lo hacía, dice: "Es que la tienes re buena para que te la mande a sacar", le dije: "Es que para qué quiero la caja de los muñecos si no tengo y no quiero", "No, Gloria, no diga eso" -me habla de usted- "No diga eso, ya llegaran los hijos", "No, no quiero hijos".

Gloria de 42 años

Los médicos parecen asumir la autoridad para determinar cuándo es una "buena edad" para tener hijos y cuándo deja de serlo. Incluso en el caso de Jimena, cuando consideraba la posibilidad de embarazarse a los 39 años, el doctor consideró "cruel" su postura:

Yo le preguntaba al médico, pues que tenía la intención de embarazarme, eso fue el año pasado, me dijo: "No, es que ¿por qué?, Me llamó tanto la atención, me dice: "es que me estás haciendo una pregunta muy cruel" ¿no? Y yo así, ¿pues cómo? pues o sea es el médico es el ginecólogo, me parece normal, y me dice: "Pues yo te recomendaría que mejor adoptarás" (Se ríe) Y dije "wow" ¿no?

Jimena de 40 años

Así también, las entrevistadas reportaron que los médicos les solicitaron el consentimiento escrito de su cónyuge, para poder si quiera considerar la intervención quirúrgica:

(...) y dice bueno vamos a la parte más difícil, ahora resulta que tiene que venir tu esposo y dar como el consentimiento. (...) Yo me imagino que cuando tu acuerdas con el médico el tipo de cirugía que va a hacer, justo que para después no vayas a salir con que “yo no le dije” han de firmar que “lo que quiero que me hagas es esto”, porque si de repente vienen y me demandas y me dices: “¡oye no!” (...) No vaya a ser que esta vieja loca, entonces ¿sabes qué? aquí firmen y lo que yo le voy a hacer es esto.

Angélica de 48 años

En este extracto es muy peculiar como Angélica tratando de explicar por qué pedirán la autorización del esposo, cambia de lugar de enunciación del de la paciente a el del médico. Además la expresión de la “vieja loca” remite a la figura de la mujer histérica, incapaz de tomar decisiones o hacerse responsable por éstas. Esto nos habla de que el control y la autoridad sobre el cuerpo de las mujeres y su capacidad reproductiva recae, al menos en el imaginario médico, en su esposo.

De acuerdo con Silvia Tubert, el discurso médico sostiene que *“la especificidad del cuerpo femenino reside en la debilidad y la predestinación a la maternidad. (...) Se define la maternidad como única y verdadera realización de la vida femenina”* (1991:36). Sería deseable profundizar en este aspecto a través de investigaciones que específicamente indaguen sobre el papel de los protocolos médicos y el control del cuerpo femenino; ¿Cómo se define la “fecundidad satisfecha”? ¿Qué criterios hay para realizar el procedimiento en mujeres “nuligestas³³” y “nulíparas³⁴”?

Incluso en los casos cuando hubo un posicionamiento explícito de las mujeres aclarando que ellas han decidido que no quieren hijos, los médicos se extrañan, las cuestionan e incluso afirman que ya cambiarán de parecer. Las mujeres reportan cambiar constantemente de ginecólogo/a, y en general batallar por hacerse respetar en esta opción por la NMV.

La presión del médico se fundamenta en un discurso de salud, en la falacia naturalista de que el cuerpo es una máquina perfecta hecha con un propósito: reproducirse. López Sánchez afirma que las representaciones médicas del cuerpo femenino han patologizado a la mujer, considerándola “un ser vulnerable física y moralmente” (2010: XIX). Aquellos comportamientos que están fuera del orden simbólico y de las representaciones establecidas, como la escasa inclinación por la

³³ Mujer que nunca se ha embarazado.

³⁴ Mujer que nunca ha parido un feto viable.

maternidad, son considerados desviaciones sociales y construidas como patologías por medio de los saberes médicos y regulatorios (López 2010:18). López afirma que las mujeres que no mostraban la disposición para ser madres fueron consideradas anormales y los médicos buscaron en su anatomía la causa de tal desacato.

Las amenazas de los médicos se plantean en torno a la salud de los órganos reproductivos, al sistema hormonal y al “reloj biológico” que se acaba. Esta expresión del reloj biológico es muy curiosa pues no es una capacidad que se acaba o una puerta que se cierra, es un reloj “que despierta”, “que se acaba” y que al mismo tiempo, transcurre incesantemente. Las entrevistadas a veces lo empataban a la idea de vocación materna en expresiones como “si no se realizan en su reloj biológico...” (Adriana de 35 años), y otras veces a un momento en que te pega un “golpe de maternidad”(Cristina de 38 años). De cualquier forma fue siempre evocado como un instrumento de apremio, de presión. La recurrente referencia al “golpe de maternidad” nos habla de cómo es que la socialización y una multiplicidad de mecanismos de reforzamiento logran inscribir en los cuerpos femeninos, la maternidad como una necesidad. Las mujeres entrevistadas comparaban esto con la fiesta de los quince años; como una idea que “te venden” y alrededor de la cual se crea una gran ilusión:

Y es que mira, yo creo que también influye la mamá que tuviste, es como el baile de XV años, o sea el baile de XV años es el baile que la mamá quisiera tener, [se ríe] siempre le vendieron esa idea a la niña, la niña no nació con esa idea de los XV años a menos de que ya lo haya visto con la amiguita que también le hicieron un vestido hermoso.

Angélica de 48 años

Yo empecé a cuestionar cuando veía a mis amigas que nada mas fue una ilusión [la maternidad]. Es como la fiesta de XV años, te la vives 12, 13, 14, lo máximo es tu fiesta de XV años; XV años y ya te van a permitir tener novio ... es lo máximo y vas a ver a tus amigas, y vas a bailar y ya te vas a pintar y te vas a poner tacones; o sea todo eso, tipo de que te presentan a la sociedad, porque eso es lo que manejas, es la información que tienes, es presión social realmente porque a fin de cuentas los XV pasan con fiesta o sin fiesta, o sea realmente... llegas y es muy similar cuando ya tienes 16, 17 y 18 vas viendo que tus amigas se van casando, es la misma ilusión hasta que llegas y dices pues no hay nada de extraordinario, ¿y de aquí qué?

Elena de 44 años

Entonces resulta un tanto contradictorio el discurso de las mujeres en torno a esta cuestión; por una parte que te tienen que “vender” la maternidad porque en realidad no es una decisión sensata tener hijos, y por otra parte, el reloj “biológico”, inherente a la condición femenina, te “golpea” de repente como algo natural e inevitable.

Finalmente, quisiera señalar que dos de las mujeres entrevistadas tuvieron abortos y una en particular lo narró como una de las peores experiencias de su vida, pues se realizó el legrado sin ningún tipo de anestesia. Lo cual para ella era la manera del doctor de escarmentar, de castigarla para que no lo volviera a hacer.

En suma, la lucha por el reconocimiento del derecho a decidir sobre el propio cuerpo y la utilización pragmática de los servicios del médico prevalece tal como lo reporta Ávila (2005: 123-124). El médico juega un rol central en la opción de la NMV como facilitador o como un gran obstáculo, pues es el saber médico el que determina cuándo está una mujer lo suficientemente madura para clausurar la posibilidad de embarazarse y hacer efectiva la opción de la NMV de manera permanente.

Ahora bien, como hemos desarrollado, la presión que se ejerce sobre las mujeres no-madres proviene de lugares muy variados. Además de conminarlas a tener hijos y la sospecha de su posible esterilidad, hay una serie de acusaciones que se derivan de la NMV. Algunas de las *acusaciones* formuladas contra las mujeres a raíz de su decisión de no querer hijos fueron: egoístas, inmaduras, comodinas... y ellas los interiorizaban al punto de utilizarlos ellas mismas en sus discursos:

Me decían: seguramente no quieres tener hijos por miedo, no quieres tener hijos por comodidad.

Cristina de 38 años

Y puedo combinarlo y puedo vivir como muy tranquila, pienso que los hijos me detendrían. La verdad suena horrible, suena horrible ...suena muy egoísta.

María de 52 años

En primer lugar, la acusación de esterilidad no debe pasar inadvertida como una mera confusión. Tubert (1991: 96-97) señala que la esterilidad es vista como un castigo, una enfermedad que se cierne, sobre todo, en la no-realización de la mujer. Sin embargo, la esterilidad también mina la virilidad del hombre; su masculinidad es puesta en entre dicho³⁵. Además no olvidemos que la esterilidad, además de ser explicada mediante un sin número de metáforas, es a su vez metáfora de inutilidad.

En segundo lugar, a través del contenido de las acusaciones que se les hacen a las mujeres no-madres, podemos inferir en qué sentido la NMV cuestiona e incomoda la práctica social dominante. Encontramos que se les acusa de “inmaduras” y “desnaturalizadas”, porque la maternidad suponía tradicionalmente la entrada a adultez. Se les acusa de “egoístas” y “comodinas”, de lo cual podemos deducir que en el imaginario dominante, las mujeres deben ser madres abnegadas y sacrificadas.

Ante esta serie de presiones y conminaciones para que cambien de opinión, y de las acusaciones de las que son objeto, las mujeres que deciden no tener hijos despliegan una serie de estrategias que les permiten navegar más fácilmente en la cotidianidad. La tipología que ofrece Park (2002)³⁶ es observable en la muestra de esta investigación. Las cuatro estrategias que describe Park son reportadas por las mujeres entrevistadas, algunas incluso afirman haber transitado de la “sustitución de identidad” a otras más frontales como la de “condenar a los condenados” o la “auto-realización”. Las confrontaciones se vuelven recurrentes cuando desde muchos frentes se cuestiona su opción por la NMV. He aquí algunos extractos en los que se ejemplifica cada una de las cuatro estrategias:

1) Pasar desapercibido:

Ya muchas veces ni aclaro, a estas alturas...

Cristina de 38 años

2) Sustitución de identidad:

³⁵ Ver por ejemplo Gilmore, David (1991); Badinter, Elizabeth (1993); Brito, Alejandro (2002).

³⁶ Véase p. 44

C. me dijo un día si quieres callarles la boca diles que es porque no puedes y ya.

Angélica de 48 años

La próxima vez que te digan esto di "Soy estéril, no puedo" y verás que lejos de incomodarte se les va a caer la quijada y así lo hice (...) entonces porque soy estéril, no sabes cómo me duele tu pregunta, soy estéril, no puedo tener, no me hubieras preguntado, eso es una imprudencia.

María de 52 años

3) Condenar a los condenados:

Dos o tres parejas nos decían, cuando se les marcó el alto; "te cambio la pregunta ¿tú por qué quieres tener hijos? Tu me preguntas por qué no quiero ha decidido no tener hijos ¿Tu por qué? ¿Por qué te sientes con derecho a cuestionar mi decisión? Yo no cuestiono la tuya.

Pilar de 51 años

Te dicen: qué egoísta eres que solo pensaste en ti, ¿no? y yo respondo: ¡no! qué irresponsable eres porque hiciste eso para satisfacer un gustito y ahí lo tienes en su casa solito sabe que haciendo ¿ah verdad? ¡ni tan egoísta!

Angélica de 48 años

4) Auto-realización:

Tengo derecho a no querer tener hijos y a que no me gusten. A que sea una decisión.

Cristina de 38 años

Además de robustecer la propuesta teórica de Park (2002) es necesario plantear más como provocación que como afirmación, lo significativo que resulta que todas las estrategias desplegadas por las mujeres no-madres con las que se trabajó en esta investigación, sean clasificables dentro de un esquema desarrollado en Inglaterra, diez años atrás. ¿Realmente es análogo el ser no-madre en una latitud que en otra? ¿Es lo mismo negarse a tener hijos en el mundo anglosajón que en el mundo latinoamericano? La multiversalidad del mundo, afortunadamente nos deja mucho sobre lo que trabajar.

VI. Modelo identitario de la no-maternidad voluntaria

Yo decía, no, en mi vida no me da tiempo para tener hijos.

Sandra de 59 años

(...) es como otra identidad de mujer completamente distinta que a mi me parece mucho mejor para mí; este.... en términos de trabajar, en términos de hacer otras cosas...que ser ama de casa

Cristina, de 38 años.

El modelo identitario de la NMV se construye discursivamente sobre una serie de significados y valores, que van dando contenido a esta formación identitaria. Lo que se dibuja como el modelo identitario de la NMV, no es otra cosa que aquellos elementos que se repetían en las narrativas de las mujeres entrevistadas, como aspectos fundamentales y diferenciadores de la condición de no-madre. Solamente como una distinción teórica que permita mayor comprensión, propongo discutir primero los valores que se enarbolan en torno a la decisión de permanecer sin hijos, y en segundo lugar aquellos que están relacionados con las “consecuencias” de tal decisión, o con lo que podríamos llamar la práctica cotidiana de la NMV.

Los valores de la decisión y de la práctica cotidiana de la NMV

*Uno trasciende por lo que hace, no por lo que tengas o dejes tener...
llámese hijos.*

Sandra de 59 años

Los valores que se invocaron al hablar sobre la construcción de la decisión por la NMV fueron sobre todo que era una decisión responsable y congruente, producto de una reflexión consciente, en oposición por supuesto a no meditar lo suficiente la decisión y las implicaciones de tener hijos.

Tenemos entonces que la decisión *per se* de permanecer sin hijos parece estar fincada en un proceso de tomar, de hacer *conciencia*. Gran parte de las entrevistadas hablaban de reflexionar, de repasar concienzudamente su deseo y sus circunstancias, de observarse... en oposición con las mujeres que parecen tener

hijos “nomás por tenerlos”, las entrevistadas hablaban de hacer conciencia respecto a llevar a cabo algo que realmente no desean:

(...) más que dudas, era como esta parte de tener una certeza. Como la certeza de ser mujer. Es algo que sabes, pero dices .. “Bueno, supongo que ellos saben algo que yo no sé.” Pero es como ... por eso es que era una actitud como de observarme e incluso ponerme en la situación.

Cristina de 38 años

¿Por qué la gente tiene hijos sin analizar lo que yo analizaba? ¿Por qué lo analicé tanto? Porque yo veo mucha gente que tiene hijos así (...) Y yo lo tenía que pasar por un registro exhaustivo que me agobiaba, como para tomar la decisión hacia un repaso de mi economía, la economía familiar lo que yo tenía que dejar...

María de 52 años

Nuestra decisión fue tomada muy conscientemente, no fue al vapor , no fue así como que un día nos levantamos y decidimos no tener hijos, no. Fue bien pensado, bien planeada. O sea estamos viendo que es una decisión que no vamos a estarnos arrepintiéndolo de aquí a veinte años.

Elena de 44 años

Así también, las mujeres no-madres se jactan de que su decisión ha sido la más responsable y congruente. Ataques a madres que dejan a sus hijos encargados, hacen perfilarse a la mujer que prefiere no tenerlos, como responsable. La congruencia viene de actuar de acuerdo a lo que se valora y estima, lo que se esta dispuesta a hacer y lo que no. En este sentido, lo incongruente sería por ejemplo, anhelar un hijo para luego no atenderlo, o “cobrarles las facturas” de todo lo que se ha dejado en pos de la maternidad:

Entonces, ella [su tía] claro dijo: “Bueno, yo no quiero. A mi no me gustan. Y yo sé que implicaría pues, eh... partirme en dos si quiero trabajar y digamos estar a medias en el trabajo y a medias con el hijo. Entonces no.”

Cristina de 38 años

(...) hay algo aquí que no es congruente; no es congruente lo que dices con lo que estás haciendo porque estabas muerta de ganas por la maternidad.

Angélica de 48 años

Y hago la vida congruente a la ética que tengo y sí, nace en primera instancia de ahí, Valentina, y en segunda instancia evidentemente tengo

un estilo de vida que no es apto para menores de edad y no estoy dispuesta a cambiarlo.

Laura de 37 años

Estos valores éticos también pueden extenderse como valores propios de la época que se vive. La responsabilidad y congruencia también cobran sentido cuando se hace referencia a la sobrepoblación. Además, este énfasis en la congruencia es una estrategia discursiva que abona a la coherencia de la postura de la NMV y la refuerza.

Si en cambio nos preguntamos por los valores enarbolados en función de las repercusiones que tiene la NMV sobre sus esquemas de vida, encontraremos que las mujeres hablaban de autonomía, flexibilidad y movilidad, que en general se traducen en una mayor libertad.

El egoísmo, que como vimos es una de las acusaciones más recurrentes a las nomadres³⁷, pasa a ser incorporado en su discurso en un tono apologético, pero también de adhesión al individualismo:

“Creo que es un juicio, que las mujeres que no tenemos hijos porque queremos preservar nuestro estilo de vida y no queremos someterlo a un hijo, no sé...se nos juzga de, de egoístas...el no estar dispuestas a conceder tu vida para alguien más”

Laura de 37 años

[hablando de su tiempo y de su prioridades] Puedo combinarlo y puedo vivir como muy tranquila, pienso que los hijos me detendrían, la verdad suena horrible, suena horrible, suena muy egoísta.

María de 52 años

Egoísta respecto a su tiempo, su espacio y sus decisiones; el reclamo y gobierno de quien tradicionalmente era para los demás. Tener hijos, dice Z. Bauman implica ir en contra de la propia comodidad (2003: 65), y en el caso de las mujeres entrevistadas las preferencias individuales o de la pareja pueden prevalecer y esto es algo muy apreciado:

³⁷ Véase el apartado “La presión y las acusaciones” en p. 82.

Lo peor que nos puede pasar es que no podamos salir, no tenemos dinero y punto. Pero nadie más la sufre. Como que es una decisión de dos adultos y punto.

Cristina de 38 años

Todo lo peor que me puede pasar me pasa a mi, si me pasa algo a mi no le pasa a nadie, no importa ¿no?, me lanzo a la aventura, ¡va!

Adriana de 35 años

Yo decreté: “yo no quiero tener hijos” y yo creo que eso es lo único constante que he tenido ¿no?, mi vida no puede estar sujeta a los tiempos de otra personita porque yo tengo mis propios tiempos, soy muy celosa de mi intimidad, soy muy celosa de mi flojera, de mi incomodidad también ¿por qué no?

Gloria de 42 años

En el discurso de las mujeres es notable cuanto se valora la *autonomía*. La ausencia de hijos les permite ser dueñas de su tiempo, administrarlo como mejor les parezca. Se hace hincapié en el uso del tiempo y la facilidad de los desplazamientos, y ambos se dan en una modalidad de alta flexibilidad:

Yo no quise tener hijos, no tengo mayores compromisos, no tengo un marido, no tengo nada... puedo ser la dueña de mi tiempo a la hora que me da la gana y que me necesitan aquí estoy.

Sandra de 59 años

(...)Por ejemplo, el rollo de la mamá que no puede estar con los hijos y les compran todo lo que quieran por que no pueden decirles que no por que se sienten culpables, entonces, también es una ventaja, yo no me puedo sentir a pesar de pasar veinticuatro horas en la oficina (...) puedo viajar, entrar, salir, ir, venir, no tengo nada que demande mi atención y que en algún momento dado sea motivo de angustia para mi.

Pilar de 51 años.

Al respecto Bauman nos dice que en estos tiempos líquidos:

“La virtud que se proclama más útil es la flexibilidad: la presteza para cambiar de tácticas y estilos en un santiamén, para abandonar compromisos y lealtades sin arrepentimiento, y para ir en pos de las oportunidades según la disponibilidad del momento, en vez de seguir las propias preferencias consolidadas.” (2007:1)

La libertad de las mujeres que deciden permanecer sin hijos, radicaría en la ausencia de compromisos y responsabilidades, y la posibilidad de entrar y salir del espacio público y privado a placer. En este sentido, la maternidad sería sinónimo

de confinamiento pues a decir de entrevistadas como Gloria “los hijos atan”; mientras que optar por la NMV permite ser dueña del tiempo y del espacio propios.

La realización de sí

En gran parte, la alta valoración que hacen las mujeres de su movilidad y flexibilidad tiene que ver con el contraste inevitable que realizan con su propia madre y mujeres contemporáneas que decidieron tener hijos. El confinamiento de las mujeres al espacio privado y doméstico en términos generacionales, mantiene cierta vigencia so pretexto de las labores de maternaje. Al rechazar la maternidad, las mujeres entrevistadas acceden a una movilidad entre esferas privada y pública, desconocida para sus abuelas y madres.

Al hablar de mujeres contemporáneas a ellas, tales como hermanas o compañeras de trabajo, persiste la concepción de que ser ama de casa es “nada mas” ser ama de casa (Cristina de 38 años). Cuando hablan de realizarse, de “hacer más” tiene que ver con el conjunto viajes, estudios y trabajo, con la esfera pública:

(...) no puedes hacer las cosas a medias e ir y tirarlo a una guardería. Entonces me quedaría a cuidarlo y creo que es como... diría “¿Y? ¿Qué más?” O sea falta, tendría más cosas que hacer... no me imagino, no me imagino tomando esa decisión y quedándome en mi casa.

Cristina de 38 años

La posibilidad de desarrollarte profesionalmente y de prepararte te abre un mundo.

Pilar de 51 años

Mi papá alguna vez lo decía ¿no?, yo creo que estaba muy orgulloso de mí de que, este, pues fui la que hizo más en cuestiones profesionales y económicas y de viajes y de todo

Sandra de 59 años

Yo sí quiero salir al mundo, porque a mí sí me dolerían las renunciadas que a ella [su madre] no le dolieron, porque a mí sí me dolería dedicarme a un hijo y exclusivamente a formar una familia así y olvidarme de muchas cosas

María de 52 años

Cuando yo llegue a 40, ustedes van a estar gordas, llenas de hijos, sus maridos les van a poner el pinche cuerno, no van a tener ni casa propia, “Ay sí cabrona y tú qué vas a hacer, te vas a quedar a vestir santos”, Ni

madres yo voy a viajar, es más voy a tener profesión, voy a tener mi casa propia, van a ver cabronas... y entonces me doy cuenta que, pues sí he hecho lo que he querido como proyecto de vida

Gloria de 42 años

Vemos pues que la realización de sí es un aspecto sumamente importante de formación identitaria de las mujeres entrevistadas. Esto no es de sorprender pues a decir de Ulrich y Elizabeth Beck, el deseo más extendido es el de vivir “*la propia vida*”, la lucha diaria por una vida propia (dinero propio, espacio propio) es la experiencia colectiva del mundo occidental. “Vivir la vida propia significa que las biografías tipo se vuelven biografías electivas” (Beck y Beck, 2001: 71- 72).

Recurrentemente las entrevistadas significaron la realización de sí, como una tríada compuesta por viajes, estudios y trabajo.

En este imaginario de realización es notable el lugar que las mujeres conceden a su *trabajo*. Como veremos, el trabajo extra-doméstico abona a la autonomía en tanto ingreso monetario y reconocimiento, pero también como insumo identitario. En más de una ocasión al pedirles que me hablaran de ellas, me contaban la historia de los puestos que habían ocupado. Las mujeres no-madres pueden dedicarse al trabajo de lleno sin sentir la culpa que perciben en sus compañeras de trabajo que “*son las eternas culpables en su casa*” (Pilar de 51 años) por el tiempo que dedican a su actividad profesional.

En consonancia con lo postulado por Dubar, las entrevistadas asumen la responsabilidad de su competencia como profesionistas y navegan en un mercado laboral cambiante e incierto. El trabajo es una fuente de identidad laboral, reconocimiento e individualidad extra-doméstica. Además es valorado en términos de la satisfacción de reporta y de cuánto contribuye al crecimiento personal. En suma, el desarrollo profesional y el éxito laboral se perfilan como aspectos centrales de la realización de las mujeres entrevistadas:

También me puse a pensar lo que iba a tener que dejar de hacer en mi vida, porque es cierto, si me decidía a tener un hijo. - E. ¿Qué cosas pensabas que ibas tener que dejar? - Pilar. ¿Qué tenía que dejar? Por principio tendría que cambiar mi esquema de vida, no podría seguir con el trabajo que tenía.

Pilar de 51 años

Yo no quería dejar de trabajar y con los años decir "Por tú culpa" ¿no? o nunca decirlo que es mucho peor.

María de 52 años

(...) mientras un trabajo me mantenga en una curva de aprendizaje ascendente, yo estoy a gusto, sí, sí, sí, una vez que se estabiliza, ¿no? es como de bueno, y ahora es ¿cómo me reto?, yo tengo que inventarme un trabajo, tengo que crearme un espacio de trabajo que me permita tener un estilo de trabajo que me guste a mí.

Adriana de 35 años

Al punto incluso en que "tener vida" supone tener empleo, ser profesionista:

(...) mis cuñadas entregadas a mi suegra cuidándola, cuando pueden tener su vida, ¡todas son profesionistas!

Gloria de 42 años

Los *estudios* son también una parte fundamental en la realización de las mujeres entrevistadas, especialmente en aquellas que provienen de un estrato socioeconómico bajo, pues esto les ha permitido una movilidad social importante:

Yo recuerdo que yo sentía como si estuviera en el océano y la carrera era apenas un madero, el cual había que agarrarse con muchas ganas, con todas las ganas del mundo, para salir adelante.

Adriana de 35 años

(...) pues ellas iban sobre su objetivo, su objetivo era tener un novio y casarse, y ya entonces, pues ese no era mi objetivo E: ¿Cuál era tu objetivo? A: Estudiar.

Pilar de 51 años

[a los catorce años] Yo estaba bien segura que no quería ser mamá, yo estaba bien segura de que yo quería estudiar

Gloria de 52 años

Todas las entrevistadas tienen estudios medios superiores, licenciatura e incluso maestría. La relación entre la no-maternidad voluntaria y el nivel de estudios fue brevemente discutida en la conformación de la muestra³⁸. No es posible caracterizar la relación que existe entre la educación y la no-maternidad voluntaria aún. Los Beck apuntan que la educación:

³⁸ Véase p. 51.

permite el descubrimiento y la reflexión personal, así como la movilidad hacia arriba (o en el peor caso evitar la movilidad hacia abajo). La movilidad se experimenta tan pronto como se entra en el mercado laboral, pues uno se aleja de los modelos y disposiciones tradicionales. Movilidad ocupacional, residencial, cambios en el emplazamiento social. (2001: 86)

No sería difícil argumentar que más años de estudios puede contribuir a establecer metas e intereses que de otro modo no se vislumbrarían en el horizonte. El aumento de posibilidades imaginables y de una vida profesional demandante podría volver la NMV una opción más plausible. Además de que la práctica anticonceptiva efectiva que supone la NMV, también es más probable en una mujer con un alto nivel de estudios. A su vez, la NMV también facilita como mencionaba previamente, el poder continuar realizando estudios y desarrollando una vida profesional. No tener hijos facilita la decisión de continuar estudiando; hacer un diplomado, una maestría o una segunda licenciatura asumiendo el compromiso, tiempo y dinero que ello representa. Para las que provienen de un nivel socio-económico bajo, esto ha significado la posibilidad de una movilidad social ascendente importante.

El tercer elemento de la tríada de realización es viajar. Los *viajes* han sido estudiados en su relación con la modernidad y la tardo-modernidad.³⁹ El afán por conocer, por la representación exótica, por participar de lo diferente en la experiencia cotidiana son rasgos propios del individuo contemporáneo. De acuerdo con lo que se ha argumentado desde Estados Unidos y en particular en las asociaciones de parejas sin hijos (Paul, 2001; Pelton y Hertlein, 2011: 41) una de las características del estilo de vida relacionado con la NMV, es el nivel de gastos suntuosos al que tienen acceso. En teoría los DINK tienen más recursos económicos disponibles para viajar si es que así lo desean. Además de esta relación económica entre la NMV y los viajes, existe de fondo algo mucho más significativo. Las mujeres que deciden ser no-madres están tomando una opción vital que no es la práctica social dominante; este distanciamiento y relativización de la norma, está directamente relacionada con el ensanchamiento del horizonte simbólico. La práctica recurrente de viajar puede contribuir enormemente a ello.

³⁹ Véase por ejemplo MacCannell 1973, 1976; Wang 2000; Cohen 2005.

No querer hijos

La relación que guarda la NMV con los hijos en tanto objeto de rechazo es compleja. Z. Bauman afirma que en nuestra época los hijos son, ante todo y fundamentalmente objetos de consumo emocional; ofrecen al consumidor “alegrías del placer paternal” que ningún otro producto puede brindar y son una de las “compras” más onerosas que un consumidor promedio puede permitirse en el transcurso de su vida. “El costo total probablemente aumente a lo largo de los años y su alcance no puede ser fijado de antemano ni estimado con el menor grado de certeza” (Bauman, 2003: 64). Tener hijos podría significar “sacrificar la carrera profesional” y ello implica tener “lealtades divididas por un tiempo indefinido” (Bauman, 2003: 65). En las entrevistas realizadas las mujeres relacionaban constantemente los hijos con responsabilidad y, que además adquirirían otro caris al pensarse como definitivos, permanentes:

Adquiriste el compromiso y por eso es un asunto de conciencia tienes que estar consciente de que es tu responsabilidad nada más para siempre

Angélica de 48 años

porque pues ya un hijo te representa toda una responsabilidad los hijos aunque estén chicos, medianos y grandes pues siempre te involucran un compromiso.

Sandra de 59 años

Es un hijo que requiere atención 24 horas al día no es una mascota que llegas y lo encierras. Vamos a ser más objetivos, nada que emocionales...

Elena de 44 años

Además, las no-madres cuestionaron las nociones idílicas en torno a los hijos. Afirmaron que los hijos no son la felicidad ni la realización. Observaron en amigas y mujeres de cercanas cómo el deseo de un hijo se tornaba en obsesión, sometiéndose a innumerables tratamientos para concebir, sacrificando su desarrollo profesional porque parecía que sino no estaría completa la fotografía, no se “había llegado”. La crianza podía ser un proceso muy satisfactorio pero también muy cansado y desgastante. Los hijos no son la felicidad:

Tengo una amiga que pensaba que tener un hijo era “y vivir feliz para siempre”, cuento de hadas. [Elena le contestaba] “A ver un hijo no viene y termina con tus problemas, puede que te los incremente ¿estás pensando en eso?”

Elena de 44 años

O sea ¿por qué todo lo piensan en función de los hijos?, ¿como si nada mas sirvieras para tener hijos!, ¿quién les dijo que la felicidad son los hijos?

María de 52 años

Así como también las entrevistadas enfatizaron respecto a las mujeres cuya realización está puesta en los logros del hijo, ya no lo suyos. Las no-madres sostienen que los hijos no son sostén emocional ni antídoto contra la soledad; éstas se retrataron como motivos recurrentes para ser madre y fueron calificadas como razones egoístas e insuficientes para decidir tener un hijo:

(...)y empiezan ya más bien a entrar a la etapa madura, y las relaciones que tienen se acaban, es como otro escape, tener un hijo, y no tampoco se me antoja, no, definitivamente no.

Pilar de 51 años

Oye porque de pronto de que te salió esta necesidad de: "No ¡me voy a quedar sola!", a entonces ¿lo quieres como para compañía? ¿y no te servirá más un perro?, ¿no?

Angélica de 48 años

En consonancia con esto, llama la atención la reivindicación que hacen en su discurso respecto a la soledad:

(...)porque también es, ¿y para qué traes un pobre niño al mundo?, ¿nomas para no estar sola?, porque también es eso, como he estado, como soy hija única, la soledad la llevo muy bien

Adriana de 35 años

Me gusta mi soledad, la disfruto, me encanta, que es diferente a sentirme sola, me gusta estar sola, a veces me gusta sentirme sola porque es esa parte interna, introspectiva, chida ¿no?

Gloria de 42 años

De igual modo se negó que los hijos solidificaran las relaciones de pareja, ni tampoco es seguro que los hijos sean cuidadores en la vejez:

Y por otra parte, tampoco me creo la historia de que, tus hijos van a hacer, a futuro, cuando ya eres una persona adulta grande, quienes van a ver por ti ¿no? Algunos sí lo harán, pero otros son más desafanados, y nomas les hacen así [gesto de acariciar] y se van.

Pilar de 51 años

Esto último llama la atención porque las mujeres entrevistadas sí se encargan de cuidar a sus padres, por lo menos aquellas cuyos padres ya lo requieren. Algunas afirmaban que los hijos no se encargarían de ellas, y otras decían que de hacerlo, les parecía injusto tenerlos con ese propósito:

[su tía les dijo]“además están los hijos para ver por uno, se hacen cargo de uno” Le dije: “¿qué? ¡yo no voy a tener hijos para que se hagan cargo de mí!” y me reí, así le dije: “No, no, no, tía ¿cómo crees? ¿tuviste 10 hijos para ver con quién te quedabas?”

Elena de 44 años

Le digo es que los hijos tampoco tienen que estar sometidos al cuidado de los enfermos, o quitarles la vida para cuidar a quien, por que tiene que ser de acuerdo a una creencia judeo-cristiana de compensación y retribución de culpas, y de una vida mejor y que los hijos es un sacrificio que tengan que hacer, me parece que eso es algo muy egoísta.

Gloria de 42 años

Al preguntarles respecto a su futuro, a su vejez, tres de las mujeres entrevistadas contestaron resueltas que lo arreglarían contratando a una enfermera, una cuidadora especializada (nótese el género del cuidador). Gloria cuenta: “*mi mamá decía ¿Quién te va a dar un jarro de agua cuando estés enferma?, pues una enfermera, le voy a pagar*”. Al observar la falta de disposición de sus sobrinos respecto al cuidado de sus hermanos, y la creciente oferta de opciones para la vejez, las mujeres parecen alejarse del modelo de solidaridad inter-generacional para reforzar el individualismo.

Finalmente, el caso de Pilar es interesante dado que ella afirma haber considerado tener un hijo, incluso sin pareja en aquel momento, con el propósito de estabilizarse:

y demás como para estabilizarme, si pensé creo que ya es tiempo de que ya tenga un hijo, y muchas veces le dije a mi mamá cuando yo quiera tener un hijo voy a tener un hijo, con o sin papá (...)

Para después enlistar las libertades de haber decidido no ser madre;

(...) puedo viajar, entrar, salir, ir, venir, no tengo nada que demande mi atención.

Pilar de 51 años

Esto, además de dar cuenta de los recorridos que experimenta el sujeto dentro de su pluralidad diacrónica, nos reitera que los hijos son significados como anclas, como arraigo y responsabilidad. Con frecuencia en las entrevistas las mujeres hablaban sobre qué clase de madre serían:

Si yo hubiese sido madre hubiera sido muy castrante, soy demasiado exigente

Gloria de 42 años

A mi si me dolería dedicarme a un hijo, exclusivamente a formar una familia y así y olvidarme de muchas cosas... y me da incluso hasta miedo; no, no seguro que yo no sería una mamá linda

María de 52 años

También hablaban de sus hijos hipotéticos como si fueran pre-existentes, que qué culpa tenían de haber sido traídos en estas condiciones de falta de deseo, de tiempo, de vocación:

No correría, porque el reloj biológico se me acaba, a tener un hijo que pobrecito niño, ¿qué culpa tiene?, ¿si me explico?

Adriana de 35 años

Incluso una de las mujeres entrevistadas lo formuló en términos de cuánto le han permitido hacer sus no-hijos:

Mis no-hijos, los que no tienes, te permiten tener un pensamiento más libre, ¿no? te dejan desarrollarte

Gloria de 42 años

En síntesis, los hijos representan una responsabilidad y un compromiso de por vida que las mujeres no-madres evalúan en términos muy pragmáticos; la satisfacción personal que reportan, su impacto en la relación de pareja, su compañía, sus cuidados durante la vejez. En el balance que realizan los hijos no salen bien librados como un “buen negocio” (Cristina). Notable resulta que no haya en el discurso de las mujeres entrevistadas trazas de imperativos religiosos o nacionalistas de parir cristianos o mexicanos, respectivamente. Parece que los meta discursos también han asimilado el enorme reto que representa encontrar un

balance entre las estructuras de seguridad social, el crecimiento poblacional y los recursos económicos, energéticos, humanos, etc.

Volviendo a las formas de identificación femenina que son las que guían la investigación, los hijos ya no son forzosamente un referente identitario respecto del cual construirse. Aquella identidad de procuración (esposa de, madre de) de la que nos hablaba Dubar, ha dejado de ser la única concebible. Como apunta Sandra en el epígrafe del apartado sobre los valores que apuntalan la NMV, la trascendencia femenina puede provenir del quehacer sobre el mundo y ya no solamente de la maternidad.

Contra modelo identitario: madre de medio tiempo

Las mamás de medio tiempo a mí me dan...No creo en las mamás de medio tiempo.

María de 52 años

Uno de los hallazgos más significativos de la investigación fue el posicionamiento espontáneo que todas las mujeres entrevistadas, realizaban condenando la maternidad que se ejerce de modo paralelo a un trabajo extra-doméstico remunerado. No son las madres en general ni sus pares profesionistas, sino las madres profesionistas quienes constituyen un punto de apoyo para la edificación del discurso de la NMV.

La maternidad fue asociada en las entrevistas con cuidar de alguien, darle amor, sustento, mucho mas que con la dimensión biológica de concebir, dar a luz. En expresiones como “*Madre es la que cría, no la que engendra*” de Cristina esto fue evidente. Frente a una imagen idealizada de la buena madre, de entrega incondicional y a la que no le duelen las renunciadas individuales y laborales, que a decir de las mujeres entrevistadas, son forzosas. La maternidad a sus ojos debe ser intensiva y exclusiva, abnegada y sin facturas o mejor no ser:

Yo sí creo que si vas a tener un hijo, es para (...) es para de verdad darle la atención. A mí la verdad me da mucha tristeza ver a los niños, este... con mamás completamente exhaustas, cansadas, que no les quieren hacer caso.

Cristina de 38 años

A eso me refiero con vocación de mamá. Pero que de veras no te duela, y digas no, ¡viva la familia!, yo me quedo aquí, que se case mi mejor amiga y yo no voy a Tombuctú y pase lo que pase para mi lo mejor en este mundo es cambiarle la caca del pañal a él.

María de 52 años

Un hijo requiere de mucho tiempo y requiere de que si vas a hacer una buena madre en todo el sentido animal de la palabra, tu vida se la dones a ese niño.

Laura de 37 años

Es importante decir que esta representación de la buena madre tampoco está en un pedestal; se le sobaja veladamente porque “solo habla del precio de los jitomates” y de las “gracias que hizo el niño en el día”. Aquello de lo que habla, es su mundo y las mujeres entrevistadas parecen verlo con desdén:

Sí es como muy notorio donde ellas, sobre todo ellas, se vuelcan completamente en hablar de hijos; todas sus preocupaciones y todo su tiempo, entonces es así como.... Yo digo: “Ay no, habiendo tanta gente con temas interesantes”

Cristina de 38 años

(...) entonces yo ya cuando dije: “No, qué horror volver a hablar con ella” porque sí, no me interesa tampoco saber si sus niños ya hablaron y tampoco me interesa cuánto costaban los jitomates en el mercado, ni los pañales

Angélica de 48 años

Las mujeres que han decidido no tener hijos se posicionan respecto a las madres de medio tiempo; se opone la madre dedicada y abnegada a la que “se parte en 25” y “no está al cien en ningún lado” (Angélica). Aunque se reconozca que muchas veces es por necesidad económica y otras tantas por incapacidad para “lidiar con ellos todo el día”, se condena a la madre que desarrolla actividades profesionales. La guardería parece ser la materialización espacial de este esquema tan opuesto al modelo de las no-madres y a las menciones de la guardería van aparejadas expresiones como “botar”, “depositar”, “encargar” y “dejarlos”:

Si los hubiera tenido, nunca los hubiera depositado en una guardería, ni con la vecina, ni con mi prima.

Angélica de 48 años

(...) con mi educación y como me hicieron no concibo una mamá que va y lo deposita en algún lado y lo encarga porque empiezo por no tenerlo. Para ellas [sus compañeras del trabajo] era muy normal casarse y dejar a los hijos siempre encargados o en una guardería. Que todos son hijos de guardería, que a mi me puede matar el tema. No lo concibo, no lo concibo. ¡Es más fácil que te preste mi carro a que te preste mi hijo y no lo tengo! ¿Cómo se lo voy a prestar a alguien para que lo cuide y tenerlo para irlo a depositar. Pero ellas lo ven de una manera, todas ellas fueron y dejaron a sus hijos en la guardería.

María de 52 años

o sea pensar en quedarme en mi casa a cuidar a un niño porque me parece que si ya decidiste no puedes hacer las cosas a medias e ir y tirarlo a una guardería.

Cristina de 38 años

Los abuelos, las nanas y las guarderías como figuras sustitutas de un cuidado materno que pareciera ser insustituible.

En una segunda vuelta de análisis noté que la crítica no era hacia ellas en tanto que profesionistas de medio tiempo; que salen temprano de la oficina o tienen citas con el doctor, esos eran comentarios excepcionales. El tiempo y el esfuerzo dedicado al desarrollo de la actividad laboral no fueron el punto central de sus comentarios. El principal ángulo de crítica era en tanto “*malas madres*”, por que al parecer, para las no-madres, si vas a tener hijos es para dedicarte a cuidarlos.

[Una amiga de Angélica]no va a ver a sus hijas, ¿para qué quiere hijos si no los ve?, no entiendo [el día que descansa la niñera] es el peor día de su vida porque dice que no las aguanta porque son.. se persiguen, se muerden y claro ella no está acostumbrada a esa dinámica de cuidar dos niñas, aunque sean suyas.

Angélica de 48 años

En otros casos, se asocian los altos puestos profesionales con el mal desempeño como madre o incluso la NMV, lo cual refuerza la imposibilidad de combinar ambos ámbitos eficiente y satisfactoriamente:

Mira yo lo veo con mis compañeras o se aunque ella estamos en un nivel gerencial, directivo, que ya ganas bien, y que tienen sus hijos, no los gozan porque tiene que estar de un lado al otro de la ciudad por ellos, que los tienen que dejar con no sé quien porque se tienen que ir a trabajar, que, que ahora hay que meterlos al colegio de tal, al colegio de cual, porque

hay un montón de instancias que están dispuestas a sacarte dinero con el pretexto de que tuviste un hijo.

Adriana de 35 años

Está comprobado que en todos los ámbitos profesionales, las mujeres que logran escalar a sus posiciones de CEO's, no tienen hijos, ¡a la verga no existe eso! no puedes tener una vida que y en eso también es cierto no puedes tener una vida no convencional si tienes hijos y sí, si la tienes los primeros perjudicados van a ser esos niños van a tener, no van a tener la atención de su madre.

Laura de 37 años

Ante este énfasis en la maternidad intensiva y exclusiva sería importante resaltar que de las diez mujeres entrevistadas, siete tuvieron madres que se dedicaban a ser amas de casa. De las otras tres mujeres, dos venían de una familia en un nivel medio-bajo y sus madres trabajaban como maestras de primaria; y la otra tiene una madre dedicada a la investigación y la academia. Es posible entonces señalar, que la única de las madres de las mujeres entrevistadas que trabaja como vía de realización personal más que por necesidad económica, es esta última. Estos resultados podrían vincularse con algunos trabajos (Ávila, 2005:115; Chodorow, 1984) que apuntan a una posible relación entre la NMV y la relación con la madre y la ocupación de esta última. Sin embargo, no queda muy claro cuál sería el papel que juega la relación con su propia madre o familiares femeninos cercanos en la construcción del deseo de no ser madres.

El esquema de madre que trabaja se perfila como el principal punto de contra apoyo en la construcción del discurso de las no-madres (su no- sujeto). Me parece que es posible observar un modelo que valora la entrega por completo a una actividad y que resalta los inconvenientes de manejar responsabilidades de distinta índole. En términos de la influencia del discurso feminista es significativo que las mujeres de distintas generaciones y capital socioeconómico, unidas por la condición de no -madres, coincidan en condenar la inserción laboral de las madres y los recursos institucionales como guarderías. Este discurso bien podría coincidir con las exhortaciones conservadoras que acusaban a las mujeres trabajadoras de abandonar a sus hijos y las conminaban a volver al hogar (Fernández en Burin y Meler, 1998: 109).

Por otro lado, también está la conjetura de que quizá lo que incomoda a las mujeres que optan por la NMV, respecto a las madres que trabajan es la falta de conciencia en su decisión. Pareciera que desde el punto de vista de las mujeres entrevistadas es una suerte de inercia, no realmente vocación de madre, pues esta última se asocia con la abnegación y dedicación absoluta. Expresiones como “satisfacer un gustito” de Angélica, “tenerlos nada más porque todos los demás están teniendo” de Adriana, o “si vas a tener un hijo nada más porque ya tuve un hijo ¿no?” de Sandra, indican la desaprobación y suspicacia. Como si al negarse a ser una madre de tiempo completo, entonces quedara anulado el deseo de entrega, cuidado, crianza...como si se pusiera en duda la racionalidad y conciencia de la decisión ipso facto.

De manera simétrica con los valores esbozados en el apartado 5.1, a las mujeres que son madres y que continúan su vida laboral se les reprocha la incongruencia de sus elecciones y esquemas vitales. Se les tacha de inconscientes aunque no está claro si es por atender a sus impulsos maternos o a la norma social, pues las entrevistadas se pronunciaron en ambos sentidos. Además de estas condenas, también se compadece a la madre que trabaja, se reconoce que a ella también le duele “dejar”, “botar”, “encargar” a sus hijos en la guardería o con alguien más. Se identifica culpa en las madres que trabajan y en este sentido, las no-madres se sienten aliviadas, pues ellas ni sienten culpa de entregarse al trabajo ni se tienen que “partir en 25”:

Hay mujeres ejecutivas que yo creo que se parten en 25 y hacen los dos roles; hacen su rol en la oficina, en su trabajo y córrele y se cambian de cachucha y ya es la mamá y la que revisa las tareas, y la que la mochila y el lunch para mañana y la bañada y órale ¿no? (...)entonces lo logran hacer a la medida que el tiempo les da, lo mejor que pueden, pero de todas maneras, no están al cien ahí

Angélica de 48 años

Claro que tienen ese derecho, no les minimiza su capacidad, pero no hay una congruencia en la responsabilidad, eso es a mí lo que... Y ni atienden a los hijos, ni atienden la chamba por ejemplo en la levantada en la mañana tempranito, ósea levántate tú, para, desayunos, arreglar niños, llevarlos a la escuela y que todavía tu tengas tiempo de regresar a tus labores y que salgas no se arregladísima ¿no?, Con la sonrisa y llegas a trabajar o llegas a estudiar, la verdad yo no sé cómo le hacen y luego

hacen comida ¿no? tareas, y lo tuyo y pareja ósea es pártete en no sé cuántas

Jimena de 40 años

Esta expresión de partirse es sumamente elocuente. Si consideramos que el argumento del actor plural que hace Lahire, es que no hay tal pretensión de unicidad y coherencia; que el individuo plural puede echar mano de diferentes esquemas y repertorios de acción. Quizá las mujeres no se refieren a la plasticidad para hacer “switch” entre una situación y otra, sino a cuestiones más prácticas como el tiempo dedicado a cada actividad, los recordatorios, los traslados, las preocupaciones. En todo caso habría que indagar más a fondo si es que esta presumible “partición” es sólo percibida, o también la experimentan como tal las madres profesionistas y de ser así indagar cómo experimentan el traslado de un ámbito a otro en su vida cotidiana.

De lo expuesto anteriormente, podemos desprender una concepción ideal de la maternidad, como ocupación intensiva y exclusiva, que debe ser encarada de forma abnegada y sin “cobrarles las facturas”. A partir del posicionamiento espontáneo y compartido por todas las entrevistadas contra las madres que mantienen un trabajo extra doméstico, se cuestiona la deseabilidad del modelo de acumulación. Al tiempo que parece más bien perfilarse una hiper-especialización de tareas; o se es madre de tiempo completo o profesionista. Esta disyuntiva es discursivamente construida y sostenida, no es forzosamente tal en la realidad empírica. Sin embargo, el hecho de que se plantee en términos mutuamente excluyentes puede ser sintomático de las condiciones sociales y los arreglos institucionales que, a decir de las no-madres, complican la conciliación de ambas tareas.

VII. Las lógicas sociales y fuerzas estructurantes que inciden en la no maternidad voluntaria

Se ha vuelto necesario buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas

Beck y Beck, 2001:30

Las elecciones reproductivas no-normativas

La intención de esta investigación ha sido la de comprender las formas de identificación en aquellas mujeres cuyo proyecto de vida no responde a la norma sociocultural de la maternidad. Por ello es necesario pensarlas como sujetos que dentro de un espacio social heterogéneo y plural, modifican las formas identitarias y el espacio social mismo. Si bien, los sujetos femeninos encuentran un abanico cada vez más amplio de posiciones que pueden asumir o rechazar, tomar parcial o totalmente, la metáfora del abanico de posiciones disponibles para el individuo plural, encuentra su límite cuando constatamos que las opciones no gozan de la misma disponibilidad ni valoración tanto subjetiva como socialmente. La jerarquía entre géneros en tanto que sistema valorativo, es extensivo a todas las dimensiones del género (Héritier, 2007: 339-341). Como atinadamente apunta Cerri, estos "nuevos modelos identitarios", para ser "modelos", necesitan ser legitimados y legitimantes. Ella pone como ejemplo la investigación en torno a los "padres en casa" (Merla, 2006) en la que se muestra que estos sujetos generan diferentes estrategias y dinámicas identitarias para gestionar esa falta de legitimidad. De igual forma, las mujeres que optan por la NMV son sujetos cuya práctica no coincide con la norma sociocultural dominante. ¿Qué supone este déficit de legitimidad en el espacio social? De acuerdo con Berger y Luckmann, la función de los procesos de legitimación consiste en que las objetivaciones de primer orden ya institucionalizadas lleguen a ser objetivamente disponibles y subjetivamente plausibles (1966:118-119). Legitimar es explicar y justificar, apuntan los autores (Berger y Luckmann, 1966:120). La presión observada sobre las mujeres no-madres da cuenta de la poca legitimidad que tiene esta opción vital. La presión desde lo que se denominó la esfera social amplia, la familia y desde la medicina, da cuenta de cuán desconcertante resulta que una mujer en pareja no desee tener hijos.

Howard S. Becker (1963) sostiene que quienes rompen las normas que el grupo se ha dado son etiquetados como “extraños” o “ajenos”. Este autor argumenta que la desviación es producida por el propio grupo, al establecer normas cuyo incumplimiento acarreará a los infractores el lugar de “extraños”. Tenemos entonces, que la desviación o la conducta no-normativa no está en el acto per se, sino que es una consecuencia de la aplicación del marco normativo propio del grupo. Además, las conductas no normativas o desviaciones son necesarias para el mantenimiento de las normas sociales (Durkheim, 1985 en Park, 2002: 25). La norma no puede ser construida sin la referencia a lo anormal, a un “afuera” que delimita y sirve de escarmiento. De acuerdo con Goffman (1963), estar desacreditado en relación con las expectativas que el contexto define como “normales” tiene efectos significativos en el marco de la interacción. Lo que se percibe como práctica social dominante, tiene un peso muy importante en el posicionamiento identitario en el discurso del sujeto, especialmente cuando se estudian prácticas no normativas.

Esto será particularmente claro en las cuestiones de parentalidad y reproducción, donde la normatividad está revestida de instinto y naturalidad, por ello veremos más adelante que las acusaciones hacia las no-madres giran en torno a la desnaturalización, inmadurez y egoísmo. Las mujeres entrevistadas, mediante diversas estrategias discursivas, resisten la presión⁴⁰ ejercida sobre su opción y se acercan otros modelos y valores⁴¹ que vuelven más inteligible culturalmente su decisión. Las mujeres no-madres se inscriben en marcos (con valores, espacios y prácticas) no tradicionalmente femeninos. Diríamos con más precisión que no se inscriben *solamente* en estos marcos, sino que los combinan.

La distinción que hacen Berger y Luckmann de los diferentes niveles de legitimación resulta muy útil para evaluar el nivel de legitimidad del que gozan las prácticas no-normativas como la NMV:

En el primer nivel sitúan el vocabulario de parentesco mediante el cual hacemos asociaciones de lo que está nombrado en el mundo; el segundo serían las proposiciones teóricas rudimentarias tales como proverbios, cuentos, máximas

⁴⁰ Véase el apartado “La presión y la acusaciones” en p. 82.

⁴¹ Véase el capítulo VI “El modelo identitario de la NMV” p. 97-114.

morales...; el tercero nivel haría referencia a las teorías explícitas y el cuarto a universos simbólicos que, en tanto universos son capaces de contener toda la experiencia humana (Berger y Luckmann, 1966: 120-124).

Siguiendo este esquema podemos primero observar que “*no hay significativo para nombrar a la mujer que no es madre*” (Tubert, 1991:121). Carolyn Morell abunda sobre ello y subraya la ausencia de una palabra equivalente a soltera (no casada) para mujeres no madres. Morell repasa los términos que existen en inglés: *childless* (que implica carencia), *childfree* (que sugiere que estas mujeres quieren deshacerse de los hijos) y *nonmothers* (que refuerza la idea de que la norma es lo que hay que negar como en *nonwhite*) (1993: 86). También se refieren a ello como “cuestionamiento de la opción parental” o DINK. Sin embargo, la ausencia de vocabulario para designar esta condición, refuerza la imposibilidad para concebirla como opción. Llevándolo un paso más allá, Tubert reflexiona: “*si no es hombre ni madre, no es nada*” (1991:121).

En el segundo nivel, encontramos proposiciones teóricas detractoras de esta opción, que conminan y apresuran a tener hijos tales como “vientre que no da hijos, da tumores” (Ávila, 2005: 123). Por supuesto esto es apenas una aproximación intuitiva, haría falta un análisis mucho más profuso y extenso sobre las representaciones y teorías explícitas en torno a las mujeres que deciden no tener hijos.

Aunado al déficit de legitimidad de la NVM, es notable la ausencia de rituales de transición en el ciclo vital femenino si se opta por la no-maternidad. En el modelo tradicional, el matrimonio, el inicio de la vida sexual y la maternidad suponían hitos de entrada a la madurez femenina. Augé señala que el objetivo del ritual es establecer, reproducir o renovar las identidades individuales ó colectivas (1996: 36). Los rituales en tanto figura simbólica capaz de conjugar al individuo con la colectividad y al sí mismo con el otro (Augé, 1996:42), podrían ayudar a la visibilización social y legitimidad al modelo identitario de la NMV. El ritual tiene el poder de otorgar sentido social, en este caso al modelo identitario, y con este, la capacidad de obrar, de atestar (2005:155) que se es no-madre.

¿Cómo es entonces que la decisión de permanecer sin hijos es un fenómeno creciente pese a su carácter no-normativo?; ¿Por qué sostengo que trasciende las especificidades de la historia individual de cada mujer?; ¿Qué lógicas sociales y fuerzas estructurantes explican la NMV? Las lógicas sociales y fuerzas estructurantes que explican la NMV están en el plano subjetivo, pero también en el objetivo. Ofrezco tres posibles explicaciones que desarrollo en los apartados siguientes.

Las formas de organización domésticas y laborales

La primera explicación que puedo ofrecer es que existen esquemas institucionales que vuelven más atractiva la opción de la NMV. Entre estos arreglos está la incipiente parentalidad que prevalece, pues las mujeres entrevistadas seguían dando por descontado que la mayor parte de las responsabilidades de crianza y cuidado serían de la madre.

La incipiente parentalidad en sociedades como la mexicana refuerza sin duda la opción por la NMV. La parentalidad, en esta acepción, ya no se refiere solo a la reproducción, sino a la inclusión de ambos progenitores sin distinción de sexo o género en el proceso de engendrar, concebir, parir y criar (Neyrand, 2002; Kniebihler y Neyrand, 2004). Si la responsabilidad de la gestación, parto, lactancia, crianza y cuidado de los hijos recae principalmente en las mujeres, esto respalda el supuesto de las no-madres de que hay que tener *mucha* vocación de madre para aceptar una tarea de tal envergadura.

Creo que estoy muy consciente de que las que cambiarían serían las mías y no las de mi pareja, porque es algo que se ha hablado ¿no? En este, en esta planeación digamos no muy profunda de tener un hijo si se ha hablado de que alguien tendría que asumir como el cuidado del hijo ¿no? Y renunciar por el momento los primeros años por lo menos a no sé, actividades de, de estudiar algo de laborar ¿no?

Jimena de 40 años

Es en este sentido que las mujeres entrevistadas daban cuenta de las renunciaciones que serían madres, en la concepción de maternidad que tienen les supondría. Si atendemos al imaginario reflejado en las entrevistas, parece que las repercusiones económicas y de movilidad serían compartidas por la pareja; menos dinero, menos

posibilidad de viajar y salir y entrar libremente. Sin embargo, las renunciadas corporales, de tiempo y de desarrollo laboral serían sobretodo de ellas. Las discontinuidades en las trayectorias laborales hacen mucho más difícil reinsertarse y mantenerse competitivo en el mercado laboral.

La profesión representa un área de suma importancia para las mujeres no-madres; es un ámbito de la vida muy apreciado. Lo sabemos por el peso que le dieron en sus narraciones y por cómo describían tener que renunciar a ello, en pos del maternaje. Esto también nos habla del poco reconocimiento que perdura respecto a los quehaceres domésticos.

En un contexto global de trayectorias profesionales precarias, las mujeres que deciden no tener hijos pueden manejar mejor el riesgo y la incertidumbre, además las favorece la flexibilidad y dedicación exclusiva.

Por otra parte, esto tiene un correlato institucional; pues el cuerpo legal, las políticas estatales y las laborales tienen mucho trabajo por delante para poder asegurar que el trabajo de reproducción y crianza sea compartido por ambos progenitores de manera equitativa, y con las mismas repercusiones para sus esquemas vitales y profesionales.

Estructuras de plausibilidad

En segundo lugar, aquello que aporta la “plausibilidad subjetiva” y vuelve “objetivamente disponible” la NMV -lo que Berger y Luckmann llaman “*estructuras de plausibilidad*”- puede provenir de diferentes fuentes.

Como ya exponíamos, esta elección reproductiva contraviene a lo que -todavía- se considera normativo y sufre de un importante déficit de legitimidad, pero observamos también que es un fenómeno creciente y que rebasa la excepcionalidad de las biografías particulares. Pese a toda la presión directa y simbólica: ¿Cómo es que las mujeres alcanzan la certeza necesaria (al menos provisional y reiterativa) de que la NMV es un proyecto de vida transitable, una identidad habitable?

Berger y Luckmann sostienen que la realidad subjetiva siempre depende de las estructuras de plausibilidad específicas (1966: 192). El modelo identitario de la

NMV no sería posible si no existiera la base social “para la suspensión particular de dudas, sin la cual la definición de realidad no puede mantenerse en la conciencia” (Berger y Luckmann, 1966: 193). En este sentido, me pregunto por aquello que hace posible la existencia de la NMV como modelo identitario plausible. Por modelo identitario plausible estoy entendiendo aquel que aporta el orden simbólico necesario para aprehender subjetivamente la pluralidad sincrónica y diacrónica del individuo (en Lahire, 1998: 36 ; Berger y Luckmann, 1966: 125). La NMV es una de las nuevas formas de individualidad a las que apuntan Dubar (2002) y Beck (1999), pues supone un distanciamiento de los papeles sexuales instituidos (Dubar, 2002: 88).

Gran parte de las entrevistadas hablaban de mujeres cercanas (generalmente en la familia) que sirven de modelo y que transmiten la certeza de que la NMV es un proyecto vital transitable. También parece que el “hacer pareja”, así como la identidad/ reconocimiento provenientes del ámbito laboral, “rellenan” la vida. Finalmente, algunas de las escasas representaciones culturales de mujeres que deciden no ser madres, pueden ayudar a inspirar o reafirmar la elección de la NMV.

La principal fuente de plausibilidad del modelo de NMV proviene de las familias. De las diez mujeres entrevistadas, seis afirmaron tener otros casos de NMV en su familia. Para algunas hubo familiares cercanas que habían optado por no tener hijos y que les transmitieron la certeza de que sí se puede llevar a cabo tal opción vital como la hermana mayor de L.P o en el caso de la tía de Cristina:

Además de que tenía una tía por parte de mi mamá que no tuvo hijos; yo decía “yo sé que perfectamente que se puede hacer pareja” (...) Entonces creo que esto con la posibilidad de mi tía... pues me da como la opción de decir “Ah! Pues igual puedo no tener hijos y se vale”.

Cristina de 38 años

Saber que algo se puede, se vale, no es cosa menor cuando hablamos de transformaciones en los modos de identificación. Aún cuando no se tiene descifrado cada detalle, se vuelven modos posibles de imaginar y operacionalizar.

En otros casos, eran las entrevistadas quienes a su vez influyen en mujeres más jóvenes de su familia, que observando el modelo de la NMV empiezan a considerarlo:

Cuando el menor se casa, dice “Bueno nosotros teníamos pensado tener hijos” –pero como el de en medio tuvo un hijo y nosotros no– Dice: “no, entre el modelo de A. y Alejandro, y el de Octavio” –que es el hermano de en medio– y deciden también no tener

Cristina de 38 años

Ni mi hermano ni yo vamos a tener hijos

Laura de 37 años

No es que la opción por no tener hijos se inspire o se contagie, pero es mucho más fácil optar por un modelo identitario poco visible y poco legitimado, cuando alguien cercano a ti lo ha llevado a cabo, te ofrece ese “modo de ser” e incluso te sugiere algunas estrategias para lidiar con la presión. Cristina decía sentirse “respaldada” por su tía y cuando le preguntaba a Angélica cómo había llegado a tener la conciencia de que realmente no quería hijos, ella enfatizaba:

Es que es una cadena, nosotros no tuvimos una mamá que “si tenías novio”, “si te casabas” y nunca dijo es que el deber son los hijos, a lo mejor si nos hubiera dicho...

Angélica de 48 años

Entre las entrevistadas tenemos mujeres que están en grupos de acompañamiento femenino y también está muy documentado el creciente número de asociaciones de parejas sin hijos en Estados Unidos, Inglaterra y la India (Paul, 2001; Basten, 2009). Además de promover su reconocimiento, se establecen fuertes vínculos entre quienes comparten esta opción vital, pues como comunidad de sentido (Berger y Luckmann, 1995: 11) provee referentes identitarios y sentido de pertenencia. En México estas asociaciones no son visibles aún, pero es posible que comiencen a proliferar a la par con la NMV.

También en las representaciones de mujeres en la cultura pueden encontrar eco las mujeres que empiezan a considerar no tener hijos:

Me reafirmo cuando tenía como 19 años y leía Rayuela, de Julio Cortázar. Hay una parte donde está Oliveiro platicando con la Maga con respecto a su maternidad y luego le dice... Oliveiro la presiona ¿no? palabras más, palabras menos de que si va a tener un hijo, y que quiere un hijo, no solamente quiere que le haga bife, quiere que le haga un hijo. Y la maga sentada, echada en su cama, le dice: “Bueno la maternidad es para las mujeres que no tienen algo más importante que hacer en sus vidas.”

En realidad habría que hacer otro proyecto de investigación para constatar que en las representaciones sociales las mujeres sigan presentándose en términos dicotómicos; amas de casa o profesionistas. Sin embargo se puede intuir que siguen siendo muy pocas las imágenes de mujeres adultas en pareja que han decidido no tener hijos.

La NMV como proyecto inteligible culturalmente

En tercer lugar podemos constatar que la NMV se inscribe en otros marcos valorativos y normativos que la vuelven *inteligible culturalmente*.

La movilidad, flexibilidad y autonomía que se asocian a la decisión de permanecer sin hijos, son valores y esquemas de acción transferibles de un ámbito de acción a otro. Las mujeres no-madres no tienen esta sensación de “partirse en 25”, que observan en las madres profesionistas. En un ambiente de tanta incertidumbre, las mujeres dijeron no sentirse con las claridades suficientes para asumir las responsabilidades que conlleva tener hijos. En suma, los valores del modelo identitario de la NMV y los propuestos por el mercado laboral y el orden económico-político, en general, son concurrentes:

“La rapidez de la movilidad, la capacidad de actuar eficazmente sin importar de la distancia y la libertad de movimiento que ofrece la inexistencia de compromisos localizados – o su carácter fácilmente revocable- son hoy en día los principales factores estratificadores a escala tanto mundial como local” (Bauman, 2001: 51)

La NMV resulta una decisión y un esquema de vida sensato a la luz de los valores que económica, política y simbólicamente se enaltecen en el orden social contemporáneo. No estoy diciendo que el orden social sea monolítico y simple, su principal característica es la pluralidad, por ello es que el individualismo, la autonomía, la movilidad y flexibilidad son sumamente pertinentes para navegar dentro de él.

Siguiendo con Lahire, lo que incorporan las mujeres entrevistadas no son estructuras sociales –ej. Valores profesionales neoliberales–, sino hábitos y

esquemas de acción; de hacer, sentir y pensar, modos de ser. Las identificaciones son para Lahire, uno de los modos en que se exhorta implícitamente la transmisión cultural de modos de ser (1998:130).

Estos sistemas de hábitos dependerán de los ámbitos de prácticas en que se encuentren (Naville, P. en Lahire 1998: 36). En sociedades plurales como las contemporáneas, los hábitos y ámbitos de acción son múltiples, heterogéneos y contradictorios. Sin embargo, en el trabajo de campo al trabajar con narrativas de identidad, observamos que prevalece el afán unificador, el esfuerzo por dar coherencia al relato de sí. La ilusión ser uno mismo en todos los ámbitos sigue siendo considerada una virtud.

La propuesta teórica de Lahire, podría parecer interpelada con las expresiones como “partirse en 25”, en las que las mujeres afirmaban que es posible hacer *switch* entre un ámbito de acción y otro, vertiginosamente durante el día a día, pero que resulta extenuante y nada deseable. Sin embargo, retomemos la cita que planteamos anteriormente, “cambiar de contexto es cambiar las fuerzas que actúan sobre nosotros” (Lahire, 1998: 88). Esto permite sostener que los valores y normas que dan contenido al modelo identitario de la NMV tales como la autonomía, la flexibilidad o la movilidad, son transferibles de un ámbito de acción a otro. El hecho de que sean concurrentes los valores enarbolados en el modelo profesional y los del modelo identitario de la NMV por supuesto no es casual. La transferibilidad les viene de las condiciones de plausibilidad que aludíamos anteriormente, de las formas objetivas de organización de la vida social (1998: 127). Esto explicaría por qué las madres que trabajan representan la antítesis de las no-madres; por qué se les acusa de incongruentes e irresponsables al tiempo que se compadece su complicada situación. Las madres que trabajan no navegan en ámbitos de acción con valores transferibles; sus esquemas de acción no son generales sino particulares. Lo cual no puede sino devolvernos la mirada hacia las fuerzas estructurantes y lógicas sociales que así lo determinan. La serie de disposiciones y modos de actuar que despliegan como profesionistas no son transferibles al ámbito de acción privado donde se ejerce la maternidad, y del mismo modo los esquemas de acción propios de lo materno no pueden llevarse a otros espacios determinados por el mercado laboral neoliberal. Este forzoso ajuste es el que es percibido como agotador en la expresión de “partirse en 25”.

Tenemos pues, formas objetivas de organización social opuestas y complejas, como era de esperarse en una sociedad plural. Por un lado, hay estructuras de plausibilidad, tanto familiares como normativas, que permiten volver inteligible la opción por la NMV. Sin embargo, las representaciones culturales, sociales y mediáticas de mujeres no-madres aún son incipientes. La figura de la mujer que decide no tener hijos todavía carece de legitimidad y de rituales que permitan transitar por este ciclo vital. No obstante, la NMV se sostiene en valores muy ad hoc con las sociedades plurales e inciertas en las que vivimos; flexibilidad, movilidad, autonomía, individualismo. Al erigirse la madre que trabaja como el contra-modelo de las mujeres que optan por la NMV, se refuerza la dicotomía excluyente entre mundo doméstico y mundo laboral, así como el modelo tradicional de parentalidad en donde la mujer realiza la mayor parte de las labores de crianza y cuidado de los nuevos individuos. Este sucinto panorama quiere poner de relieve las transformaciones y continuidades que rodean al fenómeno de la NMV.

VIII. Apuntes finales

Como ya afirmaba en la introducción de esta investigación, me parece que la decisión de permanecer sin hijos es un excelente ejemplo del cambio sociocultural y de la transformación de las identidades femeninas. Para enmarcar el problema de investigación hay que considerar los cambios en las formaciones identitarias contemporáneas; como es que debilitados los marcos tradicionales, el individuo se vuelve responsable de la construcción de sí y la ansiedad que esto conlleva. Esto se suma a las enormes transformaciones que ha habido en la vida de las mujeres en las últimas décadas; la transformación de las formas de vida privada, el control de la natalidad y el acceso a nuevas fuentes de identificación como la laboral.

Siguiendo la distinción generacional de Dubar, la inserción laboral de la generación pionera y el paso de las trayectorias laborales femeninas pre-matrimoniales, a las discontinuas y a las sostenidas, no es un proceso claro y lineal. Por si esto fuera poco, el mundo laboral, ya sin distinciones de género, se ha complejizado muchísimo; los empleos se vuelven precarios y se descolocan en el tiempo y en el espacio. Prevalen las contrataciones temporales, la movilización constante y la incertidumbre, mientras que el individuo absorbe la responsabilidad de prepararse y mantenerse competitivo. Es, desde este panorama de triple complejidad cambiante y convulsa (en lo identitario, en la vida de las mujeres y en los esquemas laborales) que intentamos discutir la formación de un modelo identitario femenino desde la no-maternidad.

Así fue como la pregunta por las formas de identificación que se relacionan con la opción de la NMV en mujeres mexicanas guió esta investigación. Las diez mujeres con las que trabajé comparten la condición de vivir y construir su proyecto de vida desde esa condición de no-maternidad. Las recurrencias que aparecieron en el discurso de las mujeres entrevistadas nos permiten afirmar efectivamente hay un modelo identitario configurándose en torno a la decisión de permanecer sin hijos. La NMV es una decisión reiterativa que se materializa en las prácticas anticonceptivas, digamos entonces que la práctica de la NMV es constitutiva de identidad. En otras palabras, la decisión y práctica cotidiana de ser mujer que ha

elegido permanecer sin hijos, da lugar a una serie de estrategias para manejar la presión, formaciones discursivas y posicionamientos identitarios, propios de la NMV.

La NMV se perfiló como una opción de continuidad y de reivindicación del tiempo y el cuerpo propio. Observé que la decisión no es puntual y tajante, sino que se construye a través de muchas consideraciones multifactoriales y que se revisita en determinados momentos biológicos y sociales. El ejercicio de la no-maternidad está directamente relacionado con el actuar sobre el propio cuerpo, a través de prácticas anticonceptivos. Existe un deseo afirmativo por permanecer como se ha experimentado a sí misma, así como una marcada falta de deseo de tener hijos y de ser madre. Los hijos son desmitificados como la felicidad, cuidadores de la vejez o compañía, y en cambio, son significados como compromiso y responsabilidad de por vida.

Tener hijos no reporta mayores satisfacciones emocionales de los que puede proveer el “hacer pareja” o el desarrollo profesional. Las mujeres mencionaban una falta de vocación materna, pero paradójicamente también señalaban la presencia de un “reloj biológico” que marcaba determinadas etapas con impulsos maternales. Resalta el control ejercido desde el discurso médico y las conminaciones de sus madres y suegras para que tuvieran hijos. Ellas dieron cuenta del despliegue de estrategias que hacen frente a todas estas formas de presión social.

Los valores que dan sentido a la opción por la NMV en tanto decisión son la responsabilidad, la congruencia y la conciencia. Con frecuencia eran enarbolados en el discurso de las entrevistadas, y en otras ocasiones tomaban la forma de crítica a otras mujeres inconscientes, que tienen hijos por tenerlos; incongruentes porque cuando los tienen no quieren renunciar a nada; e irresponsables porque no atienden de manera intensiva y exclusiva a sus hijos.

Ahora bien, los valores que dan sentido a la opción por la NMV en tanto práctica cotidiana y condición vital son la autonomía y la libertad, la flexibilidad y la movilidad. El ser dueñas de su tiempo y de sus decisiones, poder trabajar sin culpa y estar solas con ellas mismas, son esquemas de vida de las mujeres no –

madres que reportaron con un tono mitad apologético, mitad triunfalista. Además, las mujeres entrevistadas deciden dedicarse de manera exclusiva e intensiva a una actividad visible en el espacio público, lo cual es una fuente de identidad laboral, reconocimiento e individualidad extra-doméstica. Se concede un lugar muy importante al desarrollo profesional y además se enfatiza la realización de sí, consistente en una tríada de estudios, viajes y trabajo. Los hijos son asociados con responsabilidad y compromiso, como aquello que ata a la casa y exige tiempo y atención. Es sumamente interesante que se evalúe la posibilidad de tener hijos en términos muy pragmáticos de la inversión y las renunciaciones que supondría, contra la satisfacción emocional que podría reportar.

Repito que esta investigación disiente con quienes postulan que la NMV es producto de especificidades biográficas del individuo y que es un ejemplo marginal y excepcional. Las condiciones históricas y sociales que permiten el abandono del hogar familiar y el estudio hasta niveles medio superior, parecen estar relacionadas con un proceso de subjetivación y distanciamiento de la norma que favorecen la NMV. Además, muchas mujeres entrevistadas eran inspiradas o inspiraban a otros familiares a decidir no tener hijos, haciendo visible y atestando su capacidad para optar por la no-maternidad y construir un proyecto de vida femenino sin hijos. Tener la certeza de que se puede optar por tal o cual forma de identificación permite la adopción de modelos no-tradicionales.

Este distanciamiento de la norma implica un proceso de subjetivación; de constitución en tanto sujeto que puede dar cuenta de sí mismo de forma narrativa y reflexiva. La opción de la no-maternidad en tanto, negación a desempeñar el rol de madre, se constituye como una nueva forma de identificación femenina. De algún modo en esta alquimia, el distanciamiento se vuelve productivo y multiplicador. Las mujeres entrevistadas dan cuenta de cómo el actor contemporáneo puede echar mano de diferentes repertorios y esquemas de acción (Lahire, 1998). En el discurso de las entrevistadas, se combinan valores muy tradicionales, con otros atípicos y conviven normas sociales y de género contradictorias.

Además de esta plausibilidad subjetiva, los esquemas institucionales tanto domésticos como laborales están dispuestos de tal modo que el maternaje y el desarrollo profesional e individual parecen sumamente difíciles de compaginar. Las no-madres construyen discursivamente una disyuntiva; a ellas les parece que no se puede tenerlo todo, que hay que elegir para poder llevar a cabo apuestas de vida cabales. En este sentido, el contra modelo que aparece en las entrevistas, aquel *otro* contra el que se dibujan las mujeres entrevistadas, son la madres que trabajan. La capacidad de ser *multitask* parece depreciarse, pues la describen como extenuante, como “partirse en 25”. Más aún, no se les critica en tanto profesionistas, sino como malas madres que lo quieren todo.

Los esquemas de acción y hábitos incorporados por las no-madres para actuar en el ámbito laboral y en la vida en pareja, parece que gozan de una alta transferibilidad. En contraposición, las madres que trabajan se “parten” porque los ámbitos de acción en los que se desarrollan requieren hábitos y modos de hacer, pensar y sentir, muy diferentes.

Esto nos está hablando de una concepción de la maternidad como ocupación intensiva y exclusiva, que debe realizarse de forma abnegada y totalizante. También se perfila un ideal de hiper-especialización de tareas en el que algunas mujeres se dedicarían al trabajo reproductivo, mientras otras optarían por el trabajo remunerado extra doméstico. En las entrevistas, la maternidad no aparece como un problema, ni del arreglo institucional para volver compatibles la vida laboral y el maternaje (guarderías, licencias de maternidad y paternidad), ni de apostar por una parentalidad en la que la crianza sea una tarea de ambos progenitores.

Françoise Heritier afirma que para abonar a la disolución de la jerarquía entre géneros resulta fundamental redefinir conceptos como “mujer”, “maternidad” y “trabajo” (2007: 339-341). Uno de los propósitos más firmes de esta investigación es contribuir a la desestabilización de las definiciones y referentes simbólicos estáticos, monolíticos, unívocos y estrechos de las mujeres. Me parece que la elección de estas mujeres no-madres ha contribuido a la desestabilización de definiciones y referentes simbólicos monolíticos, unívocos y estrechos de la mujer.

Sin embargo, el trabajo de campo arrojó complejidades inesperadas; hay un reforzamiento de la dicotomía que separa y excluye al proyecto de los hijos, del de la individualidad y el desarrollo profesional femenino.

Resulta paradójico que el discurso de las mujeres no-madres entrevistadas refuerce la norma de dedicarse plenamente a la maternidad o mejor no hacerlo en lo absoluto. En este sentido, el supuesto que permanece intocado en el discurso de las mujeres entrevistadas es que los hijos son en mayor medida obligación, responsabilidad y compromiso para las mujeres. La crianza de los hijos sigue siendo para estas mujeres un trabajo femenino y de tiempo completo, concepción que refuerza su opción de no realizarlo. Aparece la opción, pero no se desdibuja el imperativo; por el contrario se fortalece. Optar por la no-maternidad pudiera irónicamente reforzar la tradición (en tanto formación social de largo aliento y alcance) de que la crianza es un asunto femenino y que es incompatible con el desarrollo profesional de la mujer. Podemos sostener pues, que la NMV es una respuesta biográfica a tensiones y contradicciones sociales, que sin embargo, se reconducen al ámbito de lo privado, de lo excepcional, de lo desviado. Es necesario re-articularlo políticamente, tanto para la visibilización de esta opción vital, como para pensar las circunstancias sociales de las que deriva.

En síntesis, me resulta ineludible la lectura política que puede y debe hacerse de la NMV como sintomática de los tiempos inciertos que corren y de las formas de organización domésticas y públicas que nos hemos dado y en este mismo sentido, espero que la presente investigación contribuya a la desnaturalización de la maternidad, a impulsar una mayor parentalidad y a la creación de nuevos esquemas sociales, tanto laborales como domésticos, que permitan la elección de una gama cada vez más amplia de proyectos femeninos de vida.

Bibliografía

Abma, J.C. y Martínez, G.M. (2006) "Childlessness among older women in the United States: Trends and profiles" en *Journal of marriage and family*. No. 68. Pp. 1045-156.

Arfuch, Leonor (2002a) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. México: FCE.

_____ (2002b) "Problemáticas de la identidad" en *Identidades, sujetos y subjetividades*. Arfuch, L. (Comp.) Buenos Aires: Prometeo

Arriaga, Mercedes (2006) "Estudios de género y teoría de la comunicación: nuevos territorios y nuevos retos" en *Escritoras y escrituras*. No.4 Marzo 2006.

Augé, Marc (1996). *El sentido de los otros*. Paidós. Pp. 13-43 [1ª. Ed: 1994; 1ª. Ed. Castellano: 1996]

Ávila, Yanina (2012) "Mujeres sin hijos: el desacato a la maternidad" en *Género, sexualidad y etnicidad: un caleidoscopio*. Gómez Suárez, Águeda (coord.) Santiago de Compostela: Andavira

_____ (2005) "Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres" en *Desacatos*, enero-abril, No. 017 Pp. 107-126.

_____ (2004) "Desarmar el modelo mujer=madre" en *Debate feminista*, Octubre 2004. Vol. 30, Año 15, Pp. 35-54.

Badinter, Elizabeth (2003) *Hombres/Mujeres Cómo salir del camino equivocado*. Buenos Aires: FCE

_____ (1980) *¿Existe el amor maternal?*. Barcelona: Paidós- Pomaire. 1era ed. (1981).

Bartra, Eli, M. Fernández, Anna Poncela y Ana Lau. (2000) *Feminismo en México, ayer y hoy*. México: UAM

Basten, Stuart (2009) "Voluntary childlessness and being Childfree" en *The future of human reproduction*. Working paper #5: St. John's College Research Centre, University of Oxford and the Vienna Institute of Demography, Austrian Academy of Science.

Bauman, Zygmunt (2007) *Tiempos líquidos: vivir una época de incertidumbre* (2007) Busquets España [2009]

_____ (2005) *Identidad*. Buenos Aires: Lozada.

- _____ (2003) *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México: FCE (2005)
- _____ (2001) *La sociedad individualizada* Cátedra: España [2007]
- Beauvoir, Simone de (1989) *El segundo sexo*. México: Alianza.
- Beck, Ulrich (comp). (1999) *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. España: Paidós (2007).
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elizabeth (2001) *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós [2003].
- Berger Peter. y Luckmann, Thomas (1966) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1995) *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós.
- Biglia, Barbara y Bonet, Jordi (2008) *La construcción de narrativas como método de investigación psicosocial. Prácticas de escritura compartidas*. Forum: Qualitative Social Research. Vol.10 No.1 Art.8
- Bourdieu, Pierre (1994) *Razones Prácticas*. Barcelona: Anagrama Pp.74-83 (Anexo 1. La Ilusión Biográfica)
- _____ (1998) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. 6ta edición. [2010]
- Bürger, Crista. y Bürger, Peter (1998). *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid: Akal. Pp. 9-28, 221-340
- Burin, Mabel y Meler, Irene (1998) *Género y familia. Poder amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith. (1993). *Cuerpos Que Importan. Sobre Los Límites Materiales Y Discursivos Del Sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2004) *Deshacer el género*. Madrid: Paidós. Pp. 67-88.
- Caroll, Laura (2000) *Families of two: Happily married couples without children by choice*. Xlibris
- Cerri, Chiara (2010) "La subjetividad de género. El sujeto sexuado entre individualidad y colectividad" en *Gazeta de Antropología*. 26 (2) Julio – Diciembre. Disponible: http://www.ugr.es/~pwlac/G26_42Chiara_Cerri.html

Chodorow, Nancy. (1984). *El ejercicio de la maternidad: Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa.

Coffey, A. y Attkinson, P. (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Consejo Nacional de Población (2000) *Cuadernos de salud. Salud Reproductiva*. República Mexicana

Cuñat, Rubén (2007) "Aplicación de la teoría fundamentada (*Grounded theory*) al estudio del proceso de creación de empresas." en *Decisiones globales*.

De La Garza, Enrique. (s.f.) "Subjetividad, Cultura Y Estructura" En Biblioteca Virtual De Clacso ([Http://www.Clacso.Org](http://www.Clacso.Org))

De Lauretis, Teresa (2004): "La tecnología del género", en Millán de Benavides y Estrada (eds.): *Pensar en género, Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*. Bogotá: Universidad Javeriana de Colombia.

Dubar, Claude (2002) *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*. Barcelona: Bellaterra. Serie General Universitaria 15.

Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 1997, 2006, 2009.

Ezcurdia Valles, Claudia. (2005). *Ser mujer sin hijos y no morir en el intento*. México : UAM Xochimilco.

Foucault, Michel. (1976) *Historia de la sexualidad. 1. Voluntad del saber*. México: Siglo XXI. 3era ed. (2011)

Fuller, Norma. (2005) "Identidad femenina y Maternidad: una relación incómoda". Disponible en: <http://red.pucp.edu.pe/ridei/wp-content/uploads/biblioteca/081008.pdf>

Giddens, Anthony (1995) *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.

Gil, Eva (2002) "¿Porqué le llaman género cuando quieren decir sexo? Una aproximación a la teoría de la performatividad de Judith Butler" en *Athenea Digital*, No.002 Universidad Autónoma de Barcelona. Pp. 30-41

Gillespie, Rosemary. (2003) "Childfree and feminine: Understanding the gender identity of voluntary childless women." en *Gender & Society*, No.17 Vol.1 Pp. 122-136

Giménez, Gilberto (2009) "Comunicación, cultura e identidad: reflexiones epistemológicas" en *IV Coloquio Internacional de Cibercultur@ y Comunidades Emergentes de Conocimiento Local: Discurso y Representaciones Sociales*.

_____ (2002) "Paradigmas de la identidad", en Aquiles Chihu Amparán *Sociología de la identidad*, México: UAM Ixtapalapa pp.35-62

Guber, Rosana. (2011) *La Etnografía. Método, Campo Y Reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Goffman, Erving. (1963) *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu (2008)

Grinberg Leon, y Grinberg, Rebeca. (1976) *Identidad y cambio*. Buenos Aires : Paidós.

Hall, Stuart (1996) "Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?" en *Cuestiones de identidad cultural*. (2003) Stuart Hall y P. Dugay, (comp.) Buenos Aires: Amorrortu, pp. 13-39.

Héritier, Françoise (2007) *Masculino/Femenino II*. Argentina: FCE. Colección Antropología.

Hernández Sampieri, Roberto (2010) *Metodología de la investigación*. México: McGraw Hill

Knibiehler, Yvonne. (2000). *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Kristeva, Julia (2000) *El genio femenino. Hannah Arendt*. España: Paidós Ibérica
Lagarde, Marcela. (1993). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.

Lahire, Bernard (1998) *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra. (2004) Serie General Universitaria 39.

Lamastro, Valerie (2001) "Childless by choice? Attributions and attitudes concerning family size" en *Social behavior and personality*. No. 29. Pp. 231-244.

Lamas, Marta (1986) "La antropología feminista y la categoría "género"" en *Nueva Antropología*, Vol. VIII, No. 30. México.

Lanceros, Paul. (1996) *Avatares Del Hombre. El Pensamiento De Michel Foucault*. Bilbao: Universidad De Deusto (Iv: Poder)

Le Bretón, David. (2002) *Sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.

Letherby, Gayle (2002) "Childless and Bereft: Stereotypes and realities in relation to voluntary and involuntary childlessness and womanhood" en *Sociological Inquiry*. Vol.72. Pp. 7-20

- López S., Oliva (2010) *El dolor de Eva: profesionalización del saber médico en torno al cuerpo femenino en la segunda mitad del siglo XIX en México*. México: UNAM y Facultad de Estudios Superiores de Iztacala
- Martin, Binddy (1982) "Feminism, criticism and Foucault" en *New German Critique*. No 27 pp. 3- 31.
- Méndez, Ana Irene (2007) *Metodología y técnicas de investigación aplicadas a la comunicación*. Caracas: Universidad del Zulia.
- Menkes Bancet, Catherine y Mojarro, Octavio. (2007) "Preferencias reproductivas en el ultimo tramo de la transición demográfica en México" en *La salud reproductiva en México. Análisis de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003*. Secretaría de Salud/ México: UNAM, Pp. 107-113.
- Miettinen, Anneli (2010) "Voluntary or Involuntary childlessness? Socio-Demographic Factors and Childlessness intentions among childless finish men and women aged, Pp. 25-44.
- Molina, María Elisa (2006) "Transformaciones histórico culturales del concepto de maternidad y sus repercusiones en la identidad de la mujer" en *PSYKHE*, 15 (2), Pp. 93-109.
- Morell, Carolyn (1993) *Theorizing reproductive Diversity: Women and childless choice*. 6to Simposium nacional de investigación doctoral en trabajo social. Universidad de Ohio. Disponible en: https://kb.osu.edu/dspace/bitstream/handle/1811/33882/6_Morell_paper.pdf?sequence=1
- _____ (1992) "Necesitar y encontrar el valor" en *Childless by Choice: A Feminist Anthology*, Irene Reti (comp.), HerBooks, Santa Cruz CA. También disponible en *Debate Feminista* No.29. Pp. 40-46.
- Muraro, Luisa (1991) *El orden simbólico de la madre*. Madrid: Ed. Horas y HORAS.
- Ortner, Sherry (1974) *Is male to culture as female to nature*. En Zimbalist, Rosaldo y Lamphere (Comp.) *Women, culture and society*. Stanford: Standford University Press.
- Palomar, Cristina. (2005). Maternidad: Historia y cultura. (U. d. Guadalajara, Ed.) *La ventana* (22), Pp. 35-67.
- Park, Kristin (2002) "Stigma managment among voluntarily childless" en *Sociologic Perspectives*. No.45 Vol.1 Pp. 21-45
- _____ (2005) "Choosing childlessness: Weber's typology of action and motives of the voluntarily childless." en *Sociological Inquiry* No.75 Pp. 372-402.

- Paterna, Consuelo y Martínez, Carmen. (2005) *La maternidad hoy: Claves y encrucijada*. Madrid: Minerva Ediciones.
- Paul, Pamela (2001) "Childless by choice" en *American Demographics*, Num.23, Noviembre.
- Paz, Octavio (1950) *El laberinto de la soledad*. España: FCE.
- Pelton, Sara y Hertlein, Katherine (2011) "A proposed life cycle for voluntary childfree couples." en *Journal of Feminist Family Therapy*. No. 23. Pp. 39-53.
- Raymond, Emilie (2005) "La teorización anclada (grounded theory) como método de investigación en ciencias sociales: en la encrucijada de dos paradigmas" en *Cinta de Moebio*. No.023 Septiembre 2005. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Reguillo, Rossana (2000) "Anclajes y mediaciones de sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo". *Revista Universidad de Guadalajara*, (17), 50-55. Disponible en: <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug17/4anclajes.html>
- Ricoeur, Paul. (2005) *Caminos Del Reconocimiento*. Madrid: Trotta Pp. 143-156
- Rivas, Marta (1996) "La entrevista a profundidad: un abordaje en el camino de la sexualidad" en *Para comprender la subjetividad*, de Szasz Ivonne y Lerner, Susana. México: Colegio de México.
- Rome, Nancy (2006) "Childless: some by chance, some by choice" en *Washington Post*. 28 de Noviembre del 2006. Disponible en: <http://www.washingtonpost.com/wpdyn/content/article/2006/11/24/AR2006112400986.html>
- Sanhuesa Morales, Tatiana (2005) "De prácticas y significancias en la maternidad, transformaciones en identidad de género en América Latina" en *La ventana*. Núm.22. Pp. 146-188
- Sciolla, Loredana (s.f.) "Teorías de la identidad" en *Identita*, mimeo. Traducción de Gilberto Giménez
- Scott, Joan W. (1986) "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en *American Historical Review*. 90. Pp. 1053-1075
- Shaw, Rachel Louise. (2010) "Women's experiential journey toward voluntary childlessness: an interpretative phenomenological analysis" en *Journal of Community and Applied Social Psychology*. No.21 Pp. 151-163.
- Soria Trujano, Rocío. (2006). "Paternidad, maternidad y empoderamiento femenino" . *Revista electrónica de psicología Iztacala* , 9 (3), Pp. 86-10
- Testa, María Rita. (2006) *Childbearing preferences and family issues in Europe*. Eurobarómetro especial. Comisión Europea.

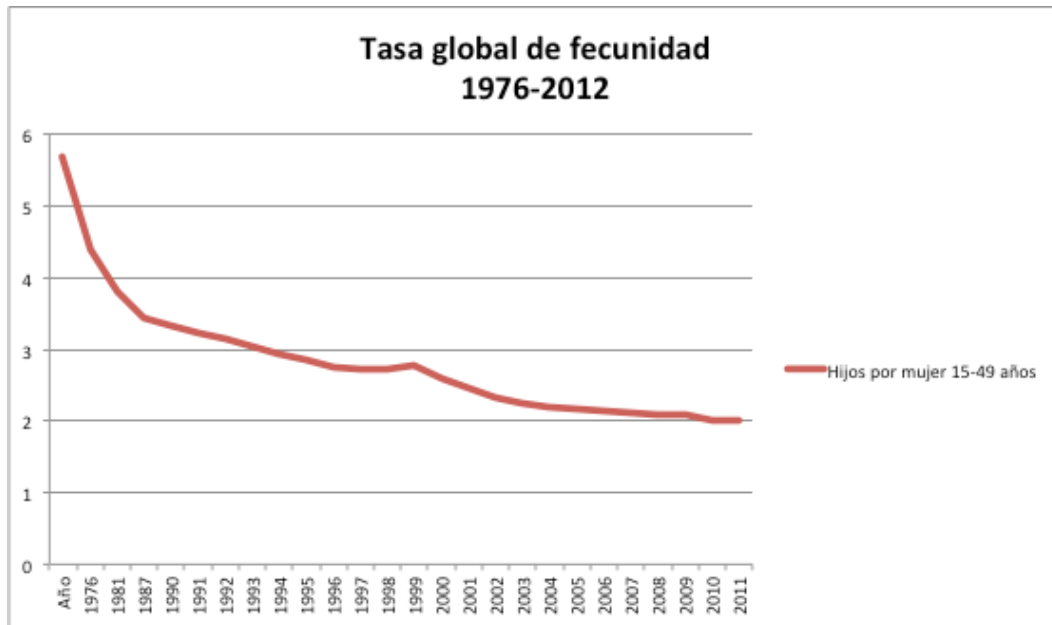
Tubert, Silvia. (1991) *Mujeres sin sombra: maternidad y tecnología*. Siglo XXI de Madrid: España Editores.

Vasallo de López, Inmacolata. (2000) "La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas". *Dia-lógos de la comunicación*, (56), 12-27. Disponible en:
<http://www.dialogosfelafacs.net/revista/upload/primepoca/pdf/56-02MariaVassallo.pdf>

Veevers, Jean. (1980) *Childless by choice*. Toronto: Butterwords

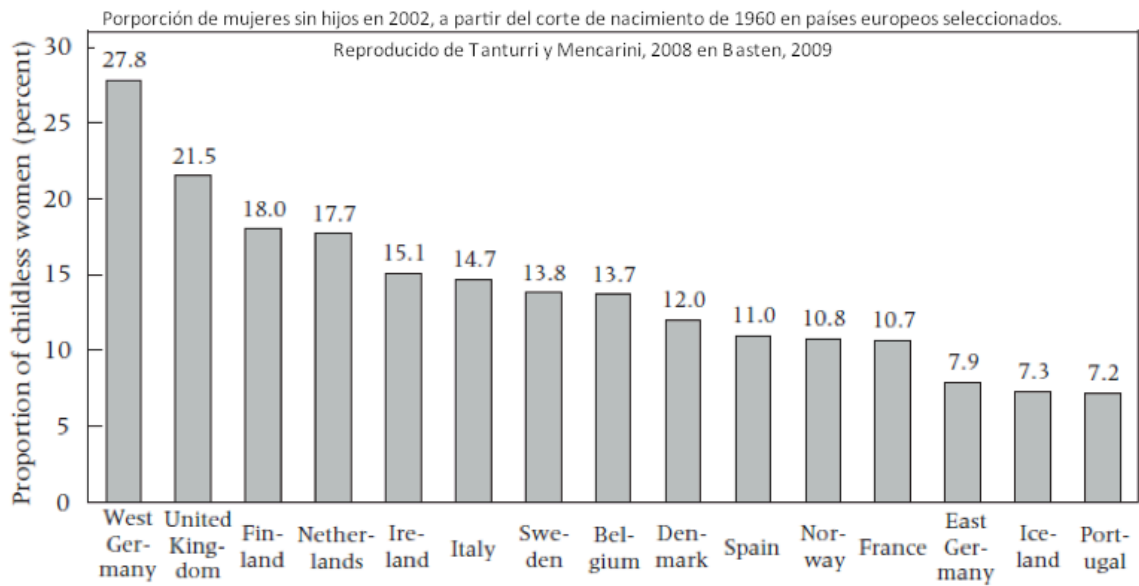
Anexos

Anexo #1 Tabla de la tasa global de fecundidad en México de 1976 al 2012



Elaborada con datos de INEGI/ Fecundidad y anticoncepción : Para 1976: SPP-IISUNAM. Encuesta Mexicana de Fecundidad,1976. México, D.F., 197. Para 1981: CONAPO. Encuesta Nacional Demográfica, 1982. México, D.F., 1985. Para 1987: Secretaría de Salud. Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud, 1987. México, D.F., 1989. Para 1990 a 2012: CONAPO. Indicadores demográficos básicos 1990-2030. www.conapo.gob.mx (Datos actualizados el 03 de enero de 2012).

Anexo #2 Tabla de la proporción de mujeres sin hijos en algunos países Europeos



Source: EUROSTAT - Cronos

Tabla de Tanturri y Mencarini (2008) en Basten (2009)

Anexo #3 Primera tabla “Las que ni tienen ni quieren”

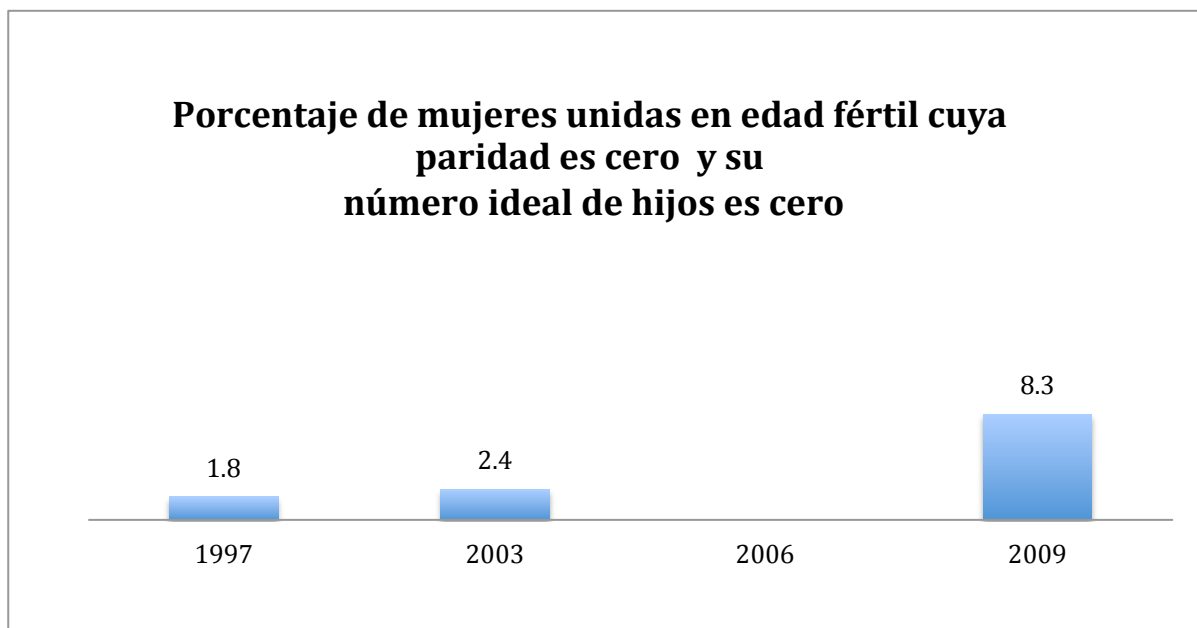


Tabla de elaboración propia con los datos desagregados de la ENADID 1997, 2006 y 2009, y la Encuesta de Salud Reproductiva de 2003.

Anexo #4 Segunda tabla “Las que ni tienen ni quieren”

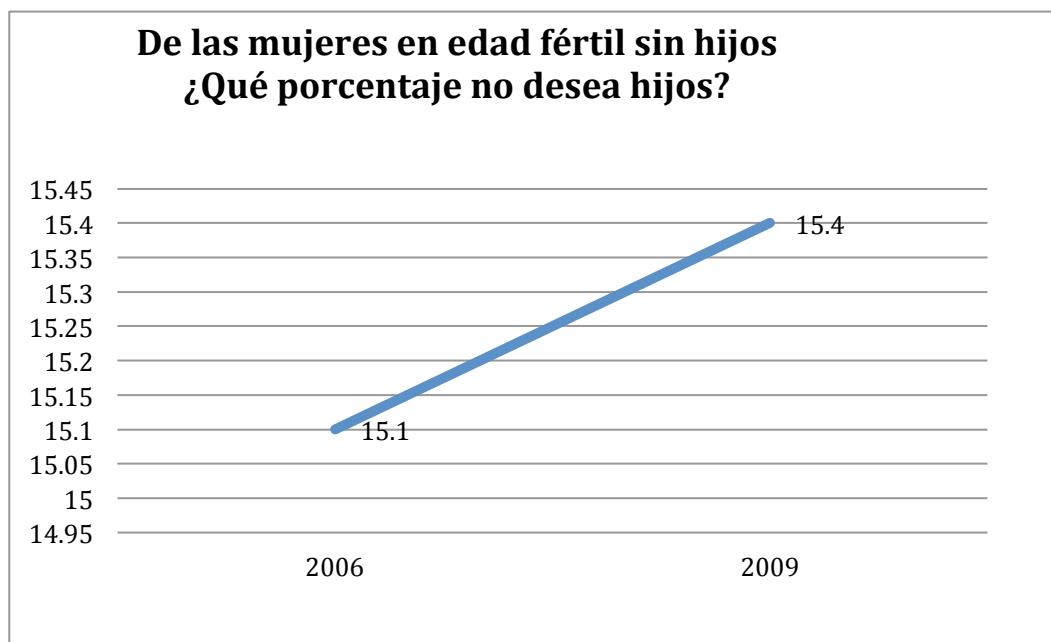


Tabla de elaboración propia con los datos desagregados de la ENADID 1997, 2006 y 2009, y la Encuesta de Salud Reproductiva de 2003.

Anexo #5 Tercera tabla “Las que ni tienen ni quieren”

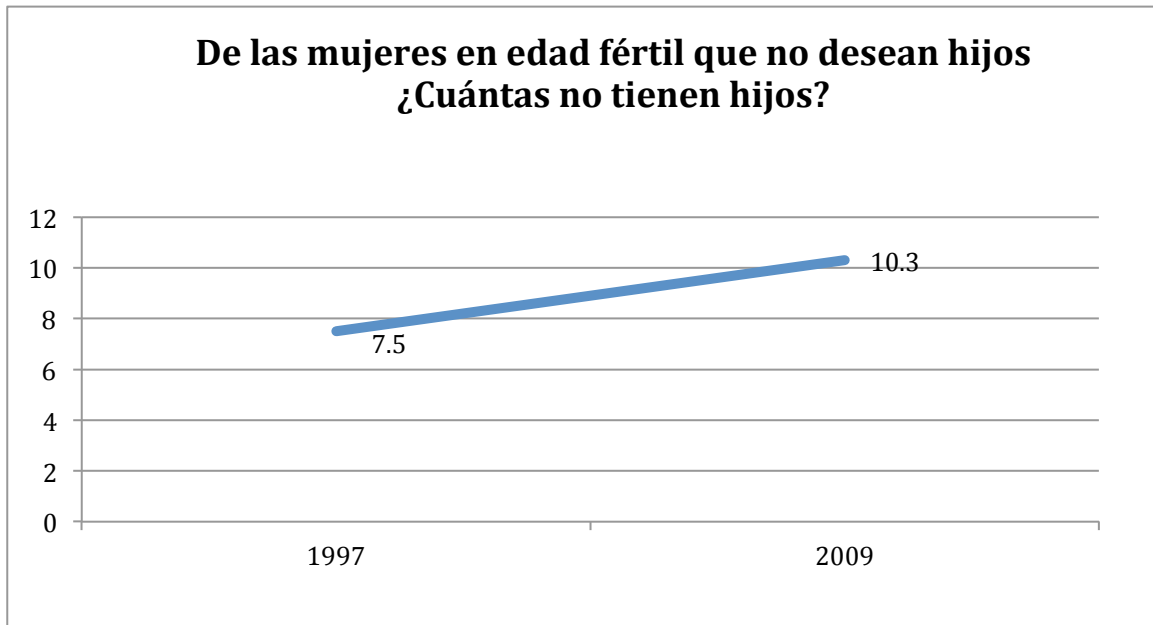


Tabla de elaboración propia con los datos desagregados de la ENADID 1997, 2006 y 2009, y la Encuesta de Salud Reproductiva de 2003.

Anexo #6 Guía de entrevista no-estructurada

Narrativa de Identidad

- Nombre, edad, ocupación
- Historia familiar
- Nacimiento, infancia, juventud
- Nivel de escolaridad
- Historia laboral
- Relaciones interpersonales (parejas, amigos)
- Momentos decisivos en su vida
- Adscripción religiosa
- Estructura familiar actual (Quiénes viven, cómo se distribuyen los gastos y las responsabilidades)
- Día / Semana cotidiano actual
- Proyecciones a futuro

Identidad femenina

- Experiencia subjetiva de "ser mujer"
 - Opciones de estudio
 - Opciones laborales
 - Responsabilidades / roles en la familia
 - Responsabilidades / roles en la pareja
- Comparación intergeneracional (en estudios, desplazamientos, trabajo, parejas)
 - Diferencias/ Similitudes con su madre
 - Diferencias/ Similitudes con su abuela
- Comparación horizontal
 - Comparación con otras mujeres de su generación (hermanas, primas, amigas, conocidas)
 - Comparación con otros hombres de su generación (su pareja, hermanos, amigos, conocidos)

Maternidad

- Relación entre "ser madre" y "ser mujer"
 - Instinto / Vocación maternal
 - Maternidad como elección propia, de pareja... de cuándo y cómo
- Definición de "ser madre"
 - Responsabilidades / roles de ser madre
 - Responsabilidades / roles de ser padre
 - Cambios históricos que se perciben en la maternidad (madre, abuela)

No Maternidad

- Experiencia de la no – maternidad
- Motivos para optar por la no- maternidad
- Devenir o decisión
- Si es decisión, cuándo y de quién
- Cómo se hizo efectiva la decisión (operación? anticonceptivos?)
- Implicaciones de la no-maternidad
 - en lo personal y proyecto de vida
 - en lo laboral y económico
- Reacciones sociales ante la decisión de la no-maternidad
 - Familia nuclear, política y extendida
 - Vecinos, amigos, compañeros de trabajo
 - Al conocer desconocidos
 - Posible uso de estrategias (mentiras, explicaciones simplificadas)
- Otras mujeres no- madres
 - Conoce a otras mujeres que hayan decidido no ser madres
 - Otros motivos para optar por la no –maternidad (distintos a los suyos)

Anexo # 7 Presentación de los sujetos

Sujeto	Edad	Escolaridad	Nivel de decisión	Pareja	Ocupación de la madre y número de hijos	Nivel socioeconómico de origen
Adriana	35	Maestría	Ambigüedad	No actualmente. Dos relaciones largas.	Madre: Maestra Hija única	Medio-bajo
Laura	37	Licenciatura	Tomada	Sí, Con otra pareja durante 10 años	Madre: Académica 2 hijos	Alto
Cristina	38	Maestría	Tomada. (Esposo con vasectomía)	Casada por el civil	Madre: estudió medicina, nunca ejerció. 4 hijos	Medio-Alto
Jimena	40	Maestría	Ambigüedad. (Postergar)	Unión libre desde hace 6 años	Madre: ama de casa. 2 hijas	Medio
Gloria	42	Maestría	Tomada	Casada por el civil. Viven juntos desde hace 7 años	Madre: ama de casa 12 embarazos 6 hijos	Bajo
Elena	44	Carrera técnica	Tomada	Casada por lo civil y la iglesia desde hace 17 años	Madre: ama de casa 3 hijos	Bajo
Angélica	48	Maestría	Tomada.	Casada por el civil y por la iglesia desde hace 20 años	Madre: ama de casa. 7 hijos	Medio-Alto
Pilar	51	Licenciatura	Tomada (Menopausia)	No actualmente. Pareja durante 8 años	Madre: maestra 5 hijos	Medio-Bajo
María	52	Licenciatura	Lo fueron postergando. Ahora ya totalmente descartado.	Casada por el civil y por la iglesia desde hace 29 años	Madre: ama de casa. 7 hijos	Medio-Alto
Sandra	59	Maestría	Tomada (OBT)	Actualmente no. Dos relaciones largas; casada por el civil. Divorciada	Madre: ama de casa. 5 hijos	Alto

Las entrevistas se realizaron entre el 6 de septiembre del 2012 y el 2 de abril del 2013. Tuvieron una duración aproximada de 2 horas cada una.

A continuación ofrezco una breve semblanza de cada una para que el lector interesado pueda tener una mejor idea del perfil de cada una de las entrevistadas.

Adriana

Adriana es una mujer de 35 años. Es la hija única de dos maestros y tiene dos licenciaturas y una maestría. Ha tenido trabajos muy interesantes e intensos, dentro y fuera del país. Al parecer ha sido muy dedicada tanto a los estudios como al trabajo. Mira en retrospectiva y afirma que siempre fue muy “workaholic”, desconectada de su cuerpo, que ahorita trata de “llevársela tranquila” trabajando las 8 horas reglamentarias y canalizando su energía a través del ejercicio. De hecho, la primera parte de la entrevista versa sobre todo en su vida profesional. Más adelante logro que me hable de su familia y de su infancia.

Adriana dice que como fue hija única, la soledad la lleva muy bien. “Yo me crié como los locos de las películas”, dice. También me cuenta que su mamá no tenía con quien dejarla, entonces la llevaba consigo a las dos escuelas donde trabajaba. Se refiere numerosas ocasiones a su mamá como “mi pobre madre” e insiste también que se “crió en una escuela”. Ella califica su infancia de dura, porque su mamá tenía que salir a trabajar sola y llevarla consigo, lo cual era muy cansado para las dos. Además, fue una niña muy precoz que aprendió a leer muy pronto y entró a los 4 años a la primaria. Adriana se “independizó” desde los 26 años.

En lo personal, afirma que es “muy rara” porque tuvo su primer novio en la licenciatura. Me platica de dos relaciones largas, la última de las cuales incluso supuso vivir juntos. Aquel novio tenía un hijo, con el que Adriana dice que se llevaba de maravilla. Ella declara que el matrimonio nunca ha sido una meta para ella, que siempre se ha imaginado trabajando, porque fue el ejemplo que recibió de su mamá. Para Adriana el trabajo es una fuente de crecimiento, de aprendizaje constante y un motivo de orgullo. Es justamente con estos aspectos que evalúa si un puesto le hace feliz, o quiere buscar uno nuevo.

Ella bromeaba con sus parejas que no quería tener hijos como para hacerlos renegar y lo enmarca en una situación de precariedad económica, donde lo prioritario es estudiar y obtener mejores trabajos. A eso le agrega que ella no cree tener “vocación”, “ninguna pulsión natural por cuidar bebés”. Adriana lo relaciona con que nunca sintió ganas de jugar a los bebés, y al haber sido hija única. Dice que solo era su mamá, su papá y ella; “nadie hizo ruido, ni yo”. Más adelante añade como factor decisivo el haber vivido de primera mano lo difícil que es tener un niño cuando no tienes dinero, ni una familia que te apoye a cuidarlo mientras sales a trabajar. Adriana reniega de que me hayan referido a ella como “la que planeó siempre desde el principio nunca tener hijos”, me aclara que no es así. En su discurso se entremezclan factores económicos, la ausencia de una pareja actualmente y la falta de vocación.

Adriana me dice que se siente normal sola, que es su estado natural de ser; por lo que no considera que sea responsable traer un niño al mundo para no estar sola. Además, como muchas otras entrevistadas enfatiza que un juicio negativo sobre dejar a los hijos en una estancia infantil, habla de tenerlo, pero tenerlo bien, “dedicándole tiempo”.

Laura

Laura es una mujer de 37 años, hija de un empresario y una investigadora. Tiene un hermano menor, con el que se lleva diez años. Salió de casa de sus papás a los catorce años para estudiar fuera del país. Ella dice que nunca fue un tema de emancipación, que siempre contó con el apoyo de su familia.

Laura describe su educación como muy fuerte, ambiciosa y privilegiada pero impuesta por su madre. Su madre, dice Laura, es una mujer que no debería haber tenido hijos. Dice que fue su madre quien le abrió los ojos a la posibilidad de no tenerlos. Lo han platicado y ni ella ni su hermano planean tenerlos. Laura me cuenta que comía todos los días en casa de su abuela con quien lleva una pésima relación, porque su mamá siempre estaba trabajando.

Ha vivido en muchos lugares muy distintos, primero por escuelas y ahora por trabajo. Lleva 17 años dedicándose al trabajo que le permite combinar sus pasiones. Su estilo de vida actual no es apto para niños de acuerdo a Laura: “mis horarios, mi consumo de drogas, mi profesión, mis actividades favoritas, mi hábitat natural es estar en un festival” y me explica que no estaría dispuesta a cambiarlo.

En algunos aspectos Laura es sumamente liberal y radical, “lo primero que soy es iconoclasta” dijo, y en otros sorprende su conservadurismo anclado en lo biológico, como cuando habla de “roles femeninos que le nacen naturalmente”.

Estuvo diez años viviendo en pareja, pero se refiere al matrimonio como la forma legal de prostitución y a la idea de verificar su relación ante el Estado como algo muy invasivo y violento. En retrospectiva y tras analizarlo, ella considera que en sus veintes estuvo “haciendo nido” para un “huevo que nunca existió”. Ella me dice que el nido no lo hizo conscientemente, pero sí el decidir no tener un hijo. Laura considera que la mayoría de las mujeres en sus veintes no eligen tener hijos, lo explica como algo animal, que se relaciona con la pulsión de preservación de la especie. Su pareja actual es mucho más joven que ella y tampoco quiere tener hijos, está considerando hacerse la vasectomía.

Laura afirma que siempre tuvo claro que no quería tener hijos. Sólo lo pensó una ocasión a los 24 años en que quedó embarazada, pero decidió abortar porque en realidad no estaba ese deseo, “no se veía con un hijo”. Cuando cumplió treinta se quiso “regalar” la operación, pero como no encontró ningún doctor que quisiera operarla, y ya ahorita a los 37 le ve poco sentido.

Cristina

Es una mujer joven de 38 años, casada desde hace 14. Viene de una familia acomodada de cuatro hijos. Estudió una licenciatura y una maestría. Tiene tres trabajos que combina.

Su esposo también decía desde chiquito que no quería tener hijos. Ellos se conocieron en la universidad y decidieron casarse tras varios años de vivir juntos para obtener un préstamo bancario. Ella recuerda haber jugado siempre con niños a “cosas de niños” y que al platicar que no quería tener hijos le decían “ya te dará”. En sus relaciones amorosas nunca llegó a ser un punto de tensión porque ella misma pensaba “igual y después me llega” el deseo de ser madre. Le dijeron que a los treinta le daría un “golpe de maternidad”, pero nunca fue así. Los niños no le gustan, no le parecen buen negocio. Ni siquiera cuando tuvo sobrinos sintió “eso”.

Cuando tuvieron claro que no querían tener hijos ninguno de los dos, ella buscó a varios médicos para operarse y se negaron porque ella era muy joven. También me contó indignada que necesitaba el consentimiento de su esposo para hacerlo. Lo resolvieron a través de una vasectomía en su esposo, porque era “más fácil”. Ella me contó de la presión que sentía por parte de su mamá y su suegra para que tuvieran hijos, de cómo a la gente le parecía inconcebible su decisión y que ella tenía que hacerse espacio.

Cristina es muy apegada a sus perros, ella habla de ellos cuando sus amigas hablan de sus bebés aunque estas últimas se molesten. Cuenta que en el grupo de amigos en el que crecieron hubo un momento en que todos se casaron y empezaron a tener hijos, por lo que sus temas de conversación se volvieron muy distintos.

Cristina reflexiona respecto a su decisión y le parece que su tía tuvo mucho que ver. Ella dice que tenía los dos modelos; el de su madre, quien estudió medicina y nunca ejerció por dedicarse al hogar, y el de su tía, una mujer casada pero sin hijos dedicada a un trabajo de alto nivel sumamente demandante. Su tía le platicó cómo lo había vivido y de este modo le transmitió que sí se podía hacer pareja y que no pasaba nada. Curiosamente, al ver la decisión de vida de Cristina y su esposo, una de las cuñadas y su esposo deciden tampoco tener hijos.

Jimena

Jimena tiene 40 años y es la mayor de tres hermanos. Su padre era contador y trabajaba fuera de la ciudad por lo que solo lo veían los fines de semana. Mientras que a su madre no la dejaron estudiar, no terminó la primaria y se dedicó a ser ama de casa. Ella recuerda que no le gustaba jugar con muñecas, sino con carritos y caballos de palo.

Jimena estudió una licenciatura y una maestría, y ahora vuelve a otra licenciatura porque el trabajo que realizaba tuvo que ponerse en pausa por la inseguridad.

Está en una relación de pareja desde hace 14 años y han vivido juntos los últimos 6. Me cuenta que su pareja y ella han estado tocando más el tema de los hijos en los últimos años, porque la edad de ella (40) y de él (43). Jimena me dice que nota que siempre van como recorriéndolo. Admite que no hay mucho tiempo, pero que tampoco es algo fundamental, entonces lo recorren pero sin llegar al punto de decir “no”. Le preguntó a su ginecóloga y ella le dijo que todavía tiene chance de tenerlos si se decide, en un año o dos. Antes de ella tuvo otro doctor al que le preguntó sobre embarazarse y él le dijo que a estas alturas esa era una pregunta cruel, que mejor adoptara.

Entonces Jimena empieza a hablarme de todos los factores que la desaniman a tener hijos; la incertidumbre del trabajo, de la violencia que vive el país, de la precariedad de la salud, de la inestabilidad económica... ve que mucha gente alrededor suyo se avienta, y que ellos se la piensan mucho. Jimena considera que la vida en pareja te va llevando a otras prioridades.

Además, dice que está muy consciente que las actividades que cambiarían serían las de ella. Dice que es algo que han hablado, en él recaería el soporte económico de la familia y ella tendría que renunciar a trabajar o estudiar.

Aunque Jimena admite que al final del día “todos dicen que vale la pena” aunque sea pesado y difícil. Una de sus hermanas menores es madre soltera y Jimena dice que ha visto cuánto batalla con su sobrina y con el trabajo. Además me dice que le gusta mucho viajar y poder “salir cuando quiere y hacer lo que quiere”.

Como Jimena y su pareja todavía no han tomado una decisión definitiva respecto a tener o no hijos, utilizan condones como método anticonceptivo. Ella me dice que si llegarán a embarazarse podría poner en pausa los estudios que está realizando ahorita sin mayor problema. Ella admite que es contradictorio; no dicen que no y tampoco se abocan a hacerlo. También consideraron adoptar, pero han oído de casos que se complicaron por cuestiones de salud de los niños.

Han recibido presión de su familia y de su suegra. El círculo de amigos que tienen, por otro lado, comparte sus valores y ritmos de vida entonces de ellos no sienten presión por tener hijos. Además, me platicó que ha estado leyendo que es una tendencia postergar la maternidad, incluso hasta los cincuenta y que leer eso le dio mucha tranquilidad: “me llamó muchísimo la atención, yo no sabía que era la normalidad”. Jimena pensaba que era cosa de su grupo de amigos “y otros raros”.

Gloria

Gloria es una mujer de 42 años, casada que comienza a contarme de ella por su familia de origen; “soy descendiente de campesinos migrantes, por parte de ambos lados” me dice. Su papá tenía un taller de motocicletas y su mamá cuidaba niños. Su madre tuvo doce hijos pero perdió seis “por malas camas”. Gloria tiene cuatro hermanos y una hermana. Ella es la de en medio. Dice que su mamá estudio hasta tercer año de primaria y que trabajaba desde su casa vendiendo lo que podía. Ella murió de VIH, cuando Gloria tenía 25 años.

Gloria creció con una enfermedad congénita y hereditaria, que tras una serie de cirugías superó a los once años. A los siete años se divorciaron sus padres, y desde entonces fue difícil lograr que su padre se hiciera cargo de los gastos económicos y las cirugías. Ella recuerda que su menstruación empezó a los 10 años y que fue cuando tuvo que empezar a trabajar porque su papá se rehusó a “darle para las toallas sanitarias”. En aquel entonces le ayudaba a una señora en su puesto del tianguis.

Se fue a vivir aparte con sus hermanos a los 14 años, y “sola sola” a los 18. Gloria cuenta que fue por esos años en que iba a entrar a la prepa que le pidió dinero a su papá y éste le dijo: que para qué gastaban si al final se iba a casar y a tener hijos, que mejor estudiara para secretaria. Ella le respondió que ni se iba a casar ni tendría “hijos enfermos”. Esta determinación se robusteció a los 19 cuando leyó en Rayuela que la maga afirma que la maternidad es para las mujeres que no tienen nada mejor que hacer con su vida.

Y así, Gloria consiguió un trabajo de secretaria, mientras hacía la preparatoria nocturna. Después logró entrar a la licenciatura que había soñado desde pequeña y hoy está por terminar una segunda maestría. Además de su trabajo, Gloria tiene una asociación civil.

Gloria lleva siete años con su pareja actual, y antes de él tuvo otra pareja con la que estuvo 13 años. Me cuenta que vivieron juntos y que él si quería hijos y que entonces fue claro para ella que era una necesidad de él, y no de los dos. Gloria recibió mucha presión de su hermana, de su suegra, de sus amigas... acusaciones de estéril, de lesbiana, de liberal... y como su actual empleo involucra el contacto con niños. La cuestionan todo el tiempo sobre su decisión de no tener hijos. Además me dice que con sus “perrihijos” y sus sobrinos a podido sacar ese lado de protección materna .

Ella me dice orgullosa que ha hecho lo que ha querido como proyecto de vida; pues ha estudiado, ha viajado y tiene una casa propia. Considera que sus compañeras de trabajo y amigas, que han buscado un desarrollo económico –laboral e hijos, no “atienden ni a uno ni a otro”. Gloria me dice que es muy celosa de su intimidad y su comodidad, y más adelante concluye que los hijos estorban, “no te dejan ser” y me dice que los hijos que no ha tenido le han permitido tener un pensamiento más libre, desarrollarse, crecer.

Elena

Elena es una mujer de 45 años y ha trabajado como secretaria en el mismo lugar desde hace 24 años. Su madre se dedicó al hogar y su papá fue mecánico electricista y alcohólico. Elena es la mayor y tiene un hermano y una hermana. Elena dice que desde muy pequeña empezó a cuestionar y que ella era más bien “varonil” como su mamá. Dice que se crió con puros hombres porque ella era la mayor y tenía puros primos. Ella me platica que tuvo muchos noviazgos largos y que evitaba las relaciones sexuales pues le parecía demasiado peligrosa la posibilidad de quedar embarazada.

Ella se casó a los 27 años con uno de sus mejores amigos, cuenta que se plantearon vivir juntos pero quisieron darle el gusto a sus papás de tener una boda. Tienen dos gatos ... y ella se encarga de la planta alta de la casa y el de la planta baja.. él cocina y ella lava. Aunque los dos son profesionistas ella indica: “dinero no tenemos, pero no nos hace falta nada”. Dice que su esposo y ella platicaron mucho sobre si les gustaría tener hijos y se confesaban que no: “Veíamos las demás parejas cómo iban sufriendo, se iban transformando”. Elena y su esposo se cuidaban con método de ritmo, en parte con condón. A los 10 años del matrimonio se hicieron análisis para ver si se estaban mortificando en vano, y resultó que sí podían tener hijos. “No habían llegado porque no quieren llegar, porque saben que no los queremos” concluye Elena

Respeto a la no-maternidad dice haber “experimentado en cabeza ajena” en lo que le pasaba a sus amigas; me platicó historias de las mujeres a su alrededor, y de cómo le servían de ejemplo para tomar sus propias decisiones. A ella no le importaba que pasaran los años y siguiera sin casarse porque veía a sus amigas que no salían. “ya no disfrutaban la vida” y no se le antojaba. Elena considera que su momento de mayor dubitación respecto a la maternidad fue entre los 40 y 42 años cuando “su reloj biológico” le advertía que estaba por entrar a la menopausia. Ella me dice que si había una repartición de instinto maternal, ella llegó tarde. Le gustan los niños, pero no para tener los propios. A eso le suma la situación económica que no es de carencias pero tampoco es holgada.

Ella opina que lo que se espera de un matrimonio es que tengan “hijitos”. Muchas veces pensaron que no podía y llegaban a “ofrecerle niños”. Ella les insistía “no es que no pueda, es que no los quiero”. Me contó que su familia y su suegra la acusaron de egoísta y de insensible, de preferir no tener hijos por conveniencia. “Un hijo no es lo que dicen”. Elena lo compara como la fiesta de 15 años, es algo que “te venden” y se crea una gran expectativa en torno a ello. Sin embargo, a ella le parece que las amigas que se han casado y han tenido hijos, no los disfrutaban tanto. “Para nadie ha sido lo que habían pensado”. Ella dice que nada te asegura que los hijos te cuidarán cuando seas grande.

Es una “lucha constante” me dice Elena, porque te bombardean constantemente con imágenes tratando de venderte la maternidad como “lo máximo”; el parto, la primera relación sexual... puras decepciones, opina ella. Mas adelante me dijo que “se ponen de acuerdo para no decirnos”. Incluso las que constatan que no “es lo máximo”, lo vuelven a vender como si sí fuera porque eso quieren creer. Elena le dice a su mamá: “de joven ya fuiste madre ¡ya!, conviértete en mujer y en abuelita.”

Angélica

Angélica es una mujer de 48 años. Viene de una familia de clase media alta y tiene 7 hermanos.

Su mamá se dedicó al hogar. Ella estudio un maestría y una licenciatura. Además toma clases de idiomas en su tiempo libre y ya domina otros tres además del español. El trabajo que tiene es intenso pero está circunscrito a horarios muy precisos y goza de buenas vacaciones que aprovecha viajando. Dice que hay muy pocas mujeres en esa área.

Ella cree que influyó mucho su mamá en la decisión de no haber querido hijos, porque “se hacen como cadenas”, me dijo. Angélica dice que su mamá nunca la presionó ni para la fiesta de 15 años, para tener novios, ni para casarse. Ella dijo que te venden la idea como la de los quince años; que primero te convencen de que tienes que casarte y ya que te casas, “¿y los niños cuándo?”. Ella, como su hermana, salió de casa de sus padres hasta que se casó.

Ella se casó a los 28 años con su jefe, un hombre 10 años mayor que ella. Angélica cree que su esposo secretamente esperaba poder convencerla de tener hijos, pero le tranquiliza que tampoco debe estar frustrado en ese aspecto porque ya tiene un hijo de un matrimonio previo. Se casaron tanto por el civil como por la iglesia católica, y Angélica menciona que el sacerdote no les dijo “los hijos que Dios les dé”, que es lo que se acostumbra, sino que les dijo “tengan los hijos que con conciencia puedan tener”.

Le pregunté que si alguna vez tuvo dudas, y al vuelo me contestó que nunca, que en su proyecto de vida nunca estuvo la maternidad, en especial porque los niños no le gustan. Angélica dijo que piensa en los hijos como un compromiso de por vida, que no tiene reversa. Ella enfatizó que no entiende por qué tantas mujeres que dicen anhelar tener hijos y batallan con problemas de fertilidad para concebirlos, luego los “botan” para volver al trabajo. Dijo que hay mujeres que sólo quieren hijos por la compañía o por vivir la experiencia.

Me contó la historia de varias amigas que se embarazaban sin planearlo y le seguían con más hijos; en la opinión de Angélica algunas se amargaban porque tenían que dejar su trabajo, otras no veían nunca a sus hijos y contrataban niñeras de planta. “Las mujeres ejecutivas yo creo que se parten en 25”, me dijo. Angélica platicó que cuando la acusan de egoísta, de sólo pensar en ella, ella les responde que ellas son irresponsables.

La presión que Angélica dijo haber sentido provenía principalmente de sus amistades. Cuando sabían que estaba casada, inmediatamente le preguntaban y ¿cuántos hijos tienes? Ella me decía con mezcla de sorpresa e indignación ¡se atrevían a preguntarme! También cuenta que los ginecólogos que le decían “¿cómo es posible? ¡si el matrimonio es para tener hijos!”. Cuando Angélica tenía 39 años a raíz de otros análisis médicos se enteró que es estéril. Dijo que el doctor le dijo que lo sentía mucho y ella le contestó que se sentía aliviada porque incluso había estado pensando en ligarse. Finalmente, encontraron a una ginecóloga que ella misma había decidido tampoco tener hijos, y Angélica y su hermana han estado muy contentas con ella desde entonces.

Pilar

Pilar tiene 51 años. Nació y creció en un pueblo cercano; su mamá era maestra de primaria y su padre telegrafista. Vino a la ciudad a los 18 años a estudiar. Uno de sus hermanos le pagó la carrera. Ella es la cuarta y única mujer de cinco hermanos; el más grande y el más chico siguieron “el mismo camino que siguen todos los del pueblo, se fueron a vivir y a trabajar al norte, a Estados Unidos”, mientras que los dos de en medio se fueron a la capital y después regresaron al pueblo. Las muchachas del pueblo se casan y tienen hijos y punto.

Pilar por su parte, nunca volvió. Cuando sus padres se han enfermado, mejor se los trae a su casa, por que me dice que la presión al ser la única mujer, se espera que sea la compañía y el sostén de su madre. Su madre fue quien la alentó a estudiar en lugar de tener novios.

Ella es un claro ejemplo de movilidad social. Pilar tiene muchos años trabajando en el mismo lugar y me dice que le gusta mucho lo que hace. Aunque es un trabajo que demanda mucho tiempo y es estresante, no sabe si lo cambiaría. Piensa que a futuro le gustaría hacer una especialización. Considera que no tener hijos es una ventaja laboralmente, porque puede trabajar sin culpa, ni otras preocupaciones.

Pilar pensó en adoptar en algún momento siendo soltera para estabilizarse, y luego ya con pareja, se lo preguntaron algunas veces, siempre concluyendo en que no. Estuvo con una pareja durante 8 años, y terminaron algunos meses antes de la entrevista. Nunca se casó porque su pareja no era católico y ella tampoco es practicante, y decidieron no hacerlo solo para complacer a la familia. Cuando pasaron los años, Pilar y su pareja se “abrieron de capa”, y los dos descansaron cuando vieron que no era objetivo de ninguno tener hijos. Pilar me indica que siempre utilizaron condón.

Ella dice que le llamó la atención que nunca sintió esa necesidad, ese impulso maternal. Además dice que pensó que tendría que dejar de trabajar y cambiar su esquema de vida, “ lo valoré, lo pensé y la verdad no estaba dispuesta”, dijo. Dice que alrededor de los 24, 25 las hormonas te enloquecen, y que si te detienes un poquito a escuchar esa parte biológica puedes tomar la decisión, pero que en realidad solo es eso “algo biológico”.

También me contó que cuando cumplió 40 se plantearon la posibilidad de adoptar, por la presión familiar ¿Cómo la única mujer no iba a tener hijos? Pilar dice que la que más presionó fue su madre. Dice que después de un tiempo ya ni preguntaban “nos dejaban tranquilos”. Pilar distingue que cuando se lo plantearon no era por convicción sino para que “dejaran de estar dando lata”, pero que una decisión así no puede tomarse por las razones equivocadas. Ella cree que la mayoría tiene hijos no por deseo o por estar realmente convencidas, sino por inercia. Son muy pocas las personas que Pilar conoce que anhelaron ser padres.

María

María es una mujer de 52 años de edad. Viene de una familia de clase media alta y tiene 7 hermanos. Su mamá “nada más se dedicó a la casa y a sus hijos”. María estudio una licenciatura y trabaja todos los días con niños.

Ella identifica dos decisiones como definitivas en su vida; el haber decidido casarse y seguir trabajando. Dice que no le cruzó por la mente irse a vivir sola o con alguien sin casarse. María se casó a los 22 años, cuando terminó la licenciatura pues era condición de sus papás.

María me dice que su arreglo familiar es muy tradicional: él provee, aunque ella también trabaje. “No lo concibe en su casa, que yo metiera mi dinero para...”. María me explica que lo que gana lo utiliza para gastos personales de ella como el dentista, la ropa, etc. Aunque su esposo ya se jubiló y ella sigue trabajando, María me dice orgullosa que las responsabilidades de limpieza de la casa, ropa y comida las realiza a cabalidad ella. Su esposo incluso le ha pedido que deje de trabajar. Le pregunto que si lo ha considerado, pero me dice que sólo a fechas recientes porque lo ve enfermo y solo, pero aún así dice “ni emplumada, no me veo en la casa”.

María dice que en sus papás ni siquiera le han preguntado que por qué no tiene hijos, pues son “muy cercanos pero extremadamente respetuosos”. Pero en la familia extendida y del lado de la familia de su esposo la presión ha sido enorme; su suegra les regalaba cosas para bebés y finalmente la acusó de ser estéril y “haberle hecho la mal obra a su hijo”. Ella dice que le contestó que era tema de dos, y que si no se le daba la gana, no los tenía. Incluso María me confiesa que “le dio al revés”, cuando le decían, ella pensaba “pues ahora no”. María tiene la sensación de que a su esposo si le hubiera gustado ser padre, que se quedó con las ganas. Lo que parece una decisión muy contundente, en realidad nunca se verbalizó: “nunca dijimos no los vamos a tener”, me explicó ella, “simplemente nos pasamos la vida postergándolo y no intentándolo, cuidándonos de no tenerlos, yo”. Concluye en este sentido, que nunca tuvieron el valor de decir “nosotros no queremos”.

Parece que entre los argumentos que se barajaban para postergarlo era la cuestión económica; siempre había algún gasto que hacer antes. Afirma que le daba miedo el gran compromiso que representan los hijos, que no quería dejar de trabajar y con los años “cobrárselos”, decirles “por tu culpa”. Incluso las dos ocasiones en que le ofrecieron adoptar niños, ella pensó que “no iba a tomar un compromiso que venía rechazando”. Al final ella reflexiona en voz alta y dice “si yo lo hubiera querido de fono, me canso que los tengo”.

Durante la entrevista criticó a las madres que van y “depositan” a los hijos en la guardería. Ella considera que si los vas a tener es para cuidarlos. Además, me dijo que le molestaba la idea de que sólo sirvieras para tener hijos, que pensarán que la felicidad son los hijos. “¿Porqué la gente tiene hijos así?” mientras que ella dice que lo tenía que “pasar por un registro exhaustivo”. María me dice que está contenta con la decisión que tomó, que se congratula pues considera que no tiene el perfil, la vocación de dedicar su vida entera, su vida completa hacia los niños y que el resto sea lo demás. Dice que “suena egoísta” pero que le gusta poder “combinar su tiempo” a su antojo.

Sandra

Sandra está a punto de cumplir 60 años; es la de “en medio” de cinco, la más grande y la más chica son hermanas y luego dos hermanos más. Proviene de una familia acomodada; su papá tenía una fábrica de muebles y su mamá se dedicaba al hogar.

Ella estudió hasta la secundaria y después se puso a trabajar con su papá en la fábrica, primero como asistente de su papá hasta que finalmente se hizo cargo de toda la parte administrativa. Estuvo en la empresa familiar diez años y después se fue a una empresa similar donde duró otros diez años. Al parecer en este segundo trabajo tenía un ritmo de trabajo muy fuerte, con altas responsabilidades. Sandra me cuenta muy orgullosa que fue la primera en hacer un posgrado aún sin haber hecho la preparatoria ni una licenciatura. Me explica que la admitieron por su experiencia profesional y que había muy pocas mujeres. Sandra hizo mucho énfasis en la época de su vida donde tenía mucho trabajo; 300 empleados a su cargo y ganaba mucho dinero. Cuenta que su salud se vio mermada y que por ello decidió dejar el trabajo e irse a vivir a un pueblo. Ahí ha estado desde hace muchos años; tiene algunos negocios y se dedica a su casa y al pueblo. “No me preguntes qué hago pero estoy ocupada todo el día”, me dice Sandra Para ella haber podido viajar mucho, casi siempre sola, ha sido una gran oportunidad.

Al parecer Sandra ha tenido dos relaciones de pareja importantes. La primera con quien era su jefe en el segundo trabajo después del familiar, que duró todos los años que ella estuvo trabajando ahí, él separado y con hijos, más grande que ella.... Dice que cuando renunció se despidió de los “dos grandes amores de su vida”, él y su trabajo. Una segunda relación con un hombre del pueblo en el que vive ahora. Él se fue a vivir con ella y después se casaron. La relación duró cuatro años y ella lo mencionó como un “error”. Esta segunda pareja también estaba separado y tenía hijos.

Respecto a la no-maternidad me dice que no lo pensó mucho, que más bien se dijo que quería trabajar, viajar, estudiar...Incluso platica que con una amiga alrededor de los 25 acordaron que si no se habían casado para los treintas, serían madres solteras. Pero cuando llegaron a esta edad, Sandra dice que pensó: “¿Niños? Pero ni loca de la cabeza?”. Enlista su gusto por el trabajo, la falta de tiempo y que es una responsabilidad ineludible, como los factores que tomó en consideración para preferir no tener hijos.

Sandra tuvo un embarazo a los 35 años con su primera pareja y me comentó “ni siquiera lo dudé mucho, además de que tener un hijo no era mi plan, estaba tomando tantas medicinas que pensé: nada más me falta que me salga un hijo enfermo”. A raíz de ese aborto, decidió en ese momento y sin consultarle a nadie, ligarse. En ese momento decidió volver definitiva la decisión de no ser madre: “no quiero tener hijos, ni con él ni con nadie”.

Sandra dice nunca haber sentido dudas o arrepentimiento; “mi tiempo es mío”, dijo. “Nunca sentí esa necesidad de tener un hijo, como mis hermanas que fueron madres solteras, nada más por llenar un requisito”. Ella dice ser muy cercana a sus sobrinos y a su mamá, quien recientemente enviudó. El futuro se lo imagina en una casa de descanso “sin pedirle a nadie que la cuide”, y echando mano de los recursos que ha podido proveerse.

Anexo #8 Esquema para codificación axial

CUERPO SEXUADO		
Cuerpo para sí	Cuerpo para otros	Cuerpo en gestación

EJE TEMPORAL		
Tiempo subjetivo		
Tiempo cronológico	Umbrales significativos	Reloj Biológico

FORMAS DE IDENTIFICACIÓN												
Eje temporal		Eje relacional			Roles							
Situación de origen (rel. con la madre)	Dimensión Biográfica	Esfera familiar	Esfera social amplia	Institucional	Pareja	Esposas	Profesionista	Hijas	El otro	Yo misma	normativo axiológico	
											Valores y normas adscritas	Norma social percibida

SIGNIFICACIÓN						
Maternidad (práctica)	"Instinto" "Deseo" "Vocación" de madre	Hijos	Matrimonio	Familia	NMV	Realización de sí

NO MATERNIDAD VOLUNTARIA					
Decisión/Postergar/ Devenir	Deseo Afirmativo	Presión / Estrategias	Factores ajenos al individuo: ej. Sobrepoblación, crisis económicas, energéticas	+ NMV en la familia, (estructuras de plausibilidad)	